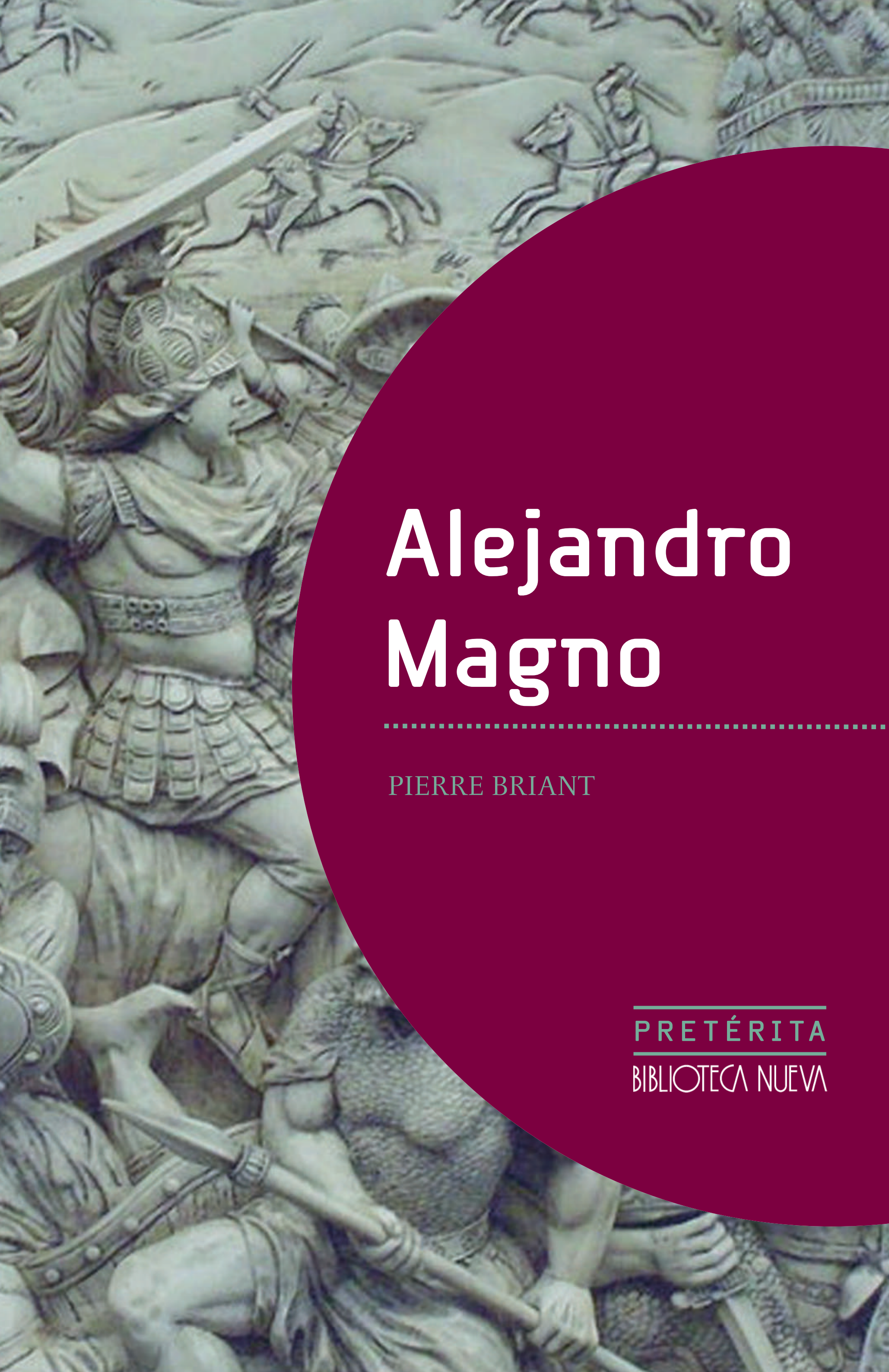


Alejandro Magno

PIERRE BRIANT

PRETÉRITA

BIBLIOTECA NUEVA


Alejandro Magno

PRETÉRITA

Alejandro Magno

PIERRE BRIANT

Traducción: Cristina Gutiérrez





siglo xxi editores, s. a. de c. v.
CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, **MÉXICO**, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, s. a.
GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, **BUENOS AIRES**, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

salto de página, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

biblioteca nueva, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

editorial anthropos / nariño, s. l.
DIPUTACIÓ, 266,
08007, **BARCELONA**, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

Briant, P.
[Alexandre le Grand. Español]
Alejandro Magno / Pierre Briant ; traducción del francés por Cristina Gutiérrez Iglesias. - Madrid : Biblioteca Nueva, 2012.
144 p.; il. 21cm. - (Colección Pretérita)
ISBN : 978-84-9940-488-2
1. Historia del mundo Antiguo 2. Historia militar. I. Alejandro Magno II. Pierre Briant III. Cristina Gutiérrez
931 HBLA
355.4 HBW

Ilustraciones: archivo Biblioteca Nueva

Diseño original de colección
Carla López Bauer | mitaymita

Título original: Alexandre le Grand

Madrid, 2012
Almagro, 38, 28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

Colección pretérita
ISBN: 978-84-9940-489-9

Eición digital

Índice

Prólogo

Este libro no es una biografía. En el se exponen los principales aspectos de un fenómeno histórico que no puede reducirse a la única persona de Alejandro Magno, sea cual sea la importancia que se reconozca al elemento personal. La obra es también, por lo tanto, el resultado de una elección deliberada. El relato propiamente dicho de la conquista ha sido concentrado en un corto capítulo preliminar, que permitirá al lector tomar conciencia de las grandes fases cronológicas de la misma. Lo esencial del desarrollo está dedicado al examen de las grandes cuestiones que nos planteamos naturalmente: los orígenes de la conquista, así como los objetivos de Alejandro Magno; la naturaleza y la importancia de la resistencia; la organización de los territorios conquistados, y las relaciones que existían entre los conquistadores y las poblaciones sometidas.

Nota preliminar

Al igual que ocurre con las demás ciencias humanas y sociales, la historia de la Antigüedad no se sustenta en exactitudes inexpugnables. Regada y cargada cada año con una impresionante bibliografía, la historia de Alejandro Magno no escapa a estas puestas en entredicho que proceden no solamente de publicaciones documentales, por desgracia escasas en este ámbito, sino que también están vinculadas, y, tal vez, incluso, en primer lugar, con la renovación profunda que experimenta actualmente la historia del Imperio aqueménida[1]; renovación que, por sí misma, induce a una visión distinta de las conquistas de Alejandro Magno, situadas así en el contexto de la historia de Oriente Medio del primer milenio y liberadas del postulado helenocéntrico, que fue durante mucho tiempo hegemónico. Este es el movimiento que ilustra, por ejemplo, el recurso cada vez más sistemático a los documentos babilónicos y egipcios para analizar la política llevada a cabo por Alejandro Magno tanto en Babilonia como en Egipto, así como las respuestas aportadas por las aristocracias locales; al mismo tiempo, asiriólogos y egiptólogos manifiestan un interés creciente en lo que respecta a períodos que estuvieron durante mucho tiempo relegados a la única evaluación de los «clasicistas».

---

[1] Calibraremos este hecho consultando mi *Bulletin d'histoire achéménide,* II, París, Ed. Thotm, 2001 (primera versión publicada en el Suplemento 1 de la revista *Topoi* [Lyon], págs. 5-125), los volúmenes de la colección «Persika», (De Boccard), y las páginas web www.achemenet.com y www.museum-achemenet.college-de-france.fr.

Esta séptima edición no pone en entredicho la arquitectura del libro tal y como ha sido elaborada desde la primera edición publicada en 1974. Como en las precedentes revisiones, aparecidas regularmente desde ese momento, se han introducido cierto número de reescrituras puntuales, cuando la presentación ya no ha sido considerada pertinente debido al surgimiento de nuevos documentos y de las interpretaciones asociadas[2], pero también, por supuesto, debido a la evolución de la propia reflexión actual del autor (en particular, sobre la historiografía de Alejandro Magno y sobre las consecuencias económicas de la conquista, págs. 84-96). Asimismo, se encontrará una actualización de los instrumentos de trabajo y de la bibliografía, efectuada de una manera necesariamente selectiva, ya que el autor no solo ha dispuesto de poco espacio, sino que, además, es preciso que todas las publicaciones interpretativas recientes sean publicaciones realmente nuevas.

Efectivamente, el crecimiento exponencial de la bibliografía no debe inducir a un error de perspectiva. Es necesario indicar, una y otra vez, que los conocimientos en materia de las conquistas de Alejandro Magno son restringidas e inciertas debido, en primer lugar, a la inadecuación del cuerpo documental, tanto en cantidad como en calidad. Las fuentes narrativas grecorromanas disponibles, en griego (Diodoro, Plutarco, Arriano) o en latín (Quinto Curcio, Justino), han sido redactadas entre dos y cuatro siglos después de la muerte de Alejandro Magno, y ninguno de estos autores, a los que hemos tomado la mala costumbre de denominar los «historiadores antiguos de Alejandro Magno», era un historiador en el sentido que entendemos hoy día ni desde el punto de vista del método ni de la concepción y la conducta. Por otra parte, si dejamos aparte a Macedonia

---

[2] Pero he dejado al margen documentos cuya datación, durante el reinado de Alejandro Magno, no está confirmada, tales como los arameos de Idurnea o una acuñación siria de Mazday (véase mi *Bulletin,* I, pág. 62; II, pág. 99; París, 2003, págs. 62-84 y mi reciente libro *Alexander and his Empire,* 2010, págs. 171-185).

propiamente dicha[3], las fuentes arqueológicas fechadas con precisión del período de su reinado son casi completamente ausentes, y los documentos iconográficos más célebres, tales como el Mosaico de Nápoles y el llamado Sarcófago de Alejandro Magno, fueron realizados tras la muerte del conquistador, cuya figura heroica ilustran en función de una interpretación ya canónica[4]. Solamente las fuentes numismáticas son abundantes, y tanto más interesantes cuanto que recientes estudios han permitido ofrecer un estudio global y coherente[5], aunque persisten incertidumbres, especialmente, en lo que respecta al «medallón de Alejandro Magno»[6]. Asimismo, podemos destacar la publicación en curso de documentos escritos, fechados a finales del período aqueménida y del reinado de Alejandro Magno y provenientes de regiones del este iraníes que hasta ese momento permanecían prácticamente desprovistos de toda documentación archivística[7]. Junto a otros documentos arameos provenientes de Transeufratina, tablas cuneiformes de Babilonia y documentos demóticos de Egipto, estos conjuntos documentales postulan y favorecen la inserción del reinado de Alejandro Magno en la larga duración de la historia de los pueblos y de los países del Oriente Medio antiguo[8].

---

[3] No he estimado útil, en este caso, introducir una discusión sobre los descubrimientos realizados en la necrópolis real de Vergina. Tal discusión habría sido necesariamente superficial y se habría integrado mal en un libro destinado, prioritariamente, a la problemática de la conquista.

[4] En cuanto a las fuentes literarias y sus límites, y respecto a su posible complementariedad con fuentes iconográficas, véase el conjunto de mi libro *Darius dans l'ombre d'Alexandre* (París, 2003), en particular, págs. 227-247 sobre el mosaico de Nápoles y sus interpretaciones modernas.

[5] Véase G. Le Rider, *Alexandre le Grand. Monnaie, finance, politique,* Paris, *PUF*, 2003.

[6] Véase la puntualización bibliográfica en *Alexander and his Empire,* 2010, págs. 162-165.

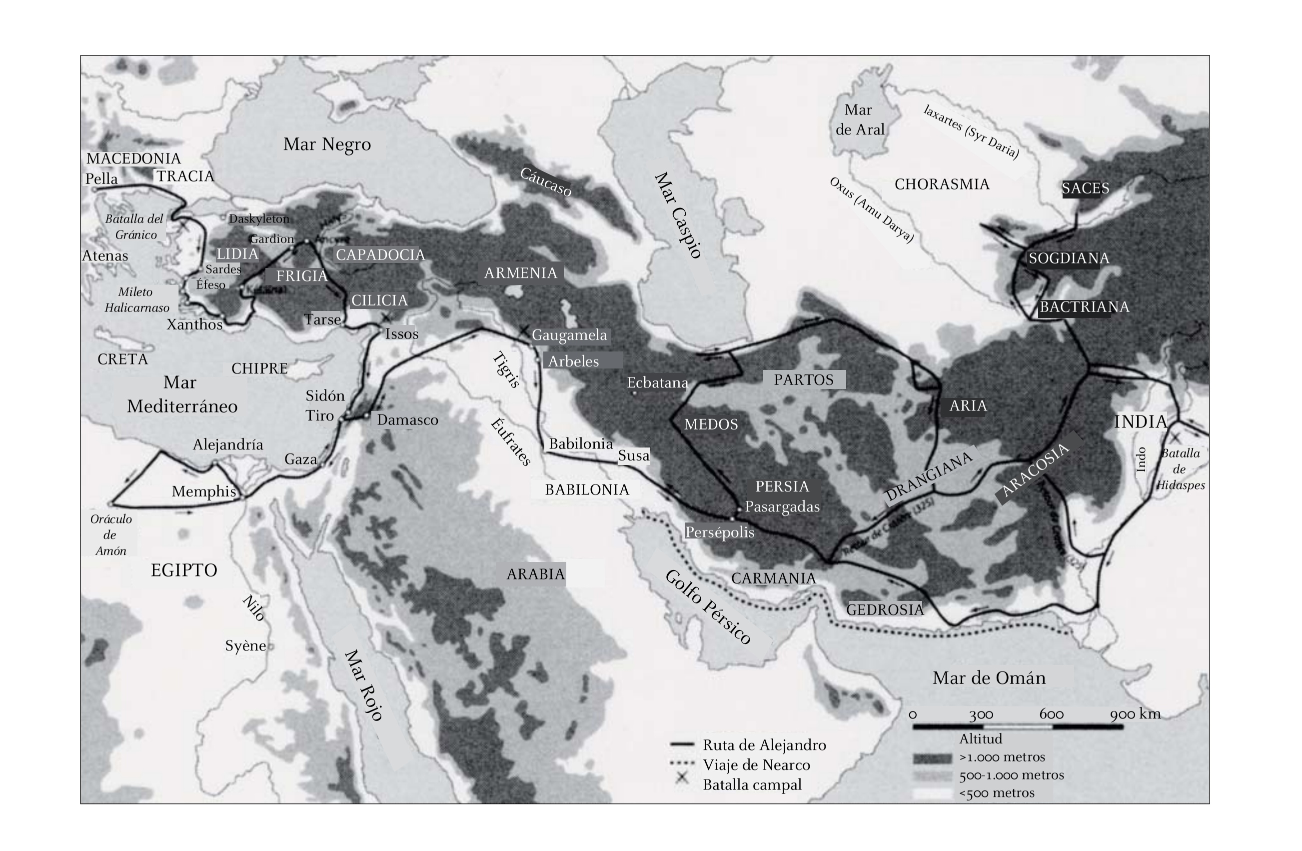
[7] Cf. S. Shaked, *Le Satrape de Bactriana et son gouverneur. Documents araméens du IVe siècle av. n. è. Provenant de Bactriane*, París, De Boccard, col «Persika», 2004 ; véase *Alexander and his Empire,* 2010, págs. 178-180.

[8] Véase la introducción realizada por P. Briant y F. Joannès de *La Transition entre l'empire achéménide et les royaumes héllénistiques*, 2007, págs. 11-15.

Eso es tanto como decir que este pequeño libro tiene por objetivo no tanto exponer adquisiciones indestructibles sino presentar incertidumbres, algunas veces profundas, que siguen pesando en interpretaciones presentadas como evidencias, impuestas por la autoridad tan fácilmente reconocida de los «historiadores antiguos de Alejandro Magno». El investigador de hoy debe, asimismo, protegerse del otro riesgo metodológico que es tomar sistemáticamente el contrapié de los autores antiguos, así como esbozar un retrato detestable de Alejandro Magno, tan poco creíble, globalmente, como su representación heroico-hagiográfica[9].

---

[9] Sobre las recientes polémicas, véase mi estudio *«Alexandre et l'hellénisation de l'Asia: l'histoire au passé et au présent», Studi Ellenistici,* XVI, 2005, págs. 9-69, y mis páginas en *Alexander and his Empire,* 2010, págs. 139-142.


MACEDONIA
Pella
TRACIA
Mar Negro
Cáucaso
Mar Caspio
Mar
de Aral
Iaxartes (Syr Daria)
Oxus (Amu Darya)
CHORASMIA
SACES
SOGDIANA
BACTRIANA
Batalla del
Gránico
Daskyleton
Gardion
Atenas
LIDIA
CAPADOCIA
ARMENIA
Sardes
FRIGIA
Éfeso
Mileto
Halicarnaso
CILICIA
Tarse
Issos
Xanthos
Gaugamela
Arbeles
CRETA
CHIPRE
Tigris
Ecbatana
PARTOS
Mar
Mediterráneo
Sidón
Tiro
Damasco
ARIA
MEDOS
INDIA
Éufrates
Babilonia
Susa
Alejandría
Gaza
Indo
Batalla
de
Hidaspes
DRANGIANA
ARACOSIA
Memphis
BABILONIA
PERSIA
Pasargadas
Oráculo
de
Amón
Persépolis
EGIPTO
ARABIA
CARMANIA
Golfo Pérsico
Nilo
GEDROSIA
Syène
Mar Rojo
Mar de Omán
0 300 600 900 km
Altitud
>1.000 metros
500-1.000 metros
<500 metros
Ruta de Alejandro
Viaje de Nearco
Batalla campal

Introducción

Alejandro Magno antes del desembarco en Asia Menor (356-334)

Alejandro nació en julio del año 356 en Pella, una de las residencias reales de Macedonia, de la unión entre la princesa Olimpia, hija del rey de los Molosos, y de Filipo II, rey de Macedonia desde la muerte del rey Pérdicas en el año 359. Se ha escrito mucho sobre la herencia psicológica de Alejandro Magno, pero, ¿quién puede afirmar exactamente lo que su carácter debe a sus padres?

Su primer pedagogo fue un pariente de Olimpia, Leónidas, que dirigía una cohorte de preceptores. Alejandro recibió la educación propia de un joven macedonio de la aristocracia: los ejercicios físicos (el aprendizaje guerrero, las partidas de caza, el dominio del caballo) y los juegos espirituales. Pronto quedó bajo la autoridad de Aristóteles. Después de haber vivido en la casa del tirano Hermias de Atarneo, en Asia Menor, el filósofo había abierto una escuela en Mitilene de Lesbos. Llamado por el rey Filipo a la corte, fue durante tres años preceptor de Alejandro y de otros compañeros de su edad, en Mieza.

En ausencia de una documentación sólida y clara, resulta muy delicado, desgraciadamente, determinar y medir la influencia que pudo ejercer Aristóteles sobre Alejandro Magno. U. Wilcken destacaba, en su época (1931), que Aristóteles había puesto al joven en estrecho contacto con la cultura griega.

No obstante, hoy día sabemos cada vez mejor cuánto se había abierto la corte macedonia a los artistas griegos desde hacía ya

varias generaciones. Si Alejandro, por ejemplo, profesaba una auténtica pasión por los grandes monumentos de la literatura griega y, especialmente, por la *Ilíada*, es debido a que su estudio formaba parte integrante de la cultura griega.

Generalmente, se cree que Alejandro Magno mantuvo contacto con Aristóteles por lo menos hasta el año 327, fecha en la que el rey condenó a Calisteno, sobrino del filósofo. Sin embargo, también sobre esta cuestión, la documentación es confusa, cuando no completamente ausente[1].

El joven fue muy pronto asociado al poder, así como a las responsabilidades de su padre. En el año 340, cuando partía para una expedición contra Bizancio, Filipo confió a su hijo, que contaba con 16 años de edad, la dirección del reinado, procurando rodearlo de consejeros expertos. Asimismo, el joven príncipe tuvo la oportunidad de dirigir él solo una campaña contra los temidos tracios, así como de fundar una colonia militar (Alejandrópolis); Durante la famosa batalla de Queronea (338), que enfrentó a macedonios y a griegos, él dirigía la caballería del flanco izquierdo (el ala ofensiva); después de la batalla fue enviado como embajador (en compañía de Antípater) a Atenas, para llevar las cenizas de los atenienses caídos en combate.

No obstante, la buena relación entre Filipo y Alejandro se rompió cuando, en el año 337, Filipo repudió a Olimpia y se casó con Cleopatra, una princesa macedonia y su séptima esposa. Alejandro Magno se exilió entonces con su madre a Epiro. La reconciliación se produjo rápidamente, gracias a la intervención de Demarato de Corinto. Otro conflicto había separado al padre del hijo, en una fecha mal fijada, cuando Filipo quiso proponer a Arrideo (el hermanastro de Alejandro Magno) como esposo de la hija del sátrapa aqueménida de Caria, Pixodaro; Alejan-

---

[1] Véase, por ejemplo, las dudas y críticas de J. S. Romm ("Aristotle's Elephant and the Myth of Alexander Scientific Patronage", AJPh 11/04, 1989, págs. 566-575), que me parecen mejor fundadas que la postura de L. Bodson "Alexander the Great and the Scientific Exploration of the Oriental Part of his Empire" *Ancient Society*, 22, 1991, págs. 127-138.

dro, inquieto, intrigó en secreto contra el señor de Halicarnaso. Este asunto condujo al destierro de algunos de los mejores amigos de Alejandro, considerados malos consejeros (Nearco, Hárpalo, Ptolomeo...). Finalmente, en octubre del año 336, tuvo lugar en Egas el matrimonio entre Cleopatra (hija de Filipo y de Olimpia, que se habían reconciliado) y Alejandro, príncipe de la familia de los Molosos y hermano de Olimpia. Un joven noble macedonio, Pausanias, aprovechó para apuñalar a Filipo en pleno teatro.

Al menos esa es una de las posibles narraciones, pero existe mucha incertidumbre tanto en lo que se refiere a la cronología como al fondo de estos distintos episodios.

En la Antigüedad y, también, en la actualidad se ha debatido mucho sobre la cuestión de si Pausanias actuó solo o si fue incitado por Olimpia, por la corte aqueménida, o incluso por el propio Alejandro.

Tras el suceso de Pixodaro, ¿Alejandro pudo haberse sentido en una situación de inseguridad que le habría llevado al complot contra su padre o, en cualquier caso, a no oponerse? Una vez más, la documentación que existe al respecto es insuficiente, puesto que se fundamenta, esencialmente, en el relato de Plutarco (*Alex.* 10. 1-8) a partir del cual se estima, o no, que Alejandro Magno tenía razones para temer no suceder a Filipo. Hay que precisar, sin embargo, una vez más, que ningún texto ni razonamiento puede aportar pruebas irrefutables. De una manera algo desesperante, estamos obligados a creer o no a Plutarco y a estimar que escribió conducido por una preocupación de verdad histórica o por un deseo de destacar en la literatura.

Desde su advenimiento, proclamado ante la Asamblea del pueblo macedonio (los representantes del *Etnos),* Alejandro Magno manifestó la voluntad de proseguir la obra de su padre. Nadie dudaba de que condujera las ceremonias fúnebres a la necrópolis real de Egas, pues conferían una legitimidad dinástica pública e incontestable al nuevo rey, que retomó inmediatamente los preparativos para garantizar la tranquilidad

y la estabilidad de sus territorios. La muerte de Filipo y la juventud de Alejandro habían engendrado grandes esperanzas en la nobleza macedonia, en los pueblos de las provincias del reino, en las ciudades griegas y hasta en la corte aqueménida. Metódicamente, el nuevo rey decidió hacer que sus enemigos entraran en razón. Comenzó por una purga sangrienta en el seno de la nobleza macedonia. Pausanias, el asesino de Filipo, fue ejecutado; varios aspirantes, verdaderos o supuestos, fueron eliminados; otros nobles prefirieron abandonar Europa y ponerse al servicio del gran rey aqueménida. Más tarde, Alejandro Magno «descendió» a Grecia, silenció a sus oponentes (en Atenas en particular) y renovó en Corinto el pacto del año 338, concediéndose el título de Estratega de la guerra contra Persia. Tercera etapa: la campaña en el Danubio y en los Balcanes (primavera del año 335); los tracios se sometieron. Alejandro Magno quería, efectivamente, asegurar la retaguardia.

El hijo de Filipo abandonó la campaña iliria y se abatió en trece días sobre los griegos, quienes, engañados por la noticia de su muerte, se preparaban para rebelarse. Tebas, que se negaba a rendirse, fue asaltada por Alejandro, que dejó a los griegos, reunidos en Corinto, decidir sobre la suerte de la ciudad vencida: Tebas fue arrasada. Fue un ejemplo terrible.

Alejandro Magno hizo gala de clemencia con Atenas, que había ayudado a Tebas a escondidas: entre los oradores antimacedonios, uno solo tuvo que exiliarse, Caridemos, que se refugió en la corte del gran rey. Desde ese momento, todo estaba preparado: la muerte de Filipo únicamente había retrasado en algunos meses la salida de la gran expedición asiática.

Capítulo I

Las grandes etapas de la conquista (334-323)[1]

1. DEL GRÁNICO A LA CAÍDA DE TIRO (MAYO 334-VERANO 332)

Durante los dos primeros años de la guerra, Alejandro Magno se enfrentó en dos ocasiones a los persas en batalla campal: a la orilla del Gránico (en mayo del año 334) y en Issos, Cilicia (en noviembre de 333). Son dos victorias macedonias, pero ninguna fue realmente decisiva; los persas consiguieron en dos ocasiones lanzar contraataques extremadamente peligrosos contra el litoral oeste anatolio, luego, en el interior de Asia Menor. Paralelamente, Alejandro Magno, que decidió en Mileto (verano del año 334) despedir a su flota, se lanza a la conquista de las costas. Se enfrenta, durante largos meses (enero-verano 332) a la resistencia de Tiro en Fenicia. El verano del año 332 marca un hito en la expedición: por primera vez Alejandro tiene asegurada la retaguardia. La flota macedonia, recuperada desde 333, tomó la iniciativa ante las escuadras aqueménidas. Al mismo tiempo, Darío continúa preparando activamente los ejércitos en Babilonia.

---

[1] La división cronológica elegida aquí será justificada en el capítulo III. Las cifras en cursiva y entre paréntesis, remiten a las páginas donde se ofrecen explicaciones e interpretaciones de los acontecimientos a los que se elude durante el capítulo I.



Alejandro Magno en la batalla de Issos. Detalle del mosaico encontrado en Pompeya (hacia el 200 a.C.).

El desembarco tiene lugar en la primavera del año 334, sin que los persas hayan intentado, aparentemente, utilizar su superioridad marítima (pág. 55). Los sátrapas de Asia Menor han dispuesto sus ejércitos en la orilla del Gránico; son acorralados y vencidos por Alejandro Magno (mayo de 334). Esta victoria le permite marchar hacia el sur de Asia Menor, liberando las ciudades griegas y castigando a las que se le han resistido, mientras que los tiranos aliados a los persas son expulsados (págs. 51-53, 79-82); Sardes, la capital de la dominación aqueménida, se rinde fácilmente. En cambio, Halicarnaso, fortificada por Orontobates y reforzada por Memnón, opone una feroz resistencia a Alejandro Magno, quien debe partir antes de destruirla (final del verano del año 334). En Mileto (verano de 334), Alejandro despide su flota (pág. 51) y decide luchar en tierra contra la superioridad de la flota aqueménida (págs. 49-50); en otoño de 334, a partir de Halicarnaso, comienza una dura campaña de invierno (334-333) que le permite —a pesar de la resistencia de varias ciudades, tales como Aspendos (pág. 52)— hacerse con las costas licia y panflilia. Después de esto, sube hacia el centro de Asia Menor, por Pisidia y Gran Frigia. Permanecerá varios meses en Gordión (primavera de 333). Durante esta parada prolongada, el rey recibe refuerzos de Grecia, así como de Macedonia, mientras que Memnón, al que Darío le ha encargado la reconquista del litoral, continúa un contraataque extremadamente peligroso sobre la costa de Asia Menor, muriendo en el verano de 333 (julio-agosto) bajo las murallas de Mitilene de Lesbos (pág. 52).

Hacia mayo-junio del año 333, Alejandro Magno se dirige hacia Cilicia, a través de la Capadocia occidental, que convierte en una satrapía (teórico: pág. 78), y por las Puertas Cilicias, que los griegos no han preparado realmente para la defensa. Se apodera de Tarso, capital de Cilicia (donde acuña moneda: pág. 94). Mientras que el rey Agis de Esparta intenta unirse a los navarcos persas (pág. 53), Darío ha concentrado un inmenso ejército: el enfrentamiento de Issos le es desfavorable (noviembre del

año 333). Esta victoria permite a Alejandro Magno tomar como rehenes a la madre, la esposa, las hijas e hijos del gran rey, en Damasco tras la batalla; sanear su economía al incautarse de los tesoros de dicha ciudad y, por último, marchar sobre Fenicia, de la que quiere adueñarse para retirar a los persas todo apoyo marítimo. Por diversas razones, la mayoría de las ciudades fenicias (Arados, Biblos, Trípoli, Sidón) no oponen resistencia alguna, por lo que conservan sus instituciones tradicionales (pág. 79), mientras tanto, Tiro va a resistir durante largos meses el asedio llevado a cabo por los macedonios, y los ejércitos persas intentan efectuar un contraataque contra la retaguardia de Alejandro en Asia Menor (págs. 53-54).

A principios de la primavera del año 332, Alejandro Magno obtiene una victoria de primer orden, puesto que los contingentes fenicios y chipriotas abandonan la flota persa y vienen a ponerse bajo su mando. Tiro caerá algunas semanas más tarde, por lo que, en ese momento, Alejandro ha conseguido prácticamente el plan establecido en Mileto: conseguir la supremacía marítima.

2. DE TIRO AL ÉUFRATES (VERANO 332-VERANO 331)

El año siguiente es testigo de cómo los dos adversarios continúan los preparativos en vista de la batalla que cada uno espera sea decisiva. Alejandro Magno se apodera de Egipto, después retrocede sobre sus pasos hasta Tiro, desde donde marcha hacia el Éufrates y el Tigris. Darío prepara sus ejércitos. Mientras tanto, Agis de Esparta prosigue también sus preparativos contra Macedonia.

Alejandro Magno, con una retaguardia ahora segura, continúa la conquista de la costa fenicia. Solamente Gaza opone una vigorosa resistencia hasta noviembre del año 332.

Al mismo tiempo, la flota macedonia sigue la conquista de las islas y ciudades que habían sido ocupadas por los persas en 333

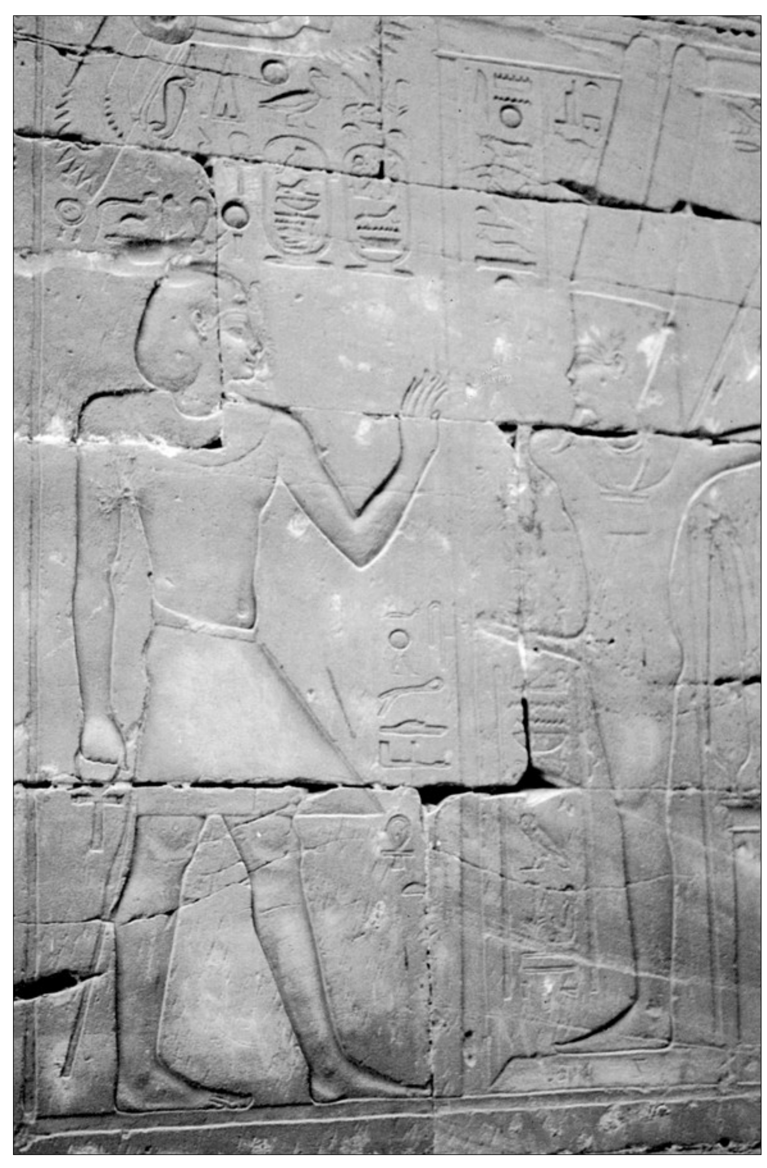
(Chíos, Lesbos...). En noviembre del año 332, el almirante macedonio pudo entregarle un informe a Alejandro y a los tiranos a favor de los persas.

Después, Alejandro Magno, acompañado por la flota dirigida por Hefestión, llega a Egipto, donde el sátrapa solo opone una resistencia inicial antes de entregar la satrapía al rey macedonio, que supo manifestar su respeto por los dioses y templos egipcios. La estancia en Egipto (final 332-primavera del año 331) está marcada por dos hechos importantes: el viaje que realizó Alejandro al oasis de Siwah, donde consultó al oráculo de Amón (págs. 100-101) y la fundación de Alejandría (la primera ciudad con ese nombre), que estaba llamada a tomar una importancia comercial considerable con los Ptolomeos.

Alejandro Magno abandona Egipto en la primavera del año 331 después de haber organizado su administración (pág. 73). Retoma el mismo itinerario que había llevado a la ida, hasta Tiro, y reprime duramente a su paso una revuelta de Samaria. Posteriormente se dirige al Éufrates por Damasco y Alepo. A su partida le acecha una inquietud: la situación en Europa en donde Agis III se vuelve cada vez más amenazante.

3. EL FIN DE DARÍO Y LA SUMISIÓN DEFINITIVA DE GRECIA (VERANO 331-VERANO 330)

Desde este momento, la ambición de Alejandro Magno es vencer a Darío y hacerse con su persona. Consigue realizar la primera parte del programa en la ciudad de Gaugamela (octubre del año 331) pero no logra apresar al aqueménida. No puede lanzarse contra los países de la Llanura iraní, ya que encuentra oposición en Persia, y Darío no ha abandonado la esperanza de darle la vuelta a la situación. Cuando Alejandro abandona Irán occidental, tras el incendio de Persépolis (primavera del año 330), Darío es abandonado por sus principales generales, que lo asesinan en Hircania (junio de 330).



Alejandro representado como faraón frente al dios egipcio Min. Bajorrelieve del santuario de Luxor. El macedonio fue recibido sin resistencia alguna por parte de la élite egipcia.

Durante la expedición de Alejandro Magno a Egipto, Darío ha tenido tiempo de fortalecerse. Ha concentrado un inmenso ejército al este del Tigris, en la ciudad de Gaugamela. La batalla (1 de octubre del año 331) permanece sin decidirse por mucho tiempo, pero al final se vuelve más ventajosa para los macedonios. Darío deja el campo de batalla y, tras un consejo celebrado en Arbeles, gana Ectabana, capital de la región de Media, donde espera reunir un nuevo ejército. Durante ese tiempo, Alejandro ha tomado la dirección de las grandes capitales: Babilonia, Susa, Persépolis y Pasargadas.

Al mismo tiempo, la situación en Europa es muy preocupante. Agis III entra en guerra abierta; es vencido por Antípater en Megalópolis, en octubre del año 331, es decir, poco tiempo antes de la victoria de Alejandro Magno en Gaugamela. Preocupado por la retaguardia, Alejandro multiplica las atenciones a las ciudades griegas para asegurarse su fidelidad (págs. 39-40). Pero las inquietudes europeas no son determinantes y no explican la decisión que toma Alejandro de incendiar el palacio de Persépolis en la primavera del año 330 (págs. 102-104).

El avance le ha permitido apoderarse de las grandes capitales. A pesar de sus capacidades militares, Babilonia no opone ninguna resistencia; muy al contrario, los dirigentes aqueménidas y los jefes de la comunidad babilónica vienen a recibir al conquistador fuera de las murallas y Alejandro Magno es muy pronto reconocido como rey de Babilonia (págs. 100-102). En ese momento se toma una decisión cargada de significado: el nombramiento de un sátrapa iraní (págs. 105 y sigs.). Al mismo tiempo, la entrada en Babilonia y en Susa permite a Alejandro apoderarse de los inmensos tesoros aqueménidas. La marcha sobre Persépolis es más difícil: tiene que reducir la resistencia de los Oxianos, pueblo de pastores que poseen un desfiladero en una zona entre Fahliyun y las Puertas Pérsicas, después vencer la oposición de las tropas persas que bloquean dichas Puertas. Llega a Persépolis a mediados de enero del año 330. Duda durante varios meses sobre la conducta que debe mantener y,

finalmente, toma la decisión de destruir Persépolis, símbolo de la dominación aqueménida (págs. 102-104).

En la primavera del año 330, Alejandro comienza la persecución contra Darío, que ha decidido retroceder hacia el este. En Ectabana, en el momento de lanzarse también contra las satrapías de la llanura iraní, Alejandro Magno, seguro de su dominación en Europa, despide a los contingentes griegos de la liga de Corinto, que, por otra parte, no habían jugado un papel demasiado importante durante la conquista (pág. 39): de este modo, la ficción de la guerra helénica desaparecía definitivamente. Durante este tiempo, en Hircania, un complot se trama contra Darío, que es abandonado por sus principales generales. Bessos y Nabarzanes se apoderan del gran rey y lo mantienen prisionero antes de darle muerte (verano del año 330). A pesar de la rapidez de su marcha, Alejandro Magno no pudo capturar a Darío vivo; aunque se considera desde ese momento vengador del aqueménida (págs. 60-62).

4. GUERRILLAS EN LAS SATRAPÍAS ORIENTALES Y OPOSICIÓN MACEDONIA (VERANO 330-PRIMAVERA 327)

Se abre entonces uno de los períodos más difíciles, si no el más difícil de toda la expedición. Antes de marchar sobre India, que Alejandro ya ha decidido conquistar (págs. 38-44), debe reducir la resistencia de las satrapías orientales: Aria, Drangiana, Sogdiana y Bactriana, principalmente. Al mismo tiempo tiene que hacer frente a la oposición macedonia proveniente del pueblo y de los jefes.

Al principio, Alejandro Magno intenta dirigirse directamente a Bactriana de Bessos tomando la antigua ruta llamada (en una época más tardía) ruta del Khorasán por Kopet-Dargh y Margiana. Obligado a retroceder por la rebelión de Satibarzanes de Aria, apoyado por Bessos, Alejandro Magno somete de nuevo

esta satrapía, luego decide dirigirse a Bactriana por el sur, conquistando sucesivamente Drangiana, Aracosia y Paropamisades (330-329). La ofensiva de Alejandro Magno hizo fracasar el plan de Besssos, que abandonó Bactriana antes de ser entregado al macedonio (págs. 60-61). Desde ese momento, la resistencia fue llevada a cabo, hasta el año 327, por el jefe sogdiano Espitamenes y por varios príncipes locales (págs. 61-62).

Respecto a la actitud de Alejandro Magno, que realiza préstamos cada vez más numerosos a la realeza aqueménida, hay que decir que empieza rodearse de nobles persas y se comporta cada vez más como un rey absoluto, suscitando una oposición virulenta entre los nobles macedonios: el juicio de Filotas y el asesinato de Parmenión y de Clito, así como el asunto de la *proskynesis,* son los episodios más notables de la historia de la lucha entre el rey y sus allegados (págs. 112-118).

Por su parte, los soldados macedonios comienzan a manifestar abiertamente el deseo de volver a su tierra. El carácter salvaje de la guerrilla ha provocado que el ejército se desmoralice (págs. 65-68).

Durante ese mismo período, Alejandro Magno toma medidas de distinta naturaleza cuyas consecuencias a largo plazo son extremadamente importantes: se fundan numerosas ciudades y colonias militares para controlar los principales enclaves estratégicos, así como para vigilar a las poblaciones de las satrapías y de las de las fronteras; sin embargo, esta política suscita la oposición de los colonos griegos de Bactriana (págs. 110-111); al mismo tiempo, implanta una política de colaboración con la nobleza iraní. En consecuencia, algunos iraníes, cada vez más numerosos, son nombrados sátrapas (págs. 105-107) y en el año 327, Alejandro Magno contrae matrimonio con Roxana, hija de un noble bactriano (págs. 108-109).

5. LA CONQUISTA DE INDIA Y DEL GOLFO PÉRSICO (327-325)

Una vez conquistadas las satrapías orientales, Alejandro Magno puede por fin comenzar la conquista de India. Después de una complicada marcha, el ejército macedonio alcanza el Indo en la primavera del año 326. La victoria frente al rey Poros (julio de 326) a la orilla del río Hidaspes, parece abrir a Alejandro vastos horizontes. No obstante, la oposición del ejército macedonio le obliga a detener su conquista sobre el río Hifasis (verano de 326), bajar al Indo y dirigirse a Babilonia siguiendo la costa del golfo Pérsico:

— En el verano del año 327, Alejandro deja Bactria y se encamina a Alejandría del Cáucaso, lugar estratégico de primordial importancia, ya que controla las grandes vías tradicionales de comunicación. Una parte del ejército, confiada a Hefestión y a Pérdicas, se encarga de conquistar la orilla derecha del Cofen, y de preparar la llegada de la parte más grande del ejército al Indo. Alejandro Magno, por su parte, se lanza a la conquista de las regiones atravesadas por los afluentes de la orilla izquierda del Cofen. En la primavera de 326, tras una marcha muy difícil, se une en el Indo con Pérdicas y Hefestión, que lo esperaban desde hacía ya algún tiempo.

— Varios príncipes indios se someten a Alejandro como es el caso de Omfis, Taxiles (a quien Alejandro Magno deja su reinado); Taxiles le informa, asimismo, sobre el peligro que presenta Poros, otro rey indio. La batalla contra este temible enemigo tiene lugar en el Hidaspes (julio de 326); fue probablemente la más dura batalla librada en Asia por los macedonios, que estaban aterrorizados por los fieros elefantes de guerra.

— Las tropas de Alejandro Magno, abrumadas por el cansancio, ansiosas por volver a ver Macedonia y asustadas por los rumores que circulaban sobre los peligros de una expedición más allá del Hifasis, se rebelan y exigen al rey que detenga la conquista (págs. 38, 68-70).

Alejandro comienza, en ese momento, una nueva etapa que se había propuesto llevar a cabo a toda costa: la bajada del Indo y la vuelta por el golfo Pérsico (págs. 42-44, 90-93 y sigs.). Esta campaña finaliza con la sumisión, a menudo brutal (págs. 63-64), de varios pueblos indios y con el dominio sobre las grandes vías marítimas que conectan India con el golfo Pérsico.

6. LOS ÚLTIMOS AÑOS (324-323)

Los dos últimos años que siguen al regreso de India están marcados por una actividad desbordante de Alejandro Magno en todos los ámbitos:

— continúa con tenacidad su plan para dominar el golfo Pérsico; envía tres expediciones que son preludio de la conquista de la costa árabe; la construcción de una flota, de un puerto en Babilonia y el dragado de sus canales, se inscriben en el mismo proyecto (pág. 89);
— somete a los pueblos que se rechazan el reconocimiento de su soberanía (expedición contra los cósenos en 323, pág. 85);
— las nupcias de Susa (324) y la constitución de un ejército macedonio-iraní (324/323) coronan su política de colaboración con los hombres de Darío (págs. 120-121 y sigs.);
— tal vez planea una expedición occidental, pero subsisten muchas incertidumbres sobre esta cuestión (págs. 44-46).

Cuando Alejandro Magno muere en Babilonia durante la noche del 10 al 11 de junio del año 323[2], ha reconquistado para su beneficio todo el Imperio aqueménida, tal y como lo habían constituido Ciro, Darío y sus sucesores. A pesar de la precariedad del dominio macedonio en algunas regiones, la obra de la conquista es inmensa. Pero, ¿cómo Alejandro Magno acabó con las múltiples resistencias que se manifestaban mientras avanzaba su ofensiva, cómo organizó un imperio tan vasto? ¿Cuáles eran sus objetivos y desde qué momento empezó a barruntar sus proyectos de conquista? ¿Cuáles fueron la naturaleza y la dimensión de la resistencia organizada por Darío? Tales son las cuestiones que cabe mencionar ahora.

[2] Sobre la fecha precisa de la muerte de Alejandro Magno tal y como se indica en una tabla babilónica, véase L. Depuydt, «The Time of Death of Alexander the Great: 11 June 33 B.C. (-322), ca. 4:00-5:00 PM» *Die Welt des Orients,* 28, 1997, págs. 117-135, y R. J. Van der Spek, *Orientalia,* 69/4, 2000, pág. 435.

Capítulo II

Origen y objetivos de la conquista

1. INSUFICIENCIAS Y LIMITACIONES DE LAS EXPLICACIONES DE TIPO PERSONAL Y PSICOLÓGICO

Entre las explicaciones ofrecidas por un gran número de autores antiguos y, posteriormente, modernos, los elementos psicológicos e irracionales ocupan un lugar destacado. Con frecuencia se destaca, en primer lugar, que el carácter arrebatado y exaltado del conquistador se debe en gran parte a la herencia psicológica de Olimpia, adepta al culto dionisíaco y propensa «al desbordamiento sin freno de la sensibilidad» (G. Radet). Otros consideran que Alejandro se movió en distintos momentos de su vida por la voluntad de imitar (e incluso de identificación) a los héroes homéricos, con los dioses o semidioses, tales como Dionisos o Heracles. Por último, numerosos autores (V. Ehrenberg y otros) admiten que se dejó llevar con frecuencia por el *pathos,* noción psicológica especialmente difícil de entender, que estos investigadores definen como un deseo irracional e irreprimible de superarse, de ir siempre más lejos en lo que respecta al descubrimiento del mundo y de sí mismo. De todas las interpretaciones citadas se desprende la imagen de un Alejandro Magno «irracional». Esta imposibilidad de entender su figura mediante un análisis racional, político, a decir verdad, ha sido particularmente

defendida por G. Radet, para quien «las reglas de psicología comunes no pueden aplicarse a un héroe que siente correr en sus venas la sangre de Hércules o de Aquiles».

Educado en la admiración de los héroes cantados por Homero, Alejandro Magno, sin ninguna duda, estaba movido por pulsiones psicológicas y por esperanzas de joven acunado con las hazañas y el destino de Aquiles bajo las murallas de Troya. En lo que se refiere a las relaciones que mantiene con las imágenes de un pasado construido y reconstruido por Homero y sus exegetas, así como con los mitos y los dioses, Alejandro es un hombre de su época. Debemos entonces admitir, sin temor a equivocarnos, que en él están permanentemente presentes el amor por la gloria, el anhelo de construir su propio personaje histórico mediante una memoria que sobreviva a su figura, pero también un deseo de identificarse con los conquistadores divinos y míticos que eran Heracles y Dionisos. Alejandro Magno estuvo también incitado por un deseo profundo *(pathos)* de conocer por sí mismo países, ríos y mares. No obstante, reducir tal expedición a una aventura personal sería correr el riesgo de conducirla a un profundo contrasentido. Dicho *pathos* o ambición no deben ser entendidos necesariamente como algo que tiene que ver únicamente con lo irracional.

Los riesgos que Alejandro Magno corre a lo largo de la expedición son calculados: nunca decide comenzar una nueva etapa sin haber asegurado la comunicación con la retaguardia ni sin haberse informado sobre el país que se dispone a conquistar[1]. Dirigía a miles de hombres en regiones, a menudo, desconocidas (por griegos y macedonios) y hostiles, y no estaba dispuesto a asumir el riesgo de perder a su ejército solo

---

[1] Sobre esta cuestión, que ha sido en ocasiones refutada (E. Badian in I. Worthington (ed), *Ventures into Greek History*, 1994, págs. 285-289), véase E. Borza en sus *Makedonika*, 1995, págs. 223-224, y D. Engels «Alexander's Communication System », CQ 30/2, 1980, págs. 327-340.

por el deseo de gloria o por obedecer a una pulsión puramente irracional[2].

Además, aunque no sea una tarea mediocre, interrogarse constantemente, tras leer a autores antiguos, sobre la ambición y sobre las grandes hazañas de Alejandro Magno equivale a postular que los únicos obstáculos que este tuvo que superar fueron sus propias debilidades estratégicas o psicológicas. Tal postulado deja en la penumbra los resortes colectivos de una guerra. Incluso un personaje tan eminente como Alejandro está implicado en un contexto histórico al que no es ajeno. Uno de los grandes problemas de la historia de Alejandro Magno reside precisamente en la oposición patente, a partir del año 330, entre la voluntad colectiva de los macedonios y el carácter cada vez más personal que Alejandro pretende conferir a su poder.

El mismo postulado genera otra desastrosa consecuencia: la desaparición del enemigo persa del escenario de la historia, como si estuviera solo consigo mismo ante su aventura personal. Los progresos de la historia aqueménida y una atención más marcada por una visión global imponen reintroducir a Darío III y a sus allegados en una partida que disputaron con ahínco, utilizando ventajas y cualidades nada despreciables.

2. LA HERENCIA DE FILIPO II

Según una fórmula conocida de W.W. Tarn, «la principal razón por la que Alejandro Magno invade Persia fue, sin lugar a dudas, porque nunca se le ocurrió la idea de *no* hacerlo». Con esta frase, el historiador inglés pretendió indicar que la idea de la conquista recaía en gran parte en Filipo II. Es exactamente lo

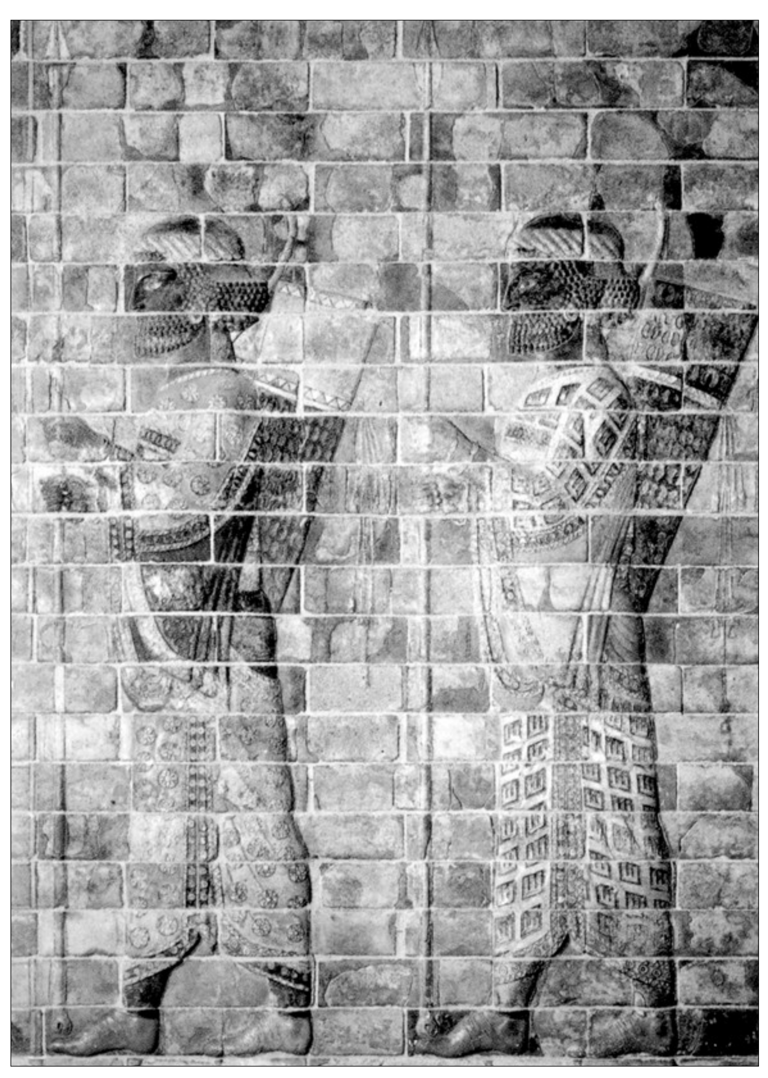
---

[2] También sobre este punto las discusiones siguen siendo animadas: véase, por ejemplo, E. Badian *in Gnomon* 1975/4, págs. 48-57, A. B. Bosworth, *Alexander and the East*, 1996, págs. 165-185 o D. W. Engels, *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, 1978, pág. 110.

que expresaba Polibio, que en un célebre pasaje (III. 6. 12-14) trató de establecer la distinción entre las causas profundas, el pretexto, así como el comienzo de la guerra contra Persia. Filipo II, en efecto, había ya realizado preparativos considerables, tanto en el terreno diplomático como en el ámbito militar. Después de la victoria sobre los griegos en Queronea, en septiembre del año 338, había convocado en Corinto a los delegados de las ciudades y de los territorios griegos. El resultado de dichas deliberaciones fue la constitución de la Liga de Corinto.

Solamente conocemos de manera imperfecta el funcionamiento de la Liga y el nombre de sus miembros. El órgano principal era el Consejo común (Sinedrión), compuesto por delegados de los Estados. Macedonia, en tanto que Estado, no era parte interesada: solamente el rey estaba implicado, pero de una manera estrictamente personal. La carta, por otra parte, prohibía los cambios de constitución, las guerras entre miembros, así como cualquier ataque contra la realeza de Filipo y de sus sucesores. Estas medidas tendían a crear una estabilidad en las relaciones entre ciudades, que Grecia nunca había conocido antes, a pesar de los intentos de los siglos clásicos.

El objetivo de Filipo era, evidentemente, garantizarse la tranquilidad duradera de Grecia. Efectivamente, desde ese momento, su gran propósito fue la guerra asiática. Tras Queronea, había hecho «extender el rumor de que quería declarar la guerra a los persas para vengar a los griegos de las profanaciones que los bárbaros habían cometido en los templos de Grecia» (Diodoro XVI. 89.1). Por esta razón, a partir del año 338, hizo votar por el Sinedrión de la Liga la «guerra de represalias» y se hizo otorgar la dirección de las operaciones militares, con el título de *strategos autocratôr* (con plenos poderes). A partir de 338, el pretexto de la guerra (para retomar la distinción polibiana) estaba, pues, firmemente establecido: oficialmente, Filipo no hacía sino actuar mandando a griegos unidos bajo la *Pax Macedonica;* por otra parte, los medios materiales estaban ya previstos, puesto que cada miembro de la alianza militar debía enviar un contingente.



Arqueros de la guardia real aqueménida. Detalle del friso del palacio de Darío (Museo del Louvre). Llamados por Herodoto *Inmortales,* porque, cuando uno caía en combate, era sustituido de inmediato por otro de la misma altura.

No obstante, Filipo no había creado solamente el pretexto de la guerra, sino que bajo su reinado se fecha el comienzo de la misma. En efecto, en el año 336, el padre de Alejandro había hecho pasar a Asia una vanguardia de diez mil hombres, cuyo mando fue confiado al fiel Parmenión y a Atalo. A pesar de los incontestables reveses infligidos por Memnón en 335, Parmenión pudo conservar Abidos, punto de desembarco ideal para un ejército que venía de Europa. De esta forma, Alejandro se había enrolado en la guerra mucho antes del año 334.

Desgraciadamente, es difícil precisar cuáles eran los objetivos territoriales de Filipo. En el año 331, Parmenión, antiguo compañero de Filipo, se opuso a Alejandro y lo presionó para acoger favorablemente las aperturas diplomáticas de Darío, que ofrecía a Alejandro Magno cederle Asia hasta el Éufrates. Según el historiador G. Radet, «el diálogo opone, con una verdad estremecedora, el programa de las ambiciones circunscritas de Filipo a la doctrina de las conquistas ilimitadas de Alejandro». Pero, amén de que tal interpretación es puramente especulativa, puesto que está basada en textos cuyos fundamentos factuales son más que discutibles (págs. 56-57).

Con frecuencia, se ha sugerido, también, que los proyectos de Filipo se inspiraban directamente en los escritos de Isócrates. Este orador ateniense, representante y apóstol del panhelenismo, después de haber constatado la incapacidad de las ciudades griegas para unirse, se tornó finalmente hacia Filipo. No obstante, no conviene sacar conclusiones apresuradas en cuanto a la influencia de Isócrates, ya que Filipo era muy capaz de darse cuenta, por sí mismo, de cuál era la realidad griega (que él había contribuido poderosamente a conformar) y, en consecuencia, de definir su política. Seguramente, no fue Isócrates quien transmitió a Filipo (ni a Alejandro) la idea de la guerra contra Persia ni la de la creación de una liga fundada en la «Paz general». Por otro lado, ambos programas eran, a lo sumo, incompatibles: mientras Isócrates deseaba utilizar la potencia de Macedonia para impulsar a Atenas a un nuevo imperialismo, Filipo, por su

parte, tenía la intención de utilizar la Liga de Corinto para sus propios fines. En definitiva, no hay nada que permita afirmar que Filipo se había apropiado el programa de Isócrates, quien planeaba una conquista, así como una colonización de Asia Menor, «desde Cilicia hasta Sínope».

A partir de ese momento, es evidente que los imperativos macedonios prevalecen sobre los deseos de Isócrates. Filipo tenía una doble empresa: debía dirigir la expedición al mismo tiempo como estratega de los helenos, para vengar de este modo a Grecia, de ahí el invento (o, mejor dicho, el reinvento) de esta fórmula genial de «guerra de represalias»; y como rey de los macedonios, para (oficialmente) castigar los ataques de los persas contra Perinto y Tracia; Alejandro Magno añadió a esta lista la venganza del asesinato de Filipo, que la propaganda macedonia adjudicaba a las intrigas de la corte aqueménida.

3. ALEJANDRO MAGNO Y LOS TERRITORIOS REALES AQUEMÉNIDAS

Los autores antiguos refieren que, durante su desembarco, Alejandro realizó un gesto que pretendía ser puramente simbólico:

«Cuando llegaron a la orilla, Alejandro primero lanzó una jabalina, como si se tratara de un *territorio enemigo*...» (Justino XI. 5.10); «Después saltó del navío... significando que recibía Asia de los dioses, como si fuera un territorio conquistado con la punta de la lanza» (*chôra doriktèto;* Diodoro XVII. 17.2).

Debido al acento heroico que estos textos quieren expresar, no son determinantes por sí mismos para permitir una evaluación de la dimensión de las ambiciones territoriales de Alejandro Magno. Sin embargo, el nombramiento de sátrapas y de administradores macedonios en las satrapías conquistadas, a partir de la victoria del Gránico, no deja ninguna duda, como sucedió en Dascilion, capital de la Frigia helespóntica:

> Nombró a Kalas sátrapa de la región que administraba Arsites (antiguo sátrapa persa), y ordenó a la población que pagara los mismos tributos que los que pagaba a Darío; a los bárbaros, que habían descendido de las montañas para someterse, los invitó a volver cada uno a sus casas... Envió a Parmenión a tomar posesión de Dascilion, lo que Parmenión llevó a cabo, una vez que la guarnición hubo evacuado la ciudad (Arriano I. 17. 1-2).

Por toda Asia Menor se constata la misma política, simbolizada por la recuperación del tributo de los bárbaros o del tributo de Darío. Como mínimo, tales actitudes y decisiones implican que, desde antes de su desembarco, el objetivo de Alejandro superaba singularmente las intenciones de Isócrates. A pesar de las propuestas recientemente elaboradas en este sentido[3], parece difícil pensar que el objetivo principal de Alejandro Magno se redujera a la «guerra de represalias».

4. «GUERRA DE LIBERACIÓN» Y «GUERRA DE REPRESALIAS»: LÍMITES DEL FILOHELENISMO DE ALEJANDRO MAGNO

De acuerdo con las decisiones del Sinedrión y del *hegemôn,* se reclutaron contingentes en las ciudades, así como entre los miembros de la Liga. Estos contingentes formaban una parte nada despreciable del ejército de Alejandro Magno: 7 000 infantes (de un total de 32 000) y 2 400 jinetes, si incluimos la caballería tesálica (de un total de 5 500). Pero, si exceptuamos aquella, estos contingentes solo desempeñaron un papel eclipsado durante la expedición. En lo que respecta a la flota griega, el rey la despidió a partir del verano del año 334, en Mileto.

---

[3] Véase M. Hatzopoulos, *ZPE,* 1997 (a continuación pág. 57, n.1).

La participación de estas tropas en la expedición respondía, en realidad, a una doble preocupación de Alejandro. Por una parte, su presencia justificaba el carácter panhelénico de la «guerra de represalias», llevada a cabo por el estratega de los helenos. Durante sus campañas, Alejandro tomó medidas espectaculares destinadas a inculcar esta idea. Por consiguiente, después de la victoria del Gránico en el año 334, «él envió a Atenas 300 panoplias persas con la siguiente inscripción: Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, a excepción de los lacedemonios (tomados sus restos mortales) sobre los bárbaros que habitan en Asia» (Arriano I. 16.7).

No obstante, conviene situar el gesto en su contexto: las familias de los caballeros macedonios caídos durante la batalla también reciben regalos: en este caso, una reducción en los tributos personales y residenciales. Además, un rápido análisis aclara que el fervor helénico de Alejandro Magno depende directamente de las dificultades militares y estratégicas que encuentra durante la guerra. Es sorprendente constatar que prodiga múltiples gestos de buena voluntad en el momento justo en el que Agis III de Esparta amenaza la dominación macedonia en Europa. En la primavera de 331, aceptó liberar a los mercenarios atenienses hechos prisioneros en el Gránico, mientras que en Gordión (primavera del año 333) se había opuesto categóricamente a la petición ateniense; en efecto, en una fecha en la que los éxitos de la reconquista marítima persa hacían pesar una grave hipoteca sobre la expedición, Alejandro Magno había pensado que no era el momento de «suavizar el terror que había inspirado a los griegos» (Arriano I. 29.5-6). Después de la victoria de Gaugamela (en octubre del año 331), que compara con las victorias obtenidas por los griegos contra los persas en Salamina (480) y en Platea (479), «escribió [a los griegos] que todas las tiranías habían sido abolidas y que podían gobernar según sus propias leyes» (Plutarco, Alej. 34.2); en Susa (diciembre de 331), en una fecha en la que la noticia de la derrota de Agis no lo había alcanzado todavía, volvió a enviar a Atenas las estatuas de Tiranoctones, que Jerjes había ordenado retirar en el año 480; por

último, aunque en la mente de Alejandro Magno el incendio de Persépolis era ante todo un gesto destinado a los persas (véase a continuación, págs. 102-105), es evidente que, desde el punto de vista de los griegos de Europa, llevar hasta sus últimas consecuencias la guerra de represalias en nombre de la Liga de Corinto también constituía un signo de la voluntad de Alejandro, es decir, vengar las destrucciones infligidas por los persas a los griegos durante las Guerras Médicas.

Por último, los autores modernos destacan que el alistamiento de los contingentes griegos respondía, igualmente, al deseo de Alejandro Magno de garantizar la tranquilidad de Grecia. Es decir, que los contingentes aliados no eran ni más ni menos que rehenes en manos del rey. Es sintomático constatar que la única revuelta abierta en Grecia vino de Esparta, que se había negado precisamente a ser miembro de la Liga, así como que la guerra contra Esparta fue la última ocasión en la que interviene el Sinedrión de Corinto.

En cuanto a la liberación de las ciudades griegas de Asia Menor, un gran número de autores de la Antigüedad la presenta como una misión prioritaria de Alejandro Magno. No podemos negar, en efecto, que, en las ciudades gobernadas por oligarcas o por un tirano, su llegada se consideró como una liberación. De esta forma, en Éfeso, el restablecimiento de la democracia ocasionó un desencadenamiento de violencia colectiva. Alejandro tuvo que intervenir para hacer cesar las matanzas de los partidarios del tirano. Sin embargo, junto a ejemplos de acogida entusiasta, los casos de resistencia o de sublevación no son aislados, como las pequeñas ciudades del sur de Asia Menor, que Alejandro Magno conquistó mediante la violencia durante una dura campaña de invierno (334/333).

La política de Alejandro Magno, con respecto a las ciudades griegas durante la conquista de Asia Menor, fue dictada en gran medida por la actitud de estas hacia él. Lo que significa que se siente autorizado a aplicar a los rebeldes el derecho griego de la guerra y, por consiguiente, a disponer soberanamente de la ciu-

dad y de sus habitantes[4]. La libertad no es inherente a la ciudad griega, tal y como afirmaba W. W. Tarn; sino que es una libertad concedida por Alejandro Magno y, por lo tanto, una libertad precaria. El ejemplo más ilustrativo es Aspendos, ciudad de Panfilia que, en un principio, obtuvo de Alejandro Magno la exención de proporcionar una guarnición a cambio del pago de cincuenta talentos y de un tributo en especie (caballos). Este acuerdo garantizaba la autonomía a los aspendianos. No obstante, cuando se recibió la noticia de que la ciudad se negaba a aplicar el citado acuerdo, Alejandro Magno volvió a Aspendos e impuso un nuevo arreglo mediante el cual la ciudad dejó de ser autónoma, se transformaba en súbdita. «Alejandro ordenó a los aspedianos que hicieran rehenes a los nobles, que entregaran los caballos que ellos les habían prometido anteriormente, que pagaran cien talentos en lugar de cincuenta, que obedecieran al sátrapa que él nombrara, que pagaran un tributo anual a los macedonios y, en último lugar, que se sometieran a una encuesta sobre el asunto del territorio de sus vecinos del que se decía que habían usurpado mediante la violencia y poseer sin derecho» (Arriano I.27.4).

Ciertamente, estamos tentados de preguntarnos lo que ya se planteó R. Sealey en cuanto a la fundación de la Liga de Delos por Atenas en 478-477. ¿Sentían realmente las ciudades griegas de Asia el deseo de ser «liberadas» en el año 334? ¿Las retiradas de Atenas, Tebas y Esparta, ante los ultimatums aqueménidas en el siglo IV, solo podían suscitar un gran escepticismo en cuanto al entusiasmo de sus hermanas europeas, ya que estas habían aceptado en el año 386 la paz del rey, que hacía oficial la dominación persa en la costa de Anatolia? Por otra parte, la brutalidad que ejerció Alejandro Magno hacia Tebas, en el año 335, solamente podía originar los peores temores sobre la manera en que el rey macedonio concebía su relación con las ciudades griegas. Por último, podemos admitir que, además de dos siglos de «convi-

[4] Cf. E. Bikermann, «Alexandre le Grand et les villes d'Asie », *REG,* 1934, p 346-374.

vencia», un cierto *modus vivendi* se había establecido entre los griegos de Asia y la administración aqueménida.

5. LA CONQUISTA DE INDIA Y EL REGRESO POR EL GOLFO PÉRSICO

Las expediciones efectuadas en India y en el golfo Pérsico constituyen la parte de la conquista que ha suscitado los más diversos comentarios entre los historiadores. Atracción por lo desconocido, voluntad de identificarse con Heracles y con Dionisos, *pathos,* gusto por el descubrimiento geográfico, pretensiones comerciales... tales son las explicaciones que más frecuentemente aportan los investigadores. No obstante, el problema que se plantea es saber cuál fue la motivación determinante. Igualmente, debemos preguntarnos hasta dónde quería conducir sus tropas Alejandro Magno, y desde cuándo acariciaba el proyecto de conquistar India.

En primer lugar, sería erróneo ver en su figura una especie de Cristóbal Colón, puesto que el rey no descubrió ninguna tierra virgen. El Punjab y el valle del Indo habían sido conquistados por Darío I y anexionados al Imperio aqueménida, del que aún formaban parte nominalmente. Así pues, Alejandro Magno no tomó la ruta hacia lo desconocido. Por otra parte, contó con datos proporcionados por príncipes indios aliados y, también, por guías locales[5]. No cabe duda de que el principal objetivo del rey era restaurar para su beneficio los límites del imperio de Darío I, y obtener de tal restauración todas las ventajas políticas y fiscales que habían logrado los grandes reyes.

Todo conduce a reconocer la realidad de las ambiciones territoriales de Alejandro, y a concluir que en el año 334 este tenía una idea a la vez precisa en su conjunto y vaga en detalle sobre

---

[5] Sobre los datos de Alejandro Magno, véase A. B. Bosworth, *Alexander and the East,* Oxford, 1996, págs. 66-97.



Esta imagen de Buda (arte de Gandhara) encarna a la perfección el influjo de la escultura helenística sobre el arte hindú, y, por extensión, es testimonio de los estrechos lazos culturales entre Grecia e India a raíz de las conquistas de Alejandro Magno.

la dimensión del mundo que se disponía a conquistar. ¿La razón de su clarividencia no era simplemente que dicho mundo ya había sido conquistado por los aqueménidas?

¿Tal vez, además, tras la derrota de Poros, el rey pretendía traspasar las fronteras aqueménidas y llegar al Ganges y al «Océano exterior», tal y como lo afirman algunos textos antiguos o, por el contrario, el único propósito de Alejandro Magno era, entonces, descender el Indo y volver por el golfo Pérsico? Cargada de contradicciones graves y múltiples, la documentación disponible hace dudar tanto de la naturaleza como del desarrollo de la «sedición» de sus soldados que, en el Hifasis, condujo a Alejandro Magno a retroceder. Estamos más bien inclinados a pensar que la bajada del Indo y, posteriormente, el regreso por la orilla persa del golfo Pérsico formaban parte integrante de un plan madurado desde hacía tiempo, que pretendía recorrer y hacerse con todas las fronteras del Imperio aqueménida: el Indo era el límite oriental.

6. LA CUESTIÓN DE LOS «ÚLTIMOS PLANES»

La paradoja absoluta del asunto de los planes territoriales de Alejandro Magno es que la única teoría explícita sobre el tema es también la que suscita más escepticismo. Varios autores antiguos afirman que en el año 323 Alejandro acariciaba el proyecto de conquistar la cuenca occidental del Mediterráneo. Según Diodoro (XVIII. 4. 1-6), después de la muerte del rey se descubrieron, entre sus documentos, proyectos *(hypomnemata)* que Pérdicas, candidato a la sucesión, presentó al ejército (que se negó a aplicar):

> Se proponía construir 1000 buques de guerra, más grandes que trirremes, en Fenicia, Siria, Cilicia y Chipre, para la campaña contra los cartagineses y los otros pueblos que vivían a lo largo de la costa de Libia y de Iberia, y la región costera vecina hasta Sicilia; construir una ruta a lo largo de Libia hasta las Columnas de Hércules y, para las necesidades de una expedición de

tal envergadura, puertos y arsenales en lugares escogidos con sensatez; erigir seis templos magníficos y costosos de 1500 talentos cada uno; y, por último, establecer ciudades y trasladar poblaciones de Asia a Europa y de Europa a Asia, para dar lugar a una comunidad de espíritu *(homonoia)* y mantener relaciones amistosas mediante matrimonios y lazos familiares.

Pocos textos han provocado un número tan elevado de comentarios opuestos, pues el problema que plantea esta tradición es arduo. La coherencia aparente de los planes atribuidos a Alejandro Magno es tal vez ficticia. En efecto, reside al menos una buena parte, en la articulación afirmada entre una expedición de circunnavegación de Arabia hasta Egipto, y el proyecto de continuar la guerra hasta el Mediterráneo occidental. Sin embargo, la primera parte del plan no está confirmada, como implica, además, la tan reservada formulación de Arriano. No cabe duda de que en el año 324 Alejandro Magno confió a algunos generales la misión de llevar a cabo esta circunnavegación; sin embargo, también hay que señalar que todos fracasaron, lo que es fácil entender debido a las inauditas dificultades técnicas. En efecto, nada permite afirmar que Alejandro pudiera simplemente retomar las tradiciones aqueménidas, a pesar de una declaración de Darío I sobre una de las estelas del canal que él reabrió entre el Nilo y el mar Rojo (hacia el año 500-490). No existió nunca una línea de comunicación directa y regular entre el mar Rojo y el golfo Pérsico durante la época de la dominación persa[6].

Si le concedemos el beneficio de la lucidez mínima de un jefe del ejército, debemos pensar que Alejandro Magno no tenía intención alguna de poner en riesgo a todas sus fuerzas en una empresa imposible. Aunque estas observaciones no anulan formalmente la existencia de los planes occidentales de Alejandro, ellas recuerdan que, por lo menos, el estado del expediente documental debe incitar a la mayor prudencia.

---

[6] Véase J-F. Salles, *TMO*, 16, Lyon, 1998, págs. 75-102; P. Briant, *AchHist,* VI, 1991, págs. 76-79; Ch. Tuplin, *ibid.,* págs. 270-278; S. Amigues, *Topoi,* 6/2, 1996, págs. 671-683.



Darío en la batalla de Issos. Detalle del fantástico mosaico encontrado en la Casa del fauno de Pompeya (hacia 200 a. C.).

Capítulo III

Las resistencias de la conquista

Ni la constancia de Alejandro Magno en su progreso ni el éxito final deben hacer creer que pudo llevar a cabo su objetivo armoniosamente, sin dificultades. Al contrario, tuvo que hacer frente a una resistencia prolongada por parte de Darío y de los ejércitos aqueménidas (334-330). Dicha oposición presentaba un peligro, tanto más importante cuanto que corría el riesgo de unirse a una revuelta en Grecia (333-331). Los tres años que siguieron a la muerte de Darío (330-327) fueron testigos de cómo el ejército macedonio era amenazado con la derrota en Bactriana y en Sogdiana; paralelamente se desarrolló una oposición en el interior del ejército, que obligó a Alejandro a detener sus planes sobre el Hifasis en el verano del año 326.

1. LA RESISTENCIA OPUESTA POR DARÍO (334-330)

1.1. Las fuerzas presentes

Sería un grave error de perspectiva subestimar la capacidad de resistencia del Imperio aqueménida y el valor de su jefe. En el año 334, la relación numérica de las fuerzas favorecía, con diferencia, a los persas. Ante los 25 000 soldados de infantería y 2500 de caballería de Alejandro Magno, a los que hay que añadir los contingentes de soldados griegos y de merce-

narios (3000 jinetes y alrededor de 7000 infantes), el Imperio aqueménida pudo movilizar ejércitos considerables, aunque las cifras antiguas deben ser consideradas con precaución. De la misma manera eran ilimitados los recursos económicos del gran rey, que disponía de tesoros acumulados en Susa, Ectabana, Persépolis y Babilonia. Contrariamente a una tenaz idea, el Imperio aqueménida del siglo IV no entró en una fase de decadencia acelerada. No se percibe crisis económica ni descontento generalizado. El gran rey podía seguir contando con la fidelidad de las grandes familias persas, pero también con la colaboración de las élites locales. Las distintas etapas de la conquista macedonia demuestran, por otra parte, que la marcha de Alejandro Magno se encontró entorpecida tanto por los ejércitos reales, como por, en algunas ocasiones, la resistencia de pueblos y de ciudades[1].

Es cierto que el ejército macedonio disponía de una superioridad técnica y de maniobra innegable; Alejandro había heredado de su padre un ejército poseedor absoluto del arte de las batallas campales. Por su parte, el propio rey era un estratega fuera de lo común, que se caracterizaba, sobre todo, por su capacidad de adaptación excepcional. Ante el ejército real de Darío, cuyo levantamiento solo se produjo en circunstancias excepcionales, el macedonio adquirió los reflejos de un ejército casi profesional. Aunque también, las fuerzas aqueménidas englobaban contingentes perfectamente entrenados y, por otra parte, Darío supo introducir en ellas novedades técnicas[2]. Asimismo, contaba con la superioridad naval que en el año 334 le garantizaba, en principio, el control del Egeo.

---

[1] Sobre la situación del Imperio aqueménida, cf. P. Briant, *Histoire de l'Empire perse*, paris, 1996, págs. 712-823, y «The Empire of Darius III in Perspective», *in* W. Heckel-L., A. Tritle (eds.), *Alexander the Great. A New History,* 2009, págs. 141-188.

[2] Véase, por ejemplo, P. Briant, « Note d'histoire militaire achеménide. À propos des elephants de Darius III», en P. Brulé y J. Oulhen (eds.), *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne. Hommages à Y. Garlan,* Rennes, 1997, págs. 177-190.

1.2. Fragilidad y riesgos de la posición estratégica de Alejandro Magno

Una comparación de las cifras de soldados y de los métodos de combate no puede explicar la evolución de las operaciones. En el ámbito estratégico, cabe destacar que, en mayo del año 334, la posición de Alejandro Magno no se encontraba tan asegurada como podía parecer. Si bien, al contrario de lo que afirma la visión heredada de la Antigüedad, disponía de recursos monetarios y financieros suficientes[3], y, sin embargo, no es menos cierto que no podía permitirse ningún paso en falso. Él sabe muy bien, en efecto, que un fracaso supondría alentar los ánimos de los «revanchistas» en las ciudades griegas. A decir verdad, Alejandro Magno estaba condenado a la victoria.

Otra ventaja objetiva de Darío es que, a medida que se adentraba en los territorios imperiales sin acabar con la oposición aqueménida, la situación estratégica de Alejandro se volvía cada vez más crítica. El ejército macedonio estuvo a punto, en dos ocasiones, de ser abatido por contraataques persas que surgieron en su retaguardia, tras la batalla del Gránico (mayo del año 334) y la de Issos (noviembre del año 333).

Por importante que fuera (Alejandro Magno no fue enviado al mar), la batalla del Gránico no permitía al macedonio esperar someter Asia Menor sin derramar una gota de sangre. Una gran parte de los ejércitos persas había conseguido abandonar el campo de batalla y se había replegado a Mileto, donde Memnón tomó la dirección, y después a Halicarnaso, tras la caída de Mileto. Entre todas esas tropas, la voluntad de resistencia era muy grande, en particular, entre los mercenarios griegos, a los que la conducta salvaje de Alejandro Magno, después de la batalla, disuadía de todo deseo de dejar de apoyar a Darío.

---

[3] Véase G. Le Rider, *Alexandre le Grand, Monnaie, finance, politique*, Paris, PUF, 2003, págs. 103-117.

Memnón y Orontobates pusieron a Halicarnaso en estado de sitio. El primero recibió de Darío la misión de lanzarse a la reconquista de las islas y del litoral. Para Alejandro Magno, derrotado por los defensores de Halicarnaso (verano del año 334), el peligro era considerable. Él mismo había elegido luchar dando la espalda al mar; en Mileto (julio-agosto) había tomado la decisión de despedir a su flota, compuesta por contingentes griegos, pues consideraba que no tenía ninguna posibilidad de vencer a la flota fenicia, que la superaba, con diferencia, en número y calidad. El rey, por otra parte, temía una revuelta de la tripulación griega; y por último, carecía de reservas financieras necesarias para mantener dicha fuerza naval; al menos, así es cómo Arriano explica la decisión de Alejandro Magno, que sigue planteando problemas. Fuera como fuese, el rey había decidido luchar sobre tierra contra la superioridad marítima persa, poniendo bajo su dominio todas las regiones de las que Darío obtenía su flota y su tripulación, es decir, las costas lico-panfiliana, miliciana y siro-fenicia.

Sin embargo, tal estrategia comportaba un riesgo considerable: el de encontrarse entre dos frentes: entre Darío, que movilizaba en masa, y Memnón, que obtenía éxitos considerables en su empresa de reconquista de la costa de Anatolia, y cuya acción despertaba grandes esperanzas (por cierto, ilusorias) en las ciudades griegas de Europa. A pesar de la importancia excesiva que los autores antiguos le otorgan, la muerte de Memnón ante Mitilene de Lesbos (verano de 333) no modificó de repente la situación. Sus sucesores, Farnabazo y Autofradates, no disminuyeron sus esfuerzos; llevaron a cabo una estrategia más ofensiva, apoderándose de numerosas islas, en las que se reafirmaron los principios de la dominación persa, tal y como habían sido definidos en el año 386 por Artajerjes II[4].

A su salida de Gordión de Frigia, en julio del año 333, la situación de Alejandro Magno seguía sin ser demasiado segu-

[4] Sobre las operaciones navales de Memnón y de sus sucesores, véase P. Briant, *Histoire de l'Empire perse*, págs. 843-848.

ra. Poco antes de la batalla de Issos, la unión de sus enemigos estaba incluso a punto de realizarse, puesto que el rey Agis de Esparta se disponía a unirse con Autofradates y con Farnabazo en Sifnos. La victoria de Issos salvó a Alejandro de un posible desastre y le permitió dirigirse a las ciudades fenicias, a Tiro, en primer lugar, que seguían constituyendo en esa fecha su principal objetivo. No obstante, escribir como R. Cohen: «nunca un vencedor fue más libre en sus movimientos que Alejandro Magno tras la batalla de Issos», representa un grave contrasentido. Todo lo contrario, comienza entonces uno de los períodos más críticos de la expedición (otoño 333-primavera 332).

En efecto, después de la derrota de Issos, miles de soldados de caballería persas huyeron hacia el norte, dirigidos por ilustres jefes. Retirándose en buen orden, tomaron el camino de la Vía real y se instalaron en regiones que permanecieron, de facto, fuera de la dominación macedonia, a saber, la región de Capadocia y de Paflagonia. Allí instituyeron el reclutamiento y se encontraron pronto a la cabeza de fuerzas considerables (finales de 333-principios del año 332). La acuñación de monedas en Sínope con los nombres de Mitropastes, Orontobates e Hidarnes debe relacionarse, sin duda alguna, con la actividad de los persas. Su objetivo era reconquistar toda Asia Menor más allá del río Halis.

No obstante, en esa época, Darío había empezado a reunir un nuevo ejército en Babilonia; la flota fenicia seguía acaparando el mar; en Europa, Agis de Esparta, aunque de manera aislada, realizaba los preparativos; Alejandro Magno permanecía inmovilizado desde hacía varios meses delante de Tiro: los habitantes de esta ciudad pretendían resistir el máximo tiempo posible para permitir que el gran rey terminara los preparativos. Por otra parte, Alejandro no podía levantar el sitio, puesto que corría el riesgo de perder toda posibilidad de llevar a cabo su proyecto de conquistar la costa fenicia, del que dependía toda la continuidad de la campaña. Por lo tanto, la situación era muy delicada. Corría el riesgo de ser acorralado.

Ante una situación tan excepcional, Alejandro confió a Antígono «el Tuerto», sátrapa de Gran Frigia, el mando de todos los ejércitos de Asia Menor reunidos. Hombre preparado para la guerra, Antígono, con la ayuda de otros sátrapas como Kalas, Nearco o Balakros consiguió acabar con el contraataque persa en la primavera del año 332. Estas victorias, sin duda alguna, aliviaron en gran medida a Alejandro Magno en el mismo momento en que las escuadras fenicias, chipriotas y cilicias se sometieron a su autoridad. La caída de Tiro, en el verano del año 332, le permitió realizar el programa que se había fijado en el verano del año 333: retirar las bases continentales de la marina aqueménida. No obstante, la partida no estaba acabada puesto que a pesar del choque causado por la noticia de Issos, y aunque estaba muy debilitado, Farnabazo prosiguió sus actividades hasta el otoño del año 332. Alejandro Magno derribó con mucha dificultad la plaza fuerte de Gaza, que permanecía formidablemente defendida por su gobernador, Batis; y, mientras tanto, Darío reunía y preparaba a su nuevo ejército.

1.3. Darío y los persas frente a Alejandro Magno

¿Debemos, entonces, para explicar la derrota aqueménida, insistir en la inferioridad del mando persa? Un gran número de historiadores modernos atribuyen la mayor parte de la responsabilidad a Darío, considerado como un cobarde en el campo de batalla y como un incapaz para las negociaciones diplomáticas. Tal era, ya, el juicio propagado por las fuentes griegas, que alimentadas por un espantoso complejo de superioridad, tomaron la costumbre de emplear automáticamente ciertos términos para hablar de Persia: debilidad, lujo, lujuria, embriaguez, cobardía. Los griegos encontraban en ellos una cómoda justificación de las conquistas. Es lamentable constatar que una corriente dominante de la historiografía europea se ha apropiado de estos temas, para trazar el retrato de Alejandro Magno como un «soldado de la civilización».

Debido a la insuficiencia y a las contradicciones de las fuentes antiguas, la reconstitución de las batallas antiguas, aunque muy apreciada por los aficionados al *war-game*, plantea problemas casi imposibles de resolver. No obstante, algunos estudios recientes sugieren que Darío no fue el estratega estúpido que los historiadores han pretendido describir. Evidentemente, tampoco fue el «rey cobarde» que los autores antiguos y modernos presentan de manera sistemática[5].

Podemos sorprendernos al constatar que Darío no utilizó su aplastante superioridad naval para cerrar la ruta del Helesponto, y que no se precipitó, estando a la cabeza del ejército real, para expulsar a Alejandro Magno hacia el mar. Esta falta de actividad parece tanto más inexplicable cuanto que no podía ignorar los preparativos del macedonio. En general, hay que reconocer que debido al vacío documental, la extraña ausencia de la flota sigue siendo inexplicable o, al menos, ninguna de las interpretaciones que se han propuesto habitualmente supera el estadio de la verosimilitud. En lo que se refiere a la posible convocatoria del ejército real, cabe destacar que en el transcurso de la historia aqueménida, una medida como esa era más bien una rarísima excepción. Es probable que en el año 334, Darío y los suyos consideraran el desembarco como un nuevo intento destinado al fracaso. ¿Fue un error fatal de apreciación? No se puede saber con seguridad de ninguna manera, salvo si se adopta un cómodo razonamiento *post eventum,* que postule como evidente lo que no podía serlo, en ese momento, para el estado mayor persa en el año 334.

Frente al ejército de Alejandro Magno, Darío adoptó, por tanto, medidas habituales: ordenó al sátrapa de Frigia-Helespóntica, Arsites, que tomara la dirección de los contingentes, que le proporcionaban los distintos sátrapas de Asia Menor y que se opusiera al ejército macedonio en batalla campal en Frigia. Los autores antiguos describen la celebración de un consejo de guerra en

---

[5] Véase *Darius dans l'ombre d'Alexandre,* París, Fayard, 2003, donde se encuentra documentación y bibliografía.

torno a Arsites. Según Arriano y Diodoro, dos estrategias se cotejaron en aquel momento. Diodoro, como es propio de él, otorga un lugar eminente a Memnón, que, parece ser, proponía aplicar la estrategia de quemar la tierra. Arriano relata (I. 12.10):

> Pero Arsites, se cuenta, declaró durante la reunión que no toleraría que se incendiara ni una sola casa de las que estaban bajo su gobierno; y los persas fueron de su mismo parecer, puesto que sospechaban, más o menos, que Memnón retardaría voluntariamente la guerra mucho más tiempo, dado los honores que le procuraba el rey.

Tomando partido por Memnón, Diodoro afirma que Arsites y los jefes persas negaron sus propuestas, «con el pretexto de que la actitud que recomendaba era indigna del furor generoso *(megalopsychia)* de los persas». A partir de Diodoro, se creó el mito de los persas que, cegados por su «espíritu caballeresco» adoptaron un plan que Diodoro calificó cómodamente de ruinoso. En realidad, el consejo de guerra no tuvo la posibilidad de elegir una estrategia en lugar de otra. Arsites y sus colegas habían recibido del mismo Darío la orden de oponerse a Alejandro Magno en batalla campal. A decir verdad, la teórica superioridad de la caballería persa y la supremacía numérica de su ejército podían hacer esperar que Arsites podría obtener la victoria.

En cuanto al pánico que sentía Darío antes los primeros éxitos macedonios, viene, sobre todo, impregnado por una tradición antigua relativa a sus «abandonos territoriales». Los autores de Alejandro magno afirman, en efecto, que en dos o tres ocasiones tras la batalla de Issos, Darío estableció una apertura diplomática para recuperar a los miembros de su familia, que habían sido hechos prisioneros después de la batalla. Esta cuestión no se puede negar. Aunque añaden que, primero en Tiro, en el año 332 y, después, cuando Alejandro cruzó el río Éufrates, en el verano del año 331, el gran rey prometió a Alejandro Magno la mano de una de sus hijas y que le ofreció abandonar una parte de los territorios

imperiales, hasta el Halis (embajada de Tiro) y después hasta el Éufrates. Quinto Curcio afirma, además, que dichos territorios fueron concedidos como parte de la dote de la princesa prometida al macedonio. Sin embargo, dicha tradición es eminentemente sospechosa, puesto que no se corresponde, de ninguna manera, con las decisiones estratégicas ni con las actividades militares confirmadas que realizó Darío entre Issos y Gaugamela. Por lo demás, el mismo Diodoro sabe que, durante un consejo celebrado con sus allegados, Alejandro Magno elaboró una falsa carta de Darío. Dichos «abandonos territoriales» deben ser considerados, en realidad, como un mero componente de la propaganda macedonia. Hasta el final, Darío permaneció decidido a luchar, incluso después del episodio de Gaugamela, en una fecha en la que, sin embargo, la suerte de los ejércitos se inclinaba, de manera cada vez más inquietante, a favor de su adversario[6].

2. LA RESISTENCIA SUBTERRÁNEA Y LA REVUELTA ABIERTA EN GRECIA

Mientras tanto, Grecia no permanecía inactiva. Cuando obtuvo Asia Menor, en mayo del año 334, Alejandro Magno era perfectamente consciente del peligro que asumía: había confiado a Antípater la misión de vigilar las ciudades griegas, y, para ello, le había dejado un ejército de 15 000 infantes y de 1500 jinetes. La revuelta abierta vino de Esparta, que no se había afiliado a la Liga de Corinto y que, como consecuencia de eso, no había enviado ningún contingente a Alejandro Magno; de manera que Agis III, rey desde el año 338, tenía las manos libres para preparar al ejército de Esparta. Su objetivo era actuar en colaboración con el gran rey. En el año 333 decidió aliarse con los persas y fue a encontrarse en Sifnos con los navarcos Autofradates y

[6] Sobre todas las cuestiones que acabamos de mencionar, remito a mi libro *Histoire de l'Empire perse,* 1996, págs. 848-859.

Farnabazo pero, por desgracia para él, su llegada coincidió con la noticia de la derrota de Darío en Issos, que arruinó las últimas esperanzas de organizar una acción completamente concertada en Europa y en Asia.

En el año 331 estalló una revuelta en Tracia. Al parecer, el estratega Memnón tomó la decisión de volverse independiente. ¿Estuvo este levantamiento voluntariamente coordinado con el de Agis? No podemos saberlo con exactitud. Lo que es cierto es que Agis comenzó las hostilidades en esa fecha. Ocupado en el frente tracio, Antípater envió al estratego Korragos al Peloponeso, donde fue vencido y asesinado. Leyendo a Esquines (*Contra Ctesifonte,* 165) imaginamos la repercusión que pudo tener esta primera derrota de un ejército macedonio:

«Los lacedemonios y las tropas mercenarias habían ganado la batalla y destruido el ejército de Korragos. Los helenos se habían unido a ellos, así como todos los aqueos, con excepción de Megalópolis. Esta ciudad estaba sitiada y cada día esperábamos verla caer. Alejandro Magno había cruzado el polo y casi los límites del mundo. Antípater reunía lentamente a su ejército, y el futuro parecía incierto».

Alejandro Magno seguía con inquietud los acontecimientos del Peloponeso y tomó medidas para luchar contra Agis. En la primavera del año 331, en Tiro, para felicitar a Atenas e incitarla a la vía de no intervención, aceptó, por fin, liberar a los mercenarios atenienses que habían sido hechos prisioneros en la batalla del Gránico; poco tiempo después, el navarco Anfoteros fue enviado a «ayudar a la gente del Peloponeso que confiaba en que los persas ganaran la guerra y no obedecían a los lacedemonios» (Arriano III. 6. 3); finalmente, antes de dirigirse hacia el Éufrates, dio la orden a Antípater de transigir (momentáneamente) con Memnón, y de ir contra Agis. Antípater reclutó contingentes de la Liga de Corinto. La batalla tuvo lugar en octubre del año 331, bajo las murallas de Megalópolis: los espartanos fueron vencidos y el rey Agis perdió la vida allí. Sin embargo, Alejandro no se había liberado de sus preocupaciones por lo que se multiplican,

durante varios meses (finales 331-principios 330) los gestos de buena voluntad para con los griegos de Europa.

3. RESISTENCIAS Y REPRESALIAS EN LAS SATRAPÍAS ORIENTALES (330-327)

No obstante, mucho más grave fue la resistencia encarnecida de las satrapías orientales tras la muerte de Darío. Fueron necesarios casi tres años para subyugar solamente a Bactriana y a Sogdiana, dirigidas, primero, por Bessos, y, posteriormente, por Espitamenes.

3.1. El fracaso de Bessos y la guerrilla de Espitamenes

Después de haber desempeñado el papel principal en la conjura contra Darío, Bessos había regresado a su satrapía de Bactriana. Allí congregó a los habitantes para rebelarse, para «defender su libertad» y se proclamó rey bajo el nombre de Artajerjes. Pudo contar con el apoyo de Satibarzanes, sátrapa de Aria, que Alejandro Magno había mantenido en su puesto. En Bactria, Oxiartes y Espitamenes se encontraron con el nuevo Artajerjes, a la cabeza de un fuerte contingente sogdiano, que reforzaron los 7000 jinetes reclutados por Bessos[7].

Bessos había tramado el proyecto de devastar la llanura bactriana ante Alejandro Magno, después de librar batalla a un ejército macedonio agotado por las privaciones. Sin embargo, la ofensiva que lanzó Alejandro Magno en la primavera del año 329, a partir de las Parapamisadas, sorprendió al jefe bactriano,

---

[7] Véase P. Briant, *L'Asie centrale et les royaumes proche-orientaux au 1er millénaire,* Paris, 1984, págs. 81-88; nuevos documentos publicados en S. Shaked, *Le Satrape de Bactriane et son gouverneur*, París, De Boccard, 2004. Persiste una gran incertidumbre en cuanto a ciertos episodios; cf. F. Grenet y C. Rapin, *Bulletin of Asia Institute,* 12, 1998 [2001], págs. 79-89.

quien decidió retirarse al otro lado del Oxus, quemando a los vasallos que le habían permitido atravesar el río. Entonces fue abandonado por los 7 000 jinetes bactrianos. El ejército macedonio consiguió atravesar el Oxus gracias a odres rellenos de paja. Oxiartes y Espitamenes traicionaron a Bessos y lo entregaron a Alejandro Magno.

Sin embargo, la captura de Bessos no solucionaba la cuestión, puesto que Espitamenes se había colocado a la cabeza de una revuelta mucho más peligrosa. Al contrario de Bessos, que de alguna manera se había dejado embaucar por los conceptos militares aqueménidas (batallas campales), el jefe sogdiano comprendió perfectamente que debía utilizar todas las ventajas naturales y humanas de la Sogdiana y la Bactriana (rodeadas de plazas fuertes naturales), contra Alejandro Magno, y que el ejército macedonio no estaba preparado para esquivar emboscadas ni para evitar incursiones. La resistencia de numerosas ciudades y guarniciones obligó, en primer lugar, a llevar a cabo una agotadora guerra de sitios. La situación era, por lo tanto, distinta de la experimentada en las satrapías occidentales, donde, por lo general, la caída de la capital anunciaba la sumisión de la satrapía.

Contra el ejército macedonio, obligado a llevar y a mantener un gran número de plazas fuertes, Espitamenes adoptó decididamente una táctica de acosos y de incursiones, que desaparecían con la llegada del enemigo y volvían a aparecer cuando no se esperaban. Ante un enemigo tan desconcertante, el rey intentó mejorar la movilidad de su ejército, destacando contingentes encargados de perseguir a Espitamenes allí donde había sido visto. Pero el sogdiano había reclutado a escitas, a los que el avance de Alejandro hacia el norte y la fundación de una Alejandría del Yaxartes, en el año 329, habían inquietado mucho. No obstante, los soldados macedonios se adaptaron poco a poco a la guerrilla, y Alejandro Magno pudo hacerse pronto con jinetes de entre los nobles de la Bactriana y los sogdianos aliados.

Además, la colaboración de los escitas era frágil y ambigua, como se desprende de las reflexiones de Arriano (IV. 17. 4-5):

> Estos escitas están en una gran miseria y por eso, como no tienen ni ciudades ni instalaciones permanentes y no temen por sus seres queridos, es fácil convencerlos de unirse a cada guerra que le proponen hacer.

Tras esta descripción estereotipada del nómada[8], conviene entender que, en realidad, todos los pueblos de las estepas no se alzaron en armas contra Alejandro Magno: la resistencia de los Sacios del otro lado del Sir-Daria (Yaxartes) no duró mucho. Una paz fue pronto concluida en el año 329. Cuando los contingentes sogdianos y bactrianos se unieron al lado de Alejandro, los masagetas masacraron a Espitamenes, creyendo de este modo «disuadir al rey macedonio de tomarla con ellos». Si añadimos que algunos nobles bactrianos y sogdianos se sometieron en un número cada vez mayor, no podemos sino emitir las más vivas reservas en lo que respecta al carácter «nacional» que se atribuye, frecuentemente, a esta revuelta. Más que de una rebelión, conviene hablar de varias, de distinta importancia, duración y objetivos.

Para entender perfectamente el peligro que corrían los macedonios en los años 329-327, conviene precisar, igualmente, que el rey y sus generales tuvieron que combatir en varios frentes. Para marchar contra Bessos lo más rápidamente posible, Alejandro Magno había dejado tras él regiones que acababan de ser sometidas, en manos de sátrapas iraníes cuya fidelidad permanecía aún frágil y tambaleante. Bessos pudo incluso nombrar a un sátrapa en Paria. En Aria, Satibarzanes se rebeló en dos ocasiones, y dos sátrapas iraníes, Arsakes, en Aria y Oxidates, en Media, negaron su participación. Los problemas continuaron hasta el año 328,

---

[8] Cf. P. Briant, *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien,* Paris-Cambridge, 1982, págs. 9-56.

es decir, mucho tiempo después de la captura de Bessos en la región de Sogdiana (mediados de verano de 329)[9].

3.2. Alejandro Magno y los rebeldes

No obstante, la derrota final de Espitamenes también se explica por los métodos de Alejandro a la hora de acabar con la resistencia moral y militar de las poblaciones. Sin remitirnos a la visión polémica que, para instigar a Agustín de Hipona, desarrolló Orosio, cristiano del siglo iv de nuestra era, contra Alejandro, «fuente de desgracias, y el más atroz de los ciclones para todo Oriente» (III. 7.5), debemos reconocer que el rey macedonio no dudó en castigar, sin piedad alguna, a sus oponentes, incluso colectivamente[10]. La guerra de sitios contra las ciudades de Sogdiana fue efectuada con una brutalidad inaudita. En Gaza, Alejandro dio la orden de «asesinar a toda la juventud... La ciudad de Cirópolis fue arrasada». Las columnas móviles que Alejandro Magno forma para mejorar la rapidez de intervención de su ejército se asemejan mucho a «columnas infernales». Como represalia contra la aniquilación de un cuerpo de ejército macedonio en el año 328, Alejandro Magno «dividió a sus tropas y ordenó incendiar los campos y asesinar a la gente joven para que todos aquellos que lo habían traicionado sufrieran, todos por igual, los horrores de la guerra» (Quinto Curcio VII. 9. 22). El propósito de Alejandro estaba claro: separar a Espitamenes de la población campesina. Los resultados no se hicieron esperar y, al año siguiente, cuando se anunció la llegada de las tropas macedonias, los campesinos expulsaron

---

[9] Aspecto precisamente indicado por A. B. Bosworth, *JHS*, 1981 págs. 17-39.

[10] En lo que se refiere a esta cuestión, veremos las interpretaciones de A. B. Bosworth, *Alexander and the East,* Oxford, 1996 y su estudio comparativo entre Alejandro Magno y Cortés en *Alexander the Great in Fact and Fiction,* Oxford, 2000, págs. 23-49; leeremos en contrapunto las observaciones críticas (justificadas) de F. Holt, *AHB*, 13/3, 1999, págs. 115-117 y las mías en *Studi Ellenistici,* 2005, pág. 49 sq.

de sus pueblos a los soldados de Espitamenes que pensaban poder acantonarse allí.

Estamos, por tanto, lejos de la actitud «caballeresca» que los autores antiguos atribuyen a porfía a Alejandro Magno durante la guerra contra Darío. Las condiciones habían cambiado. Alejandro se encuentra cada vez más irritado por el retraso que estas revueltas imponen a su expedición india. Por otra parte, entiende que la ferocidad de la guerra y la inseguridad de su posición en tanto que conquistadores, alteran gravemente la moral de sus tropas. Por último, él tampoco conduce una guerra clásica contra un adversario establecido y legal, sino contra bandas dispersas de rebeldes que Quinto Curcio califica sintomáticamente de «bandoleros» *(latrones)*. Cuando parte para India, Alejandro Magno sabe muy bien, además, que la sumisión de las dos satrapías sigue siendo precaria. Por consiguiente, añadió la toma de rehenes a las matanzas:

> Para impedir cualquier levantamiento en la retaguardia que pudiera obstaculizar sus proyectos, Alejandro Magno reclutó en todas las provincias a 30 000 jóvenes que tuvieron que presentarse ante él armados: le servían al mismo tiempo de rehenes y de soldados (Quinto Curcio VIII. 5. 1).

El rey macedonio aplicó los mismos métodos en India, donde, tras la batalla campal contra Poros, tuvo que enfrentarse de nuevo a levantamientos masivos. La campaña contra los malienses (326) supone una auténtica guerra de exterminio, hasta tal punto que Arriano (VI. 14. 3) llama «sátrapa de los malienses supervivientes» al sátrapa nombrado por Alejandro Magno. Lo mismo sucedió en Gedrosia, según los relatos de Diodoro (XVII. 104. 6-7).

Si bien la existencia de matanzas y ejecuciones no deja lugar a duda, conviene evitar las condenas morales definitivas, tal y como las vemos durante toda la historiografía moralista sobre Alejandro. Decir del rey «que pasó mucho tiempo matando y

ordenando asesinatos, y que es probable que matar era lo que mejor sabía hacer» es propio de un juicio abrupto establecido según valores de nuestra época y no de la de Alejandro Magno[11]. Es más, la lectura crítica de las fuentes conduce al historiador a ser prudente. La información sobre las matanzas en Sogdiana es absolutamente contradictoria[12]: en un caso, el rey pasó a cuchillo a todos los enemigos que habían sido apresados en la ciudad; en otro, los tomó como prisioneros de su propio ejército, y sabemos que algunos fueron también «rescatados» y se instalaron en una nueva ciudad[13]. ¿Quién puede afirmar cuál es la versión correcta? Podemos añadir que las cifras proporcionadas deben tomarse con bastante precaución. Está claro que el rey toma decisiones en función de las de sus enemigos, y viceversa; y en virtud del «derecho de la guerra» griego, tal y como lo define Xenofón (*Cir.* VII. 5. 73). No nos encontramos aquí en una oposición entre buenos y malos, sino en guerras en las que se suceden represalias y contrarrepresalias, y en las que el botín también es un medio de pagar a las tropas. La conducta de Alejandro Magno es simple: los que se rinden voluntariamente salvan la vida[14]; en cambio, los que resisten hasta el final (o los que se niegan a formar parte de su ejército[15]) corren el riesgo de ser aniquilados.

Sin embargo, el rey también es un político; no asesina sistemáticamente a sus oponentes, sino que pone otros métodos a su disposición: alistarlos en su ejército, tomarlos como rehenes[16], o practicar el perdón político, incluso con grupos que se habían

---

[11] La expresión citada es de Bosworth, *Alexander and the East,* 1996, V y otras de sus afirmaciones podrían ser citadas; cf. capítulo V: *The Justification of Terror* (págs. 133-165). Ya me he pronunciado sobre esta corriente historiográfica en *Studi Ellenistici,* XVI, 2005, págs. 48-52 (con referencias).
[12] Arriano IV. 3. 5.
[13] Quinto Curcio VII. 6. 27; cf. *Rois, tributs et paysans,* 1982, págs. 244-247.
[14] Véase, por ejemplo, Diodoro XVII. 103. 8; 104. 4, etc.
[15] Arriano VI. 21. 3.
[16] Arriano VI. 14. 3.

rebelado en dos ocasiones seguidas[17]. Alejandro Magno no es un demente megalomaníaco (y borracho), que ordena una matanza solo para calmar su angustia y su desesperación: contrariamente a la expresión tan literaria utilizada a propósito de esto por Plutarco, el ataque contra los cosenos del Zagros (324) no fue una simple «caza sangrienta», organizada a modo de «derivado de la pena surgida por la muerte de Hefestión»[18].

4. PROTESTA Y OPOSICIÓN DE LOS SOLDADOS MACEDONIOS (330-324)

La dificultad de la posición de Alejandro durante este período se acrecentó por la reticencia del ejército macedonio a continuar la expedición. De esta voluntad de regresar a Macedonia, la actitud de los soldados durante el saqueo de Persépolis, en la primavera del año 330, constituye el primer testimonio, transmitido así por Plutarco (*Alex.* 38. 6-7):

> [...] Los demás macedonios que se enteraban de la noticia acudían contentos con antorchas: pensaban que Alejandro Magno traicionaba su añoranza del país natal y su voluntad de no establecerse donde los bárbaros, quemando y destruyendo sus palacios.

Varias semanas más tarde, los soldados manifestaron de nuevo su cansancio, en el mismo momento en que Alejandro Magno quería acelerar la marcha contra Darío, que permanecía fugitivo. El reenvío de contingentes griegos originó grandes esperanzas en el ejército:

---

[17] Quinto Curcio VIII. 2. 18-19.

[18] Plutarco, *Alex* 72.4; P. Briant, *État et pasteurs,* 1982, págs. 94-100; véase las dudas de Bosworth, *Alexander and the East,* 1996, págs. 145-146.

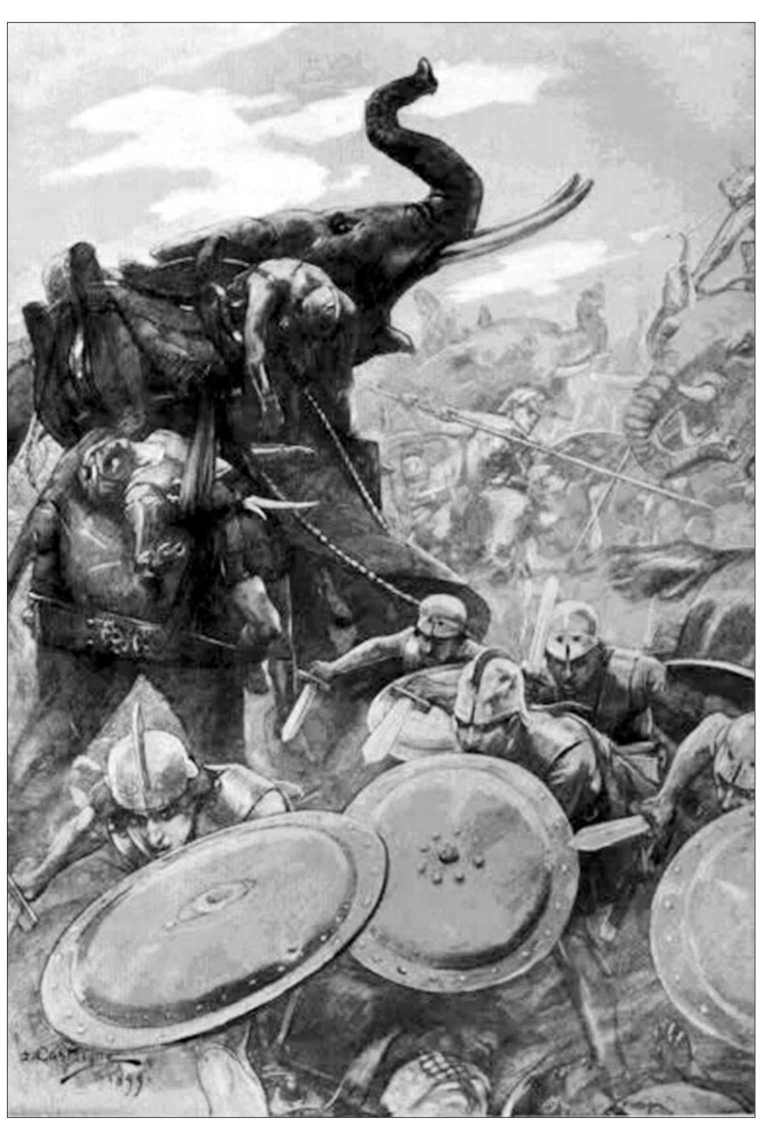
> Se extendió el rumor... (sin que nadie lo autorizara) de que el rey, satisfecho de lo que había realizado, había decidido volver inmediatamente a Macedonia. Los soldados corrieron como locos en todas las direcciones hacia sus tiendas; preparan sus paquetes para la ruta. Parecía que, en el campamento entero, se había dado la orden de preparar el equipaje. Unos buscan a sus compañeros de tienda, otros cargan los carros... (Quinto Curcio VI. 2. 15-16).

Después de haber convencido a los demás oficiales para que permanecieran unidos en torno a él, Alejandro Magno convocó al ejército en asamblea y pronunció un largo discurso en el que insistió, sobre todo, en la fragilidad de las conquistas ya efectuadas. Los argumentos convencieron aparentemente a los soldados que, según relatan algunos autores antiguos, apremiaron a Alejandro Magno ellos mismos para que «los condujera adonde él quisiera en el mundo».

¿Dicho episodio demuestra que, en Persépolis, el propio Alejandro Magno modificó una estrategia inicial limitada, que consistía en volver a Europa después de finalizar la «guerra de represalias»? Ante una tradición literaria contradictoria y con lagunas, la inscripción griega recientemente utilizada para argumentar en este sentido resulta demasiado incierta y ambigua para fundamentar tal interpretación con total seguridad[19]. El asunto demuestra más bien que, desde la salida, Alejandro y sus allegados, por una parte, y la masa de soldados, por otra, poseían una visión diferente de la expedición que comenzaba, y que el rey no había divulgado ambiciones que habrían ofuscado a sus

---

[19] Se trata de una inscripción de la ciudad de Filipo de Macedonia, cuyo texto se encuentra en M. Hatzopoulos, *Macedonian Institutions under the Kings*, I, 1996, págs. 25-28. La interpretación fue presentada por el mismo autor «Alexandre en Perse: la revanche et l'Empire», *ZPE,* 116, 1997, págs. 41-52. El documento ha originado una inmensa bibliografía y la interpretación, algunas oposiciones: véase, en último lugar, la crónica de M. Hatzopoulos en *REG,* III, 1998, págs. 625-626, así como mis observaciones en *Alexander the Great and his Empire,* 2010, págs. 169-171.



Batalla del Hidaspes (hacia el año 326 a. C.). La falange macedonia frente a los elefantes de guerra del ejército del rey Poros.

soldados y a algunos de sus jefes. Por otra parte, la ferocidad y la incertidumbre de los combates en Sogdiana y Bactriana contribuyeron a aumentar el malentendido entre Alejandro Magno y los suyos en el mismo momento en que, por otras razones, una parte de los nobles macedonios manifestaba su oposición a los métodos de gobierno del rey. Con la noticia del exterminio de un cuerpo del ejército, Alejandro Magno tuvo una reacción que representa muy bien la profunda desmoralización del ejército: «Tuvo la habilidad de ocultar este desastre y, bajo amenaza de muerte, prohibió a los que habían sobrevivido que difundieran la realidad» (Quinto Curcio VII. 7. 39). La crisis final estalló en el año 326 en India, en el Hifasis. Cuando los soldados se enteraron de que el rey planeaba continuar la expedición hacia el Ganges, se negaron a seguirlo. Alejandro Magno tuvo finalmente que ceder y ordenar el regreso, decisión que provocó una explosión de alegría en el campamento. Como explica su portavoz Koinos, la primera razón por la que los soldados se negaron era el cansancio físico total en el que se encontraban. Desde el año 330, Alejandro Magno había impuesto a sus tropas esfuerzos cada vez más intensos en una naturaleza cada vez más hostil, bajo climas rigurosos y de brutal contraste. A lo largo de la travesía del Hindu Kush, en el año 329, los hombres están cegados por la nieve y atormentados por el hambre, a los heridos y rezagados se les abandona a un lado del camino.

El cansancio y la desmoralización del ejército también se explican por la brutalidad de ciertas medidas que implanta Alejandro. Está especialmente claro que el incalificable asesinato de Parmenión en Ectabana en el año 330, perpetrado por sicarios del propio rey, indignó a los soldados de la guarnición. Alejandro Magno recurrió a un vil engaño para identificar y reunir a los rebeldes o a los oponentes:

> Alistó en una sola unidad, que nombró «Batallón de los indisciplinados», a aquellos que proferían contra él palabras hostiles, los que estaban indignados por la muerte de Parmenión,

> y también los que, en las cartas expedidas hacia Macedonia, habían escrito cosas contrarias al interés del rey. No quería que la franqueza inapropiada de su lenguaje corrompiera al resto del ejército (Diodoro XVII. 80. 4).

Otros autores precisan que el rey mismo había animado a los soldados a que escribieran a sus familias, y que secretamente le habían aportado los paquetes de cartas entregadas por los soldados. Al agrupar a estos obstinados en un regimiento especial «el propósito del rey era exponerlos a la muerte o repartirlos en colonias situadas en el otro extremo del mundo» (Justino XII. 5. 8).

Por otra parte, los macedonios, especialmente los más mayores, ansiaban volver a ver su país y poder disfrutar en paz del botín logrado en Asia. Sin embargo, el viaje de regreso, partiendo de India, se efectuó sobre un malentendido fundamental. Los soldados estaban convencidos de que volvían a Macedonia definitivamente, dirigidos por el rey. Pero esa no era la intención de Alejandro Magno. Por eso fue tan grande la cólera cuando, en Opis, en el año 324, los soldados se dieron cuenta de que «Alejandro Magno establecería para siempre en Asia el centro del Reinado»[20]. Ningún episodio informa mejor de la diferencia de actitud de los macedonios y de su rey ante el fenómeno de la conquista. Los primeros habían abandonado con antipatía el horizonte europeo, mientras que Alejandro, por el contrario, tenía ya decidido instalarse en Asia de manera definitiva, llamando a los iraníes a su servicio, y continuar la obra de la conquista hacia Arabia. Parece que, para unos simples soldados, las nuevas empresas en las que el rey quería embaucarlos se asemejaban más bien a proyectos personales hacia los que sentían cada vez menos solidaridad.

---

[20] Quinto Curcio X. 2. 12. Sobre la actitud de los soldados macedonios, véase P. Briant, *Rois, tributs et paysans,* París, 1982, págs. 73-81.

Capítulo IV

Administración, defensa y explotación de los territorios conquistados

Al tratar el tema de la administración del Imperio y de la política que adoptó y aplicó Alejandro Magno, nos encontramos ante una de las cuestiones que con más frecuencia se ha evocado desde la Antigüedad: la de saber si Alejandro estuvo perpetuamente conducido por las necesidades (o la afición) de la guerra y de la conquista o si supo, al mismo tiempo, dedicarse a lo que Jenofonte *(Econ.* IV. 4-25) llamaba los «trabajos de la paz». Con este propósito, el historiador griego introdujo el modelo, completamente reconstruido por él, de un gran rey tan preocupado por mantener sus ejércitos y guarniciones como por sostener la paz y desarrollar la prosperidad de las campañas.

Igualmente, otra imagen muy utilizada: ¿Alejandro Magno esperó regresar a Babilonia para ocuparse seria pero muy brevemente (solo durante dos años) de la organización administrativa y financiera de los países que había conquistado durante los años precedentes? La cuestión implica necesariamente que se había desinteresado del asunto durante casi diez años. No obstante, afirmar (como hacemos regularmente) que Alejandro carecía de gusto por la administración no significa nada, puesto que no excluye que hubiera podido tomar decisiones extremadamente sabias y reflexionadas en este ámbito[1].

---

[1] Véase las acertadas reflexiones y análisis de W. E. Higgins, «Aspects of Alexander's Imperial Administration: Some Modern Methods and Views Reviewed», *Athenaeum,* 1980, págs. 129-152.

1. LOS DIFERENTES GRADOS DE LA AUTORIDAD REAL

En principio, todos los territorios conquistados dependen directamente del rey y de su administración, aunque solo sea por «el derecho de la lanza». Sin embargo, tras este principio de soberanía total y universal, recordado en varias ocasiones por Alejandro Magno, se oculta en realidad una gran diversidad de estatus y de situaciones. La marcha de Alejandro Magno fue rápida, sobre todo, en algunas regiones. No se tomó el tiempo de reducir el Imperio aqueménida totalmente; el resultado fue el surgimiento de situaciones regionales muy dispares, heredadas en gran parte de los grandes reyes, que habían dejado subsistir autonomías locales notables. La fórmula «dinastías, reyes, ciudades, pueblos», que muestra bien la diversidad del imperio de Darío, puede aplicarse, también, en gran medida, al imperio de Alejandro Magno. Para simplificar, entre los diferentes grados de dependencia, distinguiremos las regiones administradas directamente por los sátrapas reales de las que eran objeto de un «gobierno indirecto», donde se tratará aparte el caso de el caso particular de las ciudades griegas.

1.1. La administración satrápica

Sería pesado enumerar aquí la veintena, aproximadamente, de satrapías de las que dispone el imperio de Alejandro hacia el año 325. Se intentará más bien despejar los principios que guiaron al rey en su práctica de la administración[2].

En primer lugar, queda patente que Alejandro conservó la mayoría de las estructuras aqueménidas, en especial, las satrapías, cuyos límites, salvo algunas excepciones, no se modifica-

[2] Véase la puntualización de A. B. Bosworth, *Conquest and Empire,* Oxford, 1988, págs. 229-241.

ron. Estaríamos tentados a admitir que el rey, instruido por los nefastos ejemplos de las revueltas de las satrapías persas en el siglo IV, trató de reducir los poderes de sus propios sátrapas, preocupado principalmente por mantener la unidad del Imperio en torno a su persona. Sin embargo, en este ámbito, los hechos y los ejemplos son contradictorios. Algunas decisiones se tomaron en este sentido; sabemos bien, por ejemplo, que se cuidó de dividir las satrapías demasiado extensas; así pues, Siria perdió (tal vez) Fenicia en el año 329. No obstante, Alejandro Magno es un pragmático que sabe transigir con las necesidades: parece que los dos nomarcos nombrados en Egipto en los años 332-331 (uno de ellos iraní, Doloaspis) —uno denegó el puesto— solo fueron investidos de poderes teóricos: Cleomeno concentró pronto todos los poderes civiles, y es cierto que el griego de Naucratis era un destacado recaudador de impuestos[3].

Por otra parte, Alejandro Magno decidió, en algunas ocasiones, distribuir las atribuciones satrápicas entre varios titulares. De esta manera, en Egipto y en las satrapías orientales (dirigidas por un sátrapa iraní) el poder militar fue confiado a uno o a varios macedonios. Sin embargo, nada permite extender la regla a las satrapías occidentales. Allí, por el contrario, si exceptuamos el caso particular de Caria, donde hasta en el año 326, aproximadamente, la dinasta Ada (que había adoptado a Alejandro Magno como hijo en el año 334) fue investida con el título de sátrapa (pero no con el mando de las tropas). Poseemos numerosos testimonios de la actividad militar de los sátrapas a lo largo del período 334-323. Además, parece comprensible que Alejandro Magno, que siempre hizo gala de un gran pragmatismo en estos ámbitos, dejara poderes militares a sátrapas (occidentales) de los que sabía que hacían frente a revueltas y a revueltas crónicas de los pueblos de su satrapía. La división de los poderes en las satrapías orientales constituía una simple medida de prudencia. Por último, los sátrapas de Alejandro

---

[3] Véase G. Le Rider*, Alexandre, Monnaie, finance, politique,*París, PUF, 2003, págs. 238-265.

Magno heredaron poderes financieros de los que disponían sus homólogos aqueménidas[4]; como muestra el texto de los *Económicos* del Pseudo Aristóteles, su misión esencial era recaudar los diferentes impuestos satrápicos.

Los sátrapas macedonios dispusieron, por tanto, de poderes plenos. ¿Cómo conciliar este hecho con la preocupación comprobada del rey de conservar un poder total? La razón principal es, sin ninguna duda, que para Alejandro Magno el problema no se planteaba en términos jurídicos e institucionales. En primer lugar, sabía bien que en el contexto de la conquista, una reorganización de los poderes satrápicos no podía constituir una medida propia, por sí sola, que le garantizara la lealtad indefectible de sus subordinados. El imperio de Alejandro Magno es un Estado en permanente creación; es un Estado itinerante a la merced de los desplazamientos del ejército de conquista. Tal es la cuestión importante: más que la existencia, o la ausencia, de las estructuras intermediarias de control, es la presencia o ausencia de la persona del rey la que conduce a algunos sátrapas a obedecer o a rebelarse.

Los actos de algunos de ellos durante la campaña india son una clara ilustración de este hecho. A su regreso, en Carmania, Alejandro tomó medidas muy severas contra varios sátrapas y administradores que no respetaban los deberes de sus cargos (exacciones de todo tipo, usurpaciones de funciones, etc.). Algunos autores (F. Schachermeyr, E. Badian) han podido hablar incluso de una auténtica «purga», casi de «conspiraciones» sucesivas, contra las que Alejandro Magno instaló un «reinado de terror». Este vocabulario resulta impropio: la posición personal del rey no estuvo permanentemente amenazada por motines organizados en facciones secretas, cuyo objetivo habría sido derrocar su poder. Es sintomático constatar que el reproche esen-

---

[4] Sobre esta cuestión (puesta en entredicho), véase nuestras observaciones en REA, LXXIV, 1972 p, 34-49 (*Rois, tributs et paysans,* 1982, págs. 15-30), y en último lugar, G. Le Rider, *La Naissance de la monnaie,* París, PUF, 2001, págs. 234-236.

cial que les hace Alejandro Magno es «haber desesperado de su salvación... En efecto, los sátrapas esperaban que la expedición a India se alargaría; que Alejandro Magno sucumbiría ante tantas naciones enemigas...»[5]. Como subraya Arriano (quien, por sus funciones en el Imperio Romano, conoce bien la cuestión), el rey destituyó a algunos sátrapas o a gobernadores «que no habían obedecido sus órdenes» (VI. 27. 1) o «de los que le habían dicho que dirigían los asuntos de manera desorganizada (*ouk en kosmôi*)» (VI. 15. 3). La misma expresión reaparece constantemente bajo su pluma durante la deposición de un sátrapa mal intencionado (VI. 27. 3) o en la ejecución de estrategas que habían abusado de su poder para vejar a las poblaciones de las que se hacían cargo.

Ante un ejemplo tan desastroso, el rey toma la decisión de dar muerte a sus generales. Tal vez influenciado por la imagen xenofóntica del monarca ideal (*Cyr.* I. 1. 1-6), Arriano explica fácil y lógicamente los motivos de esta actitud: se trataba de imponer nuevamente reglas estrictas que prohibían el perjuicio a las poblaciones sometidas (VI. 27. 4). La fragilidad real de la que atestiguan estos casos es la de todo poder personal. Todo se articula en torno al rey. A su salida hacia India, Alejandro Magno no dejó tras de él ningún virrey ni vicario encargado de vigilar a los sátrapas o de castigar sus errores y sus exacciones. Dirige los asuntos con un número reducido de hombres, de los cuales unos cuantos solamente tienen título: el griego Eumeno de Kardia fue nombrado archicanciller; Hefestión, el mejor amigo del rey, recibió el título aqueménida de chiliarca; Harpalo responsable de las finanzas (a lo largo de una carrera más bien caótica[6]). No obstante, dichos títulos no tenían en sí mismos un

---

[5] Quinto Curcio X. 1. 7 y Arriano VII. 4. 2.

[6] Véase, en especial, Arriano III 6. 4-7, con Bosworth, *Commentary*, I, 1989, págs. 282-285; G. Le Rider, *Coinage,* 2007, págs. 204-205 y E. Badian «Harpalus», 1961 (B20, 2009). Sobre el título *hemiolios* (Ps. Arist.*Oikon.* II. 2. 34a), véase también H. Müller, «Hemiolios. Eumenes II, Toriaionund die Finanzorganisation des Alexandre rreiches»,*Chiron,* 35, 2005, págs. 355-384.

contenido preciso, más que el que el rey deseara otorgarles en uno u otro momento; su función civil de gran canciller no impidió a Eumeno participar en expediciones militares. Alejandro Magno prefiere confiar misiones temporales al pequeño grupo de sus somatofílacos (guardaespaldas), que están unidos a él por lealtad personal[7].

Ante la situación que observa a su regreso de India, la reacción natural de Alejandro Magno no es, por supuesto, fomentar una reforma administrativa, sino más bien sustituir a los culpables por compañeros en los que confía y de los que sabe que seguirán escrupulosamente sus órdenes y sus instrucciones. Nos damos cuenta entonces de dónde se sitúa la principal fragilidad de toda la obra de la conquista. Pues, incluso en el interior de los países de administración directa, la unidad del Imperio constituye una noción que depende únicamente o casi de la persona del rey. La reacción del número de sátrapas o de administradores (exacciones y huida del tesorero Harpalo en el invierno de los años 325-326) en ausencia del rey auguraba en lo que podría convertirse el Imperio cuando Alejandro Magno desapareciera.

1.2. Las regiones de gobierno indirecto

Numerosos territorios escapan al control directo de la Administración y conservan una independencia o autonomía de hecho o de derecho, ya sea porque el rey les dejara un estatus concedido o reconocido por los aqueménidas o porque la insuficiencia de la obra de conquista hizo que el control satrápico fuera ficticio. Por lo tanto, los estatus de los territorios son diferentes, cambiantes y, a veces, ambiguos.

---

[7] Terminología, función y lista en W. Heckel, *The Morshals of Alexander's Empire,* 1992, págs. 237-298.



Moneda de la época de Ptolomeo en la que Alejandro aparece tocado con los cuernos del carnero, atributos del dios egipcio Amón.



En las diversas acuñaciones en las que aparece su efigie, el joven rey siempre aparecerá idealizado físicamente, armado con un casco, tocado con una diadema... o con los despojos de un elefante, como en este caso, en alusión a sus victorias en India.

Algunas regiones fueron primero erigidas como satrapías, sin haber sido conquistadas, en sentido estricto, por Alejandro Magno. Este es el caso de Capadocia y de Armenia. La primera fue simplemente mermada por la marcha de Alejandro en el año 333; el sátrapa (iraní) que había sido nombrado por este desapareció durante el contraataque persa de 333-332; en el año 323, Capadocia escapó a la dominación macedonia y fue gobernada por el dinasta Ariarates, que hizo unos preparativos militares formidables. En cuanto a la región de Armenia, Alejandro Magno había enviado allí, en el año 331, a un sátrapa iraní, Mithrenes (el antiguo comandante de la fortaleza de Sardes), quien nunca pudo tomar el control de la región, puesto que en el año 316 el antiguo sátrapa aqueménida seguía residiendo en ella.

Otros países, incluidos teóricamente en una satrapía, continúan, en realidad, gobernados por sus jefes tradicionales. Tal es el caso de la Paflagonia, que no tiene más obligación que la de abastecer de contingentes militares, y de la Bitinia, que supo preservar su independencia contra los repetidos ataques del sátrapa de Frigia-Helespóntica.

Otras regiones están situadas *de iure* fuera de la esfera de la influencia de los sátrapas. Chipre y Cirene no forman parte del Imperio. La primera conserva sus ciudades y sus reyes, que, por otra parte, han establecido excelentes relaciones con Alejandro Magno; Cirene había enviado en el año 331 una embajada al rey macedonio durante el viaje que este efectuaba hacia el oasis de Siwah: su relaciones con este fueron definidas en un tratado de alianza. Este hecho es el que explica que Chipre y Cirene no fueran incluidas en las reparticiones de satrapías de 323 y de 321. En Fenicia, las ciudades conservan su rey y sus instituciones, salvo en Sidón, donde Alejandro Magno sustituyó al rey filopersa Estratón por un hombre más complaciente, Abdalonime, patrón de los artistas que crearon el llamado *sarcófago de Alejandro Magno*. Además, las ciudades fenicias deben pagar contribuciones y proporcionar contingentes: en algunos aspectos, su posición guarda algunas analogías con la de las ciudades griegas de Asia Menor.

1.3. El caso de las ciudades griegas

Las ciudades griegas de Asia Menor «liberadas» por Alejandro Magno, así como las europeas, en principio «aliadas» de Alejandro gracias a la Liga de Corinto, representan con seguridad uno de los casos de dependencia más ambiguos. Hemos visto que la conducta del rey, durante toda la conquista, revistió formas muy diferentes, según la propia actitud que habían adoptado las ciudades respecto a él. No obstante, el problema que se plantea precisamente es saber si Alejando, en uno u otro momento, decretó reglas que se aplicaran a todas las ciudades griegas de Asia, e indistintamente a las ciudades de Asia Menor y de Europa. Esta cuestión presenta varios aspectos: ¿Cuáles eran las relaciones de las ciudades con los sátrapas? ¿Fueron las ciudades de Asia incluidas en la Liga de Corinto? Estos dos puntos, hay que decirlo, se ponen en duda.

A su regreso de Egipto, en la primavera del año 331, Alejandro Magno decidió en Tiro una reforma de la administración financiera[8]. Harpalo (que había huido antes de la batalla de Issos) fue llamado y reinstalado en su puesto de controlador de las finanzas. Paralelamente, Koiranos se ocupó de recaudar el tributo *(phoros)* en Fenicia; Filoxenos recibió una misión análoga para Asia Menor. Tenía que reunir las contribuciones abonadas por las ciudades griegas para la continuación de la «guerra de represalias». Cada ciudad solamente podía enviar de forma aislada algunos talentos para la tesorería real. Lo mismo sucedía con las ciudades fenicias, que no estaban bajo la jurisdicción del sátrapa de Siria, pero que debían pagar su tributo mediante Koiranos. De esta manera quedaban conciliadas dos exigencias

---

[8] Sobre este punto, véase E. Badian «Alexander and the Greeks of Asia», *Studies Ehrenberg,* 1996, págs. 37-96. (Observaciones críticas por W. Higgins, «Aspects of Alexander's Imperial Administration: Some Modern Methods and Views Reviewed» *Athenaeum,* 1980, págs. 129-152).

contradictorias: la preocupación de respetar la autonomía de las ciudades (incluida la de las fenicias), puesto que estas no dependían (o ya no dependían) directamente del sátrapa; y la necesidad en que se encontraban el rey y su administración de velar por el pago y el envío de la contribución *(syntaxis)* o del tributo *(phoros).* Esta organización duró hasta la primavera del año 330, fecha en que los contingentes griegos fueron reenviados a Grecia, y en la que, paralelamente, Alejandro dejó de exigir que las ciudades griegas pagaran una contribución «voluntaria». No obstante, Filoxenos conservó el derecho de intervenir en dichas poblaciones si el orden macedonio se encontraba amenazado. A lo largo de toda la expedición, la libertad teórica de las ciudades griegas estuvo, por lo tanto, limitada por una autoridad superior.

Más intrincada aún resulta la segunda cuestión de la pertenencia o no de las ciudades asiáticas a la Liga de Corinto[9]. Parece que algunas islas (Chios, Lesbos) formaron parte de esta. Los documentos existentes no permiten zanjar el caso de las ciudades de la costa de Anatolia. En cualquier caso, el problema jurídico carece, probablemente, del interés que le atribuyen los historiadores, si consideramos que los poderes y las atribuciones de la Liga fueron rápidamente reducidos a la categoría de reliquias. A su salida de Europa, Alejandro Magno había delegado al estratega de Europa, Antípater, el poder de representarlo en el seno de la Liga. Sin embargo, esta solo funcionó dos veces durante la expedición. En el año 332, un rescripto de Alejandro Magno resolvió la situación en Chios, que en el año 333 había vuelto a ser ocupada por los persas, y, por consiguiente, retomada por los oligarcas; entre las cláusulas del rescripto, figura la de hacer juzgar a los traidores (los oligarcas) por el Sinedrión de la Liga con arreglo a su estatus. Por otra parte, en el año 331, después de su victoria sobre Agis III, Antípater dejó a la Liga

---

[9] Cf. A. Heisserer, *Alexander and the Greeks. The Epigraphical Evidence,* 1980 y A. B. Bosworth, *Conquest and Empire,* Oxford, 1988, págs. 187-197 y 250-258.

decidir el destino de Esparta. No obstante, conviene mencionar los límites de estas intervenciones: en el año 332, el rescripto de Chios comportaba, igualmente, las cláusulas decididas por el propio Alejandro Magno, entre ellas la instalación de una guarnición en la ciudad; en el año 331, el Sinedrión encargó a Alejandro la decisión sobre Esparta: toma de posición completamente coherente, puesto que los sinadras sabían bien que, en último análisis, la Liga solo constituía una cómoda «correa de transmisión» para el rey, que solo actúa en función de sus intereses en ese momento.

La decisión que tomó Alejandro Magno en el año 324 muestra el poder de intervención que tenía en el interior de las ciudades. En los Juegos Olímpicos de ese año, su enviado Nicanor leyó una proclamación real en virtud de la cual las ciudades debían llamar a sus exiliados. Esta decisión revestía una importancia excepcional, pues los desterrados y los exiliados se contaban por millares en la Grecia del siglo IV. Su reintegración planteaba problemas muy delicados, en especial, la reintegración en sus propiedades confiscadas. Poco importa saber si el rescripto real estaba o no formalmente de acuerdo con los artículos del pacto de Corinto. En efecto, los decretos de aplicación en cada ciudad se tomaron con referencia al rescripto; este tuvo, por tanto, fuerza de ley o, más exactamente, valor vinculante para los legisladores de las ciudades. Es tanto más vano recalcar el aspecto legal de dicho rescripto cuanto que el rey encargó a Antípater que obligara a su cumplimiento por la fuerza en el caso de las ciudades que se negaran a ello.

En una fecha en la que Alejandro se disponía a lanzar nuevas y lejanas expediciones (en Arabia), el objetivo era garantizar la paz interna de las ciudades, disponiendo «de varios partidarios afectos en cada ciudad por si se producían levantamientos» (Diodoro). En este terreno, el fracaso fue total. El descontento de la población tomó proporciones considerables, sobre todo, en Atenas, que ya estaba en ebullición por el asunto de Harpalo. Aquí percibimos una de las principales razones de la violencia

y de la relativa unanimidad de la rebelión que estalló en Grecia justo después de la muerte del rey, y que se gestaba secretamente en Atenas desde hacía muchos meses.

2. CONTROL DE LOS TERRITORIOS Y VIGILANCIA DE LAS POBLACIONES

2.1. El orden imperial

La conquista de tan vastos territorios también planteó problemas de vigilancia. Las operaciones de «mantenimiento del orden» que realizaban los sátrapas de Asia Menor demuestran las dificultades que encontraron los macedonios para controlar los territorios y a las poblaciones tras el paso de Alejandro Magno que, en Asia Menor especialmente, se había conformado, en ocasiones, con recibir sumisiones formales. La necesidad era, por lo tanto, de doble naturaleza: por un lado, someter de manera definitiva las regiones «rebeldes» y, como mínimo, defender las conquistas ya realizadas, y, en especial, proteger las grandes rutas estratégicas que debían permanecer abiertas para que los refuerzos que venían de Grecia y de Macedonia pudieran llegar al teatro de operaciones. Esta misión, como hemos visto antes, había sido confiada a los a las satrapías occidentales y a jefes militares macedonios en las satrapías orientales. Para ello, cada sátrapa disponía de un ejército de ocupación compuesto por macedonios y por mercenarios griegos, al menos hasta el año 325, año en el que Alejandro consideró prudente ordenar a los sátrapas que despidieran a los mercenarios que habían reclutado por iniciativa propia. Una gran parte de estas tropas estaba acantonada en guarniciones, situadas bien en la capital satrápica bien en las plazas fuertes aisladas o, en algunas ocasiones, en las ciudades griegas.

2.2. Urbanización y control de las poblaciones

En el este, la urbanización bien en forma de ciudades propiamente dichas o como colonias militares, constituyó un medio privilegiado para garantizar la dominación macedónica en regiones que fueron tan duramente conquistadas[10].

Además, ¿todas las Alejandrías no se encuentran (salvo la Alejandría de Egipto) al este del río Tigris? Generalmente, a estas fundaciones se les asigna una triple función: defensa militar, sedentarización de nómadas y función económica. Estas aparecían, algunas veces, reunidas en la misma fundación. En realidad no hay pruebas de la existencia de una política de sedentarización concebida y aplicada por el rey en Oriente Medio. Por otra parte, no hay ninguna duda de que, durante la conquista, las motivaciones de Alejandro Magno fueron de naturaleza esencialmente militar, incluso si por las ventajas estratégicas que ofrecían, algunas ciudades estaban incluso en mente de Alejandro, destinadas a convertirse en centros comerciales. El ejemplo de Alejandría del Yaxartes (Syr-Darya), simbólicamente denominada «la Última» *(Eschatè),* es de lo más característico, como indica Arriano (IV. 1. 3-4): «El lugar parecía ofrecer una gran extensión de la ciudad y la fundación era favorable para perseguir a los escitas si fuera necesario, y para la defensa de la región contra las incursiones de los bárbaros que residían al otro lado del río...».

La vigilancia de las regiones de Sogdiana y de Bactriana estuvo garantizada además por la fundación de una decena de otras ciudades. (Es muy posible que la ciudad fundada en el lugar de Aï-Khanoum, excavada por arqueólogos franceses, se remonte a la época de Alejandro). Es a estas mismas preocupaciones de lucha contra los vecinos árabes a las que responde la fundación

---

[10] Cf. P. Briant, en *Klio,* 1976, *Rois, tributs et paysans,* París, 1982, págs. 227-262; P. M. Fraser, *Cities of Alexander the Great,* Oxford, 1996.

en el año 324 de una fortaleza en el corazón del golfo Pérsico. Otras fundaciones de ciudades fortificadas o de instalaciones de guarniciones son conocidas en India. Alejandro Magno fortificó también la capital del rey Musikanos, pues «su posición le parecía muy adaptada para vigilar a los pueblos que vivían en los alrededores». Asimismo, la región de Media fue rodeada por «ciudades griegas para mantener a raya a las poblaciones bárbaras establecidas en los alrededores»; de esta manera, después de la campaña contra los cosenos en el invierno de 324-323, el rey «fundó ciudades considerables en las posiciones más fuertes del país»[11].

3. CONQUISTA Y «DESARROLLO ECONÓMICO»

3.1. Planteamiento de la cuestión

Si bien entender claramente cómo fueron administrados los territorios y controladas las poblaciones, la investigación se vuelve infinitamente más delicada cuando pretendemos analizar la vida económica del Imperio. Los historiadores antiguos de Alejandro no están interesados por estos problemas, y nos vemos obligados a espigar informaciones dispersas en los relatos de las conquistas.

Este aspecto de las conquistas de Alejandro Magno nos sumerge, necesariamente, en una cierta perplejidad, debido también a la dificultad de entender cuáles fueron (o cuáles pudieron ser) su pensamiento y su reflexión en este ámbito. En el fondo, la respuesta a la pregunta está, al menos en parte, vinculada a la imagen dominante de la conquista: ¿fue Alejandro Magno un «depredador» o un «constructor»?, y ¿la creación de un imperio sobre las pistas aún calientes de la herencia aqueménida debe

---

[11] Diodoro XVII. 111. 6 (como ocurre en Polibio X. 27, se trata, en realidad, de fortalezas y guarniciones y no de ciudades en el pleno sentido de la palabra).

ser comparada a una pura expoliación o bien debe entenderse como una construcción durable? ¿Alejandro Magno estuvo únicamente obsesionado por la gloria y la victoria, había reflexionado acerca del destino de sus conquistas? En otros términos, ¿debe ser considerado como un aventurero reduciendo su acción al presente inmediato, o como un auténtico fundador de imperios que soñaba con el destino de lo que estaba creando, utilizando y superando la herencia aqueménida?

A estas cuestiones, los autores de ayer y hoy responden, y han respondido, de maneras muy diversas. Unos consideran que Alejandro Magno nunca se preocupó realmente por cuestiones económicas y comerciales; otros, por el contrario, han insistido en que el conquistador tenía una visión muy amplia, incluso en estos ámbitos. Tal fue el caso, en particular, de J. G. Droysen, a partir de la primera versión de su *Alexander der Grobe* en el año 1833. Pero en realidad, la insistencia sobre este tema es muy anterior, ya que desde 1748 y, después, en 1757, está en el centro de la presentación ofrecida por Montesquieu sobre la política comercial del rey, especialmente, de su voluntad consciente de abrir una ruta marítima entre el delta del Indo y las desembocaduras del Tigris y del Éufrates[12].

Para Montesquieu, esta voluntad de ampliación iba aparejada a la idea de crear una colaboración iraní-macedonia muy estrecha, mediante matrimonios y el acceso de nobles persas a los puestos de mando. Más allá de eso, eran la paz y la unidad del nuevo imperio las que estaban en juego. Según las vías que quedan por determinar, la reflexión de Montesquieu ha desembocado, tres cuartos de siglo más tarde, en la interpretación de Droysen, aunque la visión desarrollada por este último no se reduce al modelo del *Espíritu de las leyes*.

Según la interpretación de Droysen (1833), inspirada por Plutarco y, después, reemplazada por Wilcken (1931), a algunos autores les gusta presentar a Alejandro Magno como un «gran

---

[12] Montesquieu, *De l'Esprit des lois*, ed. 1757, Libro XXI, capítulos VII-VIII.

economista», que abrió rutas nuevas, aumentó las capacidades productivas de la agricultura gracias a la irrigación, hizo entrar en la economía monetaria (identificada con el «progreso») a las regiones destinadas hasta ese momento a la economía llamada natural (sinónimo de «estancamiento»). Esta presentación de Alejandro fue establecida como un dogma por los historiadores y geógrafos europeos del período de entreguerras y no ha desaparecido totalmente en la actualidad[13].

En el lado opuesto a esta tesis se sitúa la de una condena sin matices del rey. Alejandro estaba destinado a la guerra y a la conquista sin descanso, e incluso a las masacres y a la destrucción; en cualquier caso, era incapaz de administrar un imperio, salvo tal vez durante los dos últimos años de su vida, al regresar de India. Una tesis extrema que, además, es menos reciente de lo que parece, pretendería incluso que, al igual que muchos otros ejemplos conocidos en la Historia, Alejandro Magno fue fundamentalmente un «depredador». Para retomar la expresión utilizada recientemente por un eminente especialista, el rey formaría parte de esos hombres de guerra devastadores de tierras y exterminadores de poblaciones enteras, que han dejado una huella sangrienta en la historia.

A partir de las respuestas ofrecidas, aparecen, una vez más, imágenes de Alejandro muy contrastadas: bien la imagen de un devastador de las tierras y de las poblaciones bien la de un «conquistador-civilizador» que viene a aportar a las poblaciones conquistadas paz, prosperidad y desarrollo económico, que nunca habían conocido antes bajo el «gobierno despótico» de los persas, y que permiten a «Oriente» elevarse al nivel de desarrollo de «Occidente». Asimismo, tenemos la impresión de tener que elegir entre dos tesis y dos imágenes de Alejandro Magno, ambas construidas en referencia explícita o implícita

---

[13] Véase mi puntualización historiográfica en «Alexander and the Persian Empire, between “Decadence” and “Renewal”: History and Historiography», *in* W. Heckel, L. A. Tritle (ed), *Alexander the Great. A New History,* 2009, págs. 171-188.

a la historia colonial y comercial de Europa entre los siglos XVI y XX: en el fondo, el rey macedonio ha sido demasiadas veces analizado como un modelo o antimodelo colonial[14].

Se trata de una trampa epistemológica a la que el historiador debe negarse. Si bien debemos, evidentemente, efectuar una lectura crítica de los discursos entusiastas de Plutarco sobre «la obra de civilización» realizada por Alejandro Magno[15], debemos igualmente, mostrarnos escépticos en cuanto a las condenas que se dirigen contra él en nombre de valores de nuestra época. Pero eso no es lo esencial. Lo que tenemos que intentar comprender, en primer lugar, es lo que hizo realmente Alejandro Magno, así como las decisiones que tomó en el plano administrativo, económico y monetario.

3.2. Valorización y explotación

Lo que se desprende, primeramente, de nuestra documentación es la imagen de un Alejandro Magno preocupado por explorar el espacio y catalogar las producciones, deseoso de elaborar un inventario de las riquezas del imperio que constituía, no simplemente la riqueza en tesoros acumulados en las residencias reales y satrápicas, sino también las capacidades productivas de los suelos, de los subsuelos y de los espacios marítimos. Sabemos que envió varias expediciones, hacia el alto Nilo (Calisteno), en el golfo Pérsico (Archias, Androstenes, y después Hieron) y en el mar Rojo (Anaxícrates), y que proyectaba una expedición hacia el mar Caspio (Heracleides). Sin embargo, no se trata de viajes ni de descubrimientos (persas, babilonios y árabes conocen bien el golfo Pérsico) ni de misio-

---

14 Véase P. Briant, *Rois, tributs et paysans,* 1982, págs. 281-290; « Alexandre et l'héllénisation de l'Asie: l'histoire au passé et au présent», *Studi Ellenistici,* XVI, 2005, págs. 9-69.

15 Plutarco, *De Fortuna Alexandri,* I-II.

nes científicas desinteresadas. Los jefes de las expediciones lanzadas en 324-323 en el golfo Pérsico tienen por misión principal informar al rey sobre las posibilidades y sobre las dificultades de la expedición militar que se prepara en la costa árabe[16].

Con toda seguridad, los informes recibidos alimentaron las investigaciones zoológicas y botánicas llevadas a cabo en el *Liceo,* en Atenas, como vemos, especialmente, en la *Historia de las Plantas,* de Teofrastes, sucesor de Aristóteles. ¿Pero se trata de exploración científica propiamente dicha? En esto también existe una documentación ambivalente. Tomemos simplemente como ejemplo del envío a Macedonia de bueyes aprehendidos después de ganar una victoria en el Swat (Gandhara), tal y como relata Arriano IV. 25. 4. El texto invita a varias lecturas. Podemos interpretar la mirada de un hombre de gobierno preocupado por aumentar la productividad agrícola en su reinado. Asimismo, se puede observar la ilustración de una política imperial en la que las especificidades de una región (Gandhara) permiten dar un impulso a la productividad de otra (Macedonia), transfiriendo animales de tiro de una especie desconocida. Podemos también considerar la decisión de Alejandro Magno como un ejemplo de enriquecimiento únicamente mediante el saqueo de un territorio en beneficio de Macedonia, por lo tanto, como una forma de depredación. Por otra parte, es posible postular que se trata, en primer lugar y antes que nada, de un discurso ideológico sobre el «buen rey», preocupado por mejorar la prosperidad de sus súbditos, o, también, como la prueba de que, en el momento de auge de su conquista, Alejandro Magno nunca olvidó que él era, en primer lugar, «rey de los macedonios». Por último, cabe pensar que cada una de las explicaciones mencionadas aclara parte de una decisión compleja y multiforme, conocida bajo una forma elaborada por el mismo Arriano a partir de fuentes que no somos capaces de identificar.

---

16 Arriano VII. 20. 2.

3.3. Guerra y paz: el ejemplo de los katarraktes del Tigris

Debido al propio contexto narrativo en que se esconde la escasa información pertinente, siempre resulta difícil diferenciar los objetivos «civiles» de los «militares» en algunas empresas de Alejandro Magno. El ejemplo más sorprendente lo constituye la destrucción de los diques dispuestos por los persas en el río Tigris. En febrero-marzo del año 324, navegando desde Susa, Alejandro descendió hasta el fondo del golfo Pérsico, después, remontó el Tigris, mientras que Hefestión se encargaba del ejército de tierra. Según Arriano (VII. 7. 7), quería destruir los diques *(katarrakatai)* levantados por los persas en el Tigris para impedir que los enemigos remontaran el río; se cree que el rey consideró tal actitud como cobarde, y destruyó sin dificultad dichos obstáculos[17].

Aunque pueda parecer anodino, a primera vista, este pasaje es extremadamente importante, puesto que nos sitúa en el centro de la problemática que se introduce aquí o, más exactamente, en el centro de las visiones opuestas que se han desarrollado desde la Antigüedad. Tanto para Arriano como para Estrabón, la interpretación es simple y la exponen claramente: Alejandro es un hombre de cambio, dotado de una gran audacia y lucidez. Se sitúa en el lado opuesto de los persas que, incapaces de defenderse contra una ofensiva que viene del mar (golfo Pérsico), levantaron «diques» que atravesaban el Tigris (e incluso que atraviesan el Éufrates). De esta manera, impidieron todo tráfico marítimo y fluvial que pudiera tener lugar entre el Golfo y Babilonia.

Expresada por primera vez en un informe presentado en el año 1667, en Cobert, y, más tarde, publicada en 1716, la tesis ha

[17] Véase Estrabón XV. 3. 4; XVI. 1. 9. El expediente ha sido reunido bajo forma exhaustiva y analizado en mi estudio «Retour sur Alexandre et les *katarraktes* du Tigrev: l'histoire d'un dossier I-II », *Studi Ellenistici,* XIX, 2006, págs. 9-75 y XX, 2008, págs. 155-218.

perdurado hasta nuestros días. Así nació la imagen de un Alejandro Magno «gran economista», que dio un gran impulso al comercio, haciendo que el mundo «oriental» pasara del «estancamiento asiático» a un estado de desarrollo de tipo «europeo» o, si se prefiere, de una economía cerrada a una economía abierta.

Anclada en el centro de las representaciones occidentales sobre los «beneficios de la colonización» realizados gracias a «la valorización de los territorios», la imagen parecía tanto más convincente cuanto que el pasaje sobre los *katarraktes* del Tigris está generalmente relacionado con otros datos aportados por los propios autores (Arriano y Estrabón) sobre las construcciones ordenadas por Alejandro Magno al año siguiente en el Éufrates y en el canal Palacopas. Consideradas como características de los «buenos jefes», dichas construcciones han sido tradicionalmente interpretadas como una prueba del interés que Alejandro mostró por las construcciones de irrigación y por el desarrollo agrícola de la región. Desde el Tigris hasta el Éufrates, vemos que el rey toma medidas susceptibles de impulsar una vida económica nueva en Babilonia. Tal es la interpretación defendida con más frecuencia: se basa en una lectura no crítica de las fuentes antiguas. Paralelamente, se mantuvo una tesis completamente opuesta, creada a partir de una observación realizada por Carsten Niebuhr durante el viaje que realizó en 1778 a los valles del Tigris y del Éufrates. Partiendo de una comparación con diques ligeros que había observado durante su navegación fluvial, Niebuhr consideraba que Alejandro Magno había destruido diques que los persas edificaron para irrigar tierras vecinas «y no precisamente por el temor a alguna potencia marítima de fuera». Reafirmada y refutada mediante una serie de estudios publicados entre el siglo XVIII y el siglo XX y caídos completamente en el olvido, la tesis fue retomada como cierta por F. Schachermeyr en su monografía sobre Alejandro Magno, en el año 1949 y en 1973.

Así pues, una vez más, se nos remite aparentemente a una alternativa insoluble debido a su carácter simplista: ¿Alejandro

Magno transformó los países conquistados de una manera positiva o negativa? ¿Se mueve únicamente alentado por proyectos militares, o se interesa por el desarrollo de la agricultura y del comercio en los países que conquista?

Se trata de una falsa alternativa, fundada en imágenes *a priori* de Alejandro y en una lectura errónea de los textos antiguos, sin análisis contextual y terminológico.

Si bien es cierto que los *katarraktes* del Tigris no constituían fortificaciones dispuestas a lo largo del río para fines defensivos, tampoco eran potentes construcciones de irrigación fuertemente ancladas en las orillas y erigidas de modo permanente. Se trataba de estructuras ligeras hechas de barro, gavilla y troncos de árboles, que eran dispuestas cada año por la administración persa-babilónica cuando bajaban las aguas con fines de irrigación y, después, retiradas cuando aquellas subían.

Alejandro Magno hizo lo que la administración hacía cada año: en el río Tigris, retirar los *katarraktes* durante las crecidas del río, y en el Éufrates, cerrar los canales-emisarios y los desagües en el momento de la bajada de las aguas, volviendo a abrirlos cuando estas subían. Para este propósito, bastaba con reclutar a miles de hombres, según un procedimiento muy conocido por la documentación cuneiforme.

Por lo tanto, la conclusión resulta evidente por ella misma:

> Alejandro Magno no suprimió de manera oportuna fortificaciones fluviales inútiles ni tampoco destruyó de manera indebida el sistema de barreras implantado en el Tigris para la irrigación durante el período de bajada de aguas. [...] Ni aniquilador «glorioso» de una fortificación persa ni destructor «indigno» de un sistema de irrigación babilónico, Alejandro Magno lleva a la par «construcciones de guerra» y «construcciones de paz»; conquista y administra sus conquistas. [...] En un país como el de Babilonia, Alejandro está perfectamente informado de lo que constituye la base misma de la vida económica y social de las ciudades y de la organización

de los grandes santuarios. Su deber y sus intereses van en la misma dirección, mantener las construcciones que, en el Éufrates y en el Tigris permiten, en función de las temporadas, evitar inundaciones catastróficas y garantizar la irrigación de las tierras cultivadas. En definitiva, sin que sea necesario calificarlo de «gran economista» ni de «héroe civilizador», observamos simplemente que Alejandro Magno gobierna como un hombre de Estado, retomando tradiciones administrativas que ya habían sido adoptadas por los aqueménidas, e introduciendo innovaciones greco-macedonias; no se trata solo de un depredador de países y poblaciones a los que somete a su divina voluntad de «déspota oriental», tampoco convierte su imperio en un desierto, sino que tiene una visión de futuro[18].

3.4. Expedición y comercio en el golfo Pérsico

¿Qué ocurre con los proyectos que se le atribuyen de impulsar de forma decisiva al comercio entre India y Babilonia a través del golfo Pérsico? Estos planes están, por lo general, inducidos por las expediciones realizadas por tierra y por mar desde el delta del Indo.

Sabemos que el regreso se efectuó en tres itinerarios: Crátero tenía encomendado, en julio del año 325, llegar a Aracosia por el norte (valle de Hilmend); Alejandro volvió por la costa de Gedrosia y de Carmania; y, por último, Nearco, que encabezaba la flota, le fue encargado remontar el golfo Pérsico por la costa oriental. Los avances de Alejandro y de Nearco debían ser paralelos. El objetivo esencial del rey era descubrir puertos y constituir depósitos de víveres y de agua para que los marineros de Nearco pudieran aprovisionarse fácilmente puesto que la costa

[18] Me permito retomar aquí algunas frases de la conclusión de mi estudio mencionado anteriormente: *Studi Ellenistici,* XX, 2008, págs. 210-212.

era especialmente inhóspita. La misión encomendada a este último no era realizar una exploración completa del golfo, sino «reconocer la costa así como los habitantes, pero también los puntos de escala para los buques, reservas de agua, costumbres y maneras de vivir de los habitantes; y determinar qué parte de la costa podía adaptarse al cultivo y cuál no era fértil»[19]. Es a finales de enero de 324 cuando Nearco y Alejandro se reunen por última vez en Susa y el primero pudo informar al rey.

Un año más tarde, en Babilonia, los proyectos marítimos fueron retomados y ampliados. Se edificó un puerto que podía albergar 1000 buques; se construyó una flota con piezas sueltas en Fenicia, que fue remontada por el río Éufrates a Tapsaque y llevada a Babilonia; se reclutaron tripulantes en las ciudades fenicias, puesto que «Alejandro Magno tenía por proyecto enviar colonias a la costa del golfo Pérsico y a las islas situadas en los alrededores; estimaba que la región podría llegar a ser tan próspera como Fenicia. Sus preparativos estaban, en realidad, dirigidos contra los árabes, que eran los únicos que no le habían enviado embajadores. En realidad, en mi opinión, Alejandro estaba, sobre todo, ansioso por lanzarse siempre a nuevas conquistas»[20].

Arriano (20. 3-10) prosigue destacando que Alejandro Magno se siente atraído por la riqueza de un país productor de especias de todo tipo (mirra, incienso, nardo, casia, etc.); además, la costa es amplia, provista de radas y de puertos excelentes, y rodeada de islas prósperas. Todo esto, Alejandro lo sabe gracias a los informes que elaboran para él los jefes de las expediciones.

Es a partir de estos textos de Arriano, Estrabón y otros, que, desde los siglos XVII y XVIII, resaltamos la voluntad de Alejandro Magno de crear una corriente comercial completamente nueva en el golfo Pérsico. Esta perspectiva, que permanece muy pre-

---

19 Arriano, *Anab.* VII. 21. 10.

20 Arriano, VII. 19. 5-6. Sobre Alejandro Magno y Arabia, véase mis páginas en *Studi Ellenistici*, XX, 2008, págs. 179-189.

sente en toda la historiografía desde Montesquieu (1748-1757) hasta Droysen (1833-1877) y Wilcken (1931), se basa en dos postulados extremadamente frágiles. El primero afirma que el comercio del Golfo era inexistente en la fase que se supone «que está llegando a su fin» de la historia imperial persa; el otro sostiene que los *katarraktes* del Tigris (y con frecuencia se añade, los del Éufrates) habían sido obstáculos decisivos en las conexiones fluviales y marítimas de la época. Sin embargo, si, por el contrario, admitimos que los *katarraktes* no tenían nada que ver con diques fluviales permanentes (véase *supra)* y que los reyes persas se interesaban ellos mismos muy de cerca por los asuntos del Golfo, obtenemos una imagen muy diferente. Siguiendo las huellas de sus predecesores, Alejando Magno conquista países y espacios marítimos que ya mantenían entre ellos relaciones seculares, y pretende sacar todos los beneficios posibles. A pesar de las visiones grandiosas de Montesquieu, Droysen y Wilcken, no encontramos aquí ninguna huella de «revolución económica y comercial»[21].

3.5. Alejandro Magno y la moneda

La visión comercial de Droysen encontraba su correspondencia en el ámbito de las acuñaciones monetarias. Estas eran consideradas por él como un elemento esencial del cambio introducido a largo plazo por Alejandro Magno. Desde ese momento, los descubrimientos y análisis numismáticos han demostrado que, tanto a corto como a largo plazo, las cosas fueron infinitivamente más complejas. Sabemos que el uso de la moneda ya se encontraba muy extendido en el país del oeste aqueménida, tanto en Asia Menor occidental como en Chipre

---

[21] Véase mi estudio «Alexander and the Persian Empire» in W. Heckel-L. A. Tritle, *Alexander the Great. A New History,* 2009, págs. 171-188; estudio la génesis de esta corriente historiográfica en un libro que publicará Gallimard *(Alexandre des Lumières).*

o Fenicia. En cuanto a los grandes reyes, con Darío I comenzó la acuñación de monedas de oro (dáricos) y plata (siclos), llevaban la imagen del Héroe real engalanado, que aparece como un guerrero portando el arco y corriendo como si persiguiera al enemigo. Estas monedas reales eran acuñadas en Asia Menor, particularmente, en Sardes.

Al llegar a Asia Menor, Alejandro Magno tenía la experiencia de las acuñaciones realizadas por su padre en Macedonia. No obstante, no intentó por ello imponer en todos los sitios una acuñación imperial uniforme, a expensas de las existentes. En líneas generales, las acuñaciones de las ciudades griegas de Asia Menor y de las fenicias fueron mantenidas (con algunas adaptaciones): Alejandro no abrió ningún taller de acuñaciones imperiales en Asia Menor antes de los años 325-324. Estamos incluso de acuerdo en considerar que las acuñaciones de dáricos continuaron durante su reinado. Es más, uno de los sátrapas iraníes nombrados por él, Mazday, conservó el derecho de acuñar moneda en su gobierno babilonio.

Es, probablemente, en Tarso donde Alejandro tomó la decisión de acuñar sus propios tetradracmas de plata conforme a una imagen cercana a la que utilizaba el anterior sátrapa persa, el propio Mazday. Es posible que la ocasión de las primeras acuñaciones imperiales con la imagen de Hércules y de Zeus fuera, simplemente, la victoria de Issos. El segundo taller se abrió en Tiro, en 332-331, donde fueron acuñados estateros de oro con la imagen de Atenas y de Niké.

Si bien estas dataciones están aceptadas, la conclusión del estudio de Le Rider es inevitable: «Durante la mayor parte del reinado, en los distritos del Imperio situados al oeste del Tigris, parece que solamente dos sectores (Cilicia, Fenicia y Siria, por una parte, y Macedonia, por otra) emitieron la moneda que Alejandro había creado después de sus victorias en Issos y en Tiro. Los otros sectores, Asia Menor occidental, Egipto y Babilonia, esperaron varios años antes de comenzar la producción. En lo que se refiere a las satrapías orientales, desde Susiana y Media

hasta Bactriana e India (que cubrían un espacio más vasto que el resto del Imperio), ningún taller alejandrino pudo, hasta el momento, ser localizado en ellas. Una constatación se vuelve necesaria: Alejandro Magno no prescribió el uso exclusivo de su moneda en todas sus posesiones. No se tomó ninguna medida de conjunto»[22].

Por otra parte, es erróneo pensar que, de repente, la economía monetaria llegó al conjunto de los países de Oriente Próximo y de Asia Central. No solo los territorios occidentales del Imperio aqueménida estaban ya ampliamente irrigados por monedas circulantes, además, nada prueba que el conjunto de los tesoros acumulados por Alejandro Magno en las grandes residencias reales hayan sido enteramente monetizados en algunos años: las evaluaciones ponderales que han sido propuestas para estos tesoros y para las acuñaciones monetarias de Alejandro siguen siendo demasiado especulativas para poder servir de bases de razonamiento. Allí donde, por ejemplo, se utilizaba de manera preferencial la plata pesada (en Babilonia especialmente), el uso de las especies monetarias solo ha penetrado muy lentamente y de manera incompleta.

Estamos lejos, muy lejos, de las grandiosas visiones de Droysen y Wilcken. Para Alejandro Magno, la unidad del Imperio no supone la unificación y la homogeneización de las acuñaciones y de imágenes monetarias. Las acuñaciones imperiales se emiten simultáneamente con las locales. Al igual que ocurre con los aqueménidas, unidad y diversidad van parejas.

---

[22] *Alexandre le Grand, Monnaie, finances et politique,* París. *PUF.* 2203, pág. 337.

Capítulo V

Alejandro Magno entre los macedonios, los griegos y los iraníes

En un texto retórico, dedicado por entero a la gloria de Alejandro Magno *(Sobre el destino de Alejandro Magno*, I & 8), Plutarco intenta, de una manera imaginada y pintoresca, explicar por qué el rey macedonio adoptó la vestimenta oficial de los grandes reyes:

> Los cazadores de fieras se emperifollan con pieles de ciervos, los cazadores de aves se cubren de prendas emplumadas; nos cuidamos bien de mostrarnos ante toros cuando llevamos una prenda roja y ante elefantes cuando llevamos prendas blancas porque estos colores los irritan y asustan. ¡Y, cuando a un gran rey, para suavizar, para domesticar como a auténticos animales a pueblos inflexibles y dispuestos a combatir, se le ocurrió la idea de calmarlos y retenerlos haciéndose con sus ropajes tradicionales y su estilo ordinario de vida, sería un delito que familiarizara la mala voluntad, que volviera accesibles a la razón a caracteres feroces! ¿No deberíamos, más bien, admirar la sabiduría con la que, mediante el más simple cambio de traje, se concilió con Asia? Mientras sometía a los cuerpos por la fuerza de las armas, se atraía los corazones por la manera de vestirse.

Plutarco respondía de esta forma a los autores de su tiempo, que colmaban de reproches a Alejandro Magno por haber

aceptado identificarse con el vencido y por haber introducido en su entorno la etiqueta que regulaba la corte aqueménida. Inspiradora tradicional de la figura idealizada de Alejandro en la historiografía desde, al menos, el siglo XVIII (Montesquieu), y más claramente en los siglos XIX (Droysen) y XX (Tarn), la retórica de los dos discursos plutarquianos *Sobre la fortuna de Alejandro Magno* no constituía de ningún modo una introducción impecable para la historia de las relaciones entre el rey y los pueblos de su imperio. No obstante, el pasaje resulta interesante, pues más allá de la visión personal del autor, que compara el proceso de civilización con el adiestramiento de animales salvajes, el texto nos informa claramente de una de las armas empleadas por Alejandro Magno, a saber, la colaboración con las élites del Imperio que estaba conquistando.

Por «élites imperiales» debemos entender las grandes familias persas e iraníes que constituían la columna vertebral del imperio de Darío, pero también los dirigentes de las comunidades sometidas. Esta política, consciente y constante, representa una de las facetas más decisivas de la estrategia de Alejandro, que le fue inspirada por aquella que los grandes reyes persas habían imaginado y aplicado desde las conquistas de Ciro.

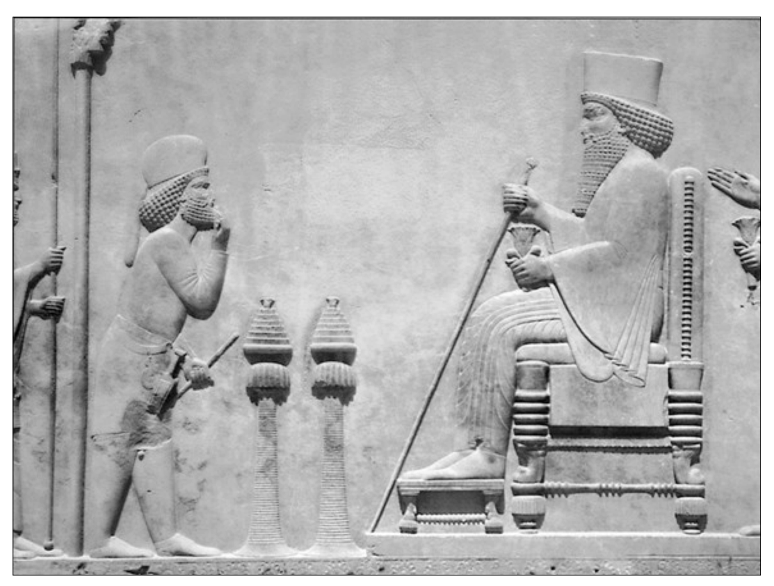
1. CONQUISTAS Y ADHESIONES. CONTRADICCIONES Y OPOSICIONES

1.1. Las élites imperiales ante Alejandro Magno. Resistencia y oposiciones[1]

Los capítulos anteriores se describe lo frecuente de las resistencias militares a la conquista, en ocasiones, largas y encarnizadas, pero que no revistieron en todos sitios la misma

[1] Sobre esto, encontraremos análisis y referencias en P. Briant, *Histoire de l'Empire perse,* París, 1996, págs. 862-891, 1072-1077.

intensidad ni el mismo carácter. Darío y los suyos defendían el principio de la soberanía aqueménida; la oposición que Alejandro Magno encontró a su paso era, por tanto, también de naturaleza religiosa, puesto que el gran rey era el guardián del orden divino, definido por el dios Ahura-Mazda. No obstante, esta oposición de los nobles iraníes contradecía una preocupación fundamental por conservar su estatus económico y su posición de prestigio. Tenemos la prueba a partir del verano del año 334, cuando Alejandro llegó a las fronteras de Sardes: vino a su encuentro un cortejo compuesto por dirigentes de la comunidad sardiana y de Mithrenes, comandante persa de la ciudadela. Los primeros entregaron la ciudad al rey; el segundo, la ciudad y el tesoro. Ignoramos por qué este último tomó tal posición, en una época en la que los negocios aqueménidas estaban lejos de ser desesperados. Podemos simplemente postular que esta rendición se efectuó como consecuencia de una negociación con el conquistador. En contrapartida, Mithrenes obtuvo del macedonio las siguientes ventajas: «Alejandro Magno lo mantuvo junto a él, con los honores propios de su rango» (Arriano I. 17. 4). Por primera vez aplicó la política a la que se mantuvo aferrado constantemente: sumar a su causa a las élites imperiales, ofreciéndoles conservar el estatus de prestigio que les era propio con el gran rey. Él sabía bien que para gobernar de manera duradera el imperio del gran rey debía obtener la adhesión de sus hombres, solo ellos podían permitirle adaptarse a las tradiciones de poder de Oriente Próximo. El ejemplo de Mithrenes demuestra que Alejandro Magno había planeado su política iraní, incluso antes del desembarco. Arriano añade que el macedonio «permitió a los sardianos y a otros lidianos conservar las antiguas leyes propias y les dejó libertad». En realidad, el conquistador no modificaba tampoco la situación preexistente, pues, en la época aqueménida, Sardes ya constituía una comunidad plenamente organizada, dirigida por magistrados elegidos en el seno de la misma.



Relieve en el que el rey persa Darío I recibe pleitesía. Palacio de Persépolis. Alejandro haría suya esta ceremonia e intentará imponerla como rito oficial a su persona.

Según los autores antiguos, la misión de Alejandro Magno estuvo considerablemente facilitada en Egipto y en Babilonia, pues destacan que los persas eran considerados en esos lugares opresores por una gran parte de los habitantes. Sin embargo, la imagen de «libertador» debe tomarse con prudencia. Incluso si Egipto se rebeló en varias ocasiones y hasta reconquistó su independencia entre el año 400 y el año 343, a las élites les convenía colaborar con el poder establecido. Tal es también el sentido de su adhesión interesada a la causa de Alejandro Magno. Al igual que habían hecho en su época los reyes Cambises y Darío, Alejandro se preocupó por realizar sacrificios a las divinidades egipcias tradicionales, tales como Apis en Menfis; fue a consultar el oráculo de Amón en el oasis de Siwah y dio la orden de continuar las obras en los santuarios egipcios de mayor renombre (Karnak y Luxor), donde se hizo representar como faraón[2]. De esta manera, se granjeó el apoyo de la influente categoría social constituida por los sacerdotes y los administradores de santuarios.

El caso de Babilonia presenta algunas analogías. Después de la batalla de Gaugamela, el 1 de octubre de 331, Alejandro Magno fue recibido con gran pompa tanto por los dignatarios iraníes (Mazday y Bagofanes) como por las autoridades babilónicas: una muchedumbre inmensa, dirigida por las autoridades civiles y religiosas, acudió a entregarle la ciudad, la ciudadela y los tesoros; montado en un carro, Alejandro realizó una entrada triunfal en la ciudad. Aquí también existen grandes continuidades, pues el mismo ceremonial había sido empleado en el año 539 para recibir al conquistador Ciro, que también había sido presentado como un liberador por textos babilónicos redactados en esa fecha *(Cilindro de Ciro).* No obstante, Arriano (III. 16. 4) pone de relieve la ruptura introducida por Alejandro Magno con sus predecesores aqueménidas:

---

[2] Véase M. Abd. El-Raziq, *Die Darstellung und Texte des Sanktuars ALexanders des Grossenim Tempel von Luxor,* Mainz am Rhein, Philipp von Zabern, 1984.

> Al entrar en Babilonia, Alejandro Magno invitó a los babilonios a reconstruir los templos que Jerjes había derribado, en particular, el templo de Bel, el templo de los dioses que más reverenciaban los babilonios.

En verdad, las destrucciones atribuidas a Jerjes provienen de una tradición extremadamente sospechosa, creada para ensalzar los méritos y la popularidad de Alejandro Magno. Lo que es cierto es que Alejandro, al igual que hicieron sus predecesores persas, procuró atraerse la benevolencia de los dioses locales. El apoyo de los dirigentes de las ciudades y de los santuarios babilonios hizo que Alejandro pudiera imponer su poder a través de la realeza babilónica tradicional, de la que él retomó la titularidad, como habían hecho los grandes reyes. Dicha colaboración no estaba basada en una adhesión espontánea y entusiasta con el conquistador macedonio, sino en un contrato, concluido tras la batalla de Gaugamela, como sugieren algunas tablillas recientemente publicadas[3]. Está claro que la imbricación estrecha de los intereses de los dominantes persas y de la clase dirigente babilonia había creado solidaridades que no podían desvanecerse de un día para otro. En definitiva, ya se trate de Egipto o de Babilonia, Alejandro Magno hizo todo lo posible para adaptarse a las tradiciones ideológicas de los conquistadores orientales que se presentaban regularmente, contra los anteriores dominadores, como benefactores de los santuarios de los países en que establecían su dominio.

1.2. El asunto de Persépolis

En el transcurso de esta estrategia ideológica desarrollada desde el año 334, que pretende seducir y agrupar a las aristo-

---

[3] Véase P. Bernard, *BCH,* 114, 1990, págs. 513-528; A. Kuhrt, *AchHist,* V, 1991, págs. 121-130; R. Van der Spek «Darius III, Alexander The Great and Babylonian Scholarship» *AchHist,* XIII, 2003, págs. 289-361.

cracias locales, la destrucción ejercida por Alejandro Magno en Persépolis, en mayo del año 330, plantea problemas a los historiadores. Aunque se han apuntado varias razones, el problema sigue siendo determinar cuál fue la razón decisiva. Resulta difícil decantarse, puesto que la tradición literaria (excepto Arriano, que es muy sucinto) es a la vez excesivamente abundante en lo que respecta a la puesta en escena y casi muda en cuanto a los sentimientos de los habitantes de Persia, y puesto que las publicaciones arqueológicas son incompletas y tampoco permiten sacar conclusiones certeras.

Para evitar cualquier contrasentido o aproximación, conviene distinguir tres fases de naturaleza y significado diferentes:

— por una parte, poco tiempo después de la rendición de la ciudad y de la ciudadela (finales de diciembre de 331-enero de 330), el saqueo de las viviendas privadas por los soldados[4] y la captura de los tesoros reales por Alejandro[5] (fase A);
— por otra, cuatro meses más tarde (mayo del año 330), la orden dada por el macedonio de incendiar la terraza de algunos edificios oficiales[6] (fase C);
— en cuanto a la fase B, comprende acontecimientos y episodios testados o simplemente mencionados de manera insuficiente por Diodoro y Quinto Curcio; debería permitir entender por qué y cómo, en cuatro meses, Alejandro Magno llegó a decidir el comienzo de la fase C.

La fase A no plantea problemas particulares: el pillaje (botín de los soldados) y la captura de los tesoros (parte del rey) constituyen, a fin de cuentas, actos de guerra banales. Ciertamente

---

4 Diodoro XVII. 70. 2-6; Quinto Curcio V. 6. 1-8; esta fase ha sido omitida por Arriano y Plutarco.
5 Arriano III. 18. 10. Plutarco, *Alex.* 37.4; Diodoro XVII. 71. 1-2; Quinto Curcio IV. 6. 9-10.
6 Arriano III. 18. 10; Diodoro XVII. 72; Quinto Curcio IV. 6. 7. 1-8; Plutarco, *Alex.* 38.

destinadas a suscitar sentimientos extremos de compasión en los lectores griegos y romanos, las largas descripciones muy literarias de Diodoro y de Quinto Curcio no permiten concluir que la brutalidad del pillaje encierre un carácter excepcional. Es únicamente el incendio voluntario del palacio (fase C) el que plantea problemas. ¿Por qué Alejandro Magno tomó tal decisión, cuando su objetivo prioritario era reunir a la nobleza persa e iraní en torno a su persona, mostrando que el poder de Darío estaba ya caduco? En un primer momento, su campaña de persuasión no fue totalmente ineficaz puesto que los comandantes de Persépolis (Tiridates) y de Pasargadas (Gobares) le abrieron las puertas y se vieron recompensados por el nuevo señor.

Aunque se haya afirmado con mucha frecuencia, cuesta creer una de las versiones antiguas, a saber, que la decisión de incendiar los palacios se tomó bajo los efectos del alcohol, en el contexto de la guerra de represalias (representada metafóricamente por la cortesana ateniense Thais). Otra versión, incontestablemente más creíble, indica por el contrario que se trata de una decisión tomada por Alejandro Magno después de madurarla y reflexionar mucho. Los arrepentimientos políticos expresados después muestran que esta decisión se tomó con mucha dificultad, pues el rey no ignoraba, evidentemente, nada de las contradicciones en las que incurría. Destruir Persépolis, como manifiesta Arriano mediante las palabras de Parmenión[7], era «destruir lo que le pertenecía». Era también y, sobre todo, correr el riesgo de apartarse de la clase dominante persa que quería atraerse era debilitar seriamente su posición y su estatus ideológico en el mismo momento en el que el único verdadero aqueménida, Darío III, no había abandonado la esperanza de invertir la situación militar en provecho suyo y preparaba un nuevo ejército en Ectabana de Media.

¿La preocupación de agradar a los griegos y de darles una «señal»? Esta convicción se funda, en buena medida, en los

---

[7] Arriano III. 18. 11.

sincronismos que se establecen (o que se intentan establecer) entre la decisión de Alejandro Magno en Persia, y las noticias de la revuelta de Agis y de su derrota frente a las tropas de Antípater. Ninguna de las demostraciones propuestas en ese sentido parece suficientemente convincente. Por una parte, la fase A (pillaje y acaparamiento de los tesoros de la terraza) constituía por ella misma un acto de revancha suficientemente claro. Por otra parte, la «guerra de represalias» no constituía la primera preocupación del rey en la primavera del año 330.

Se ha imaginado una variante, a saber, que quiso dirigir un mensaje a las poblaciones de Oriente Próximo, en la medida en que el incendio de los palacios de Persépolis hacía desaparecer uno de los símbolos de la dominación imperial aqueménida. ¿Pero de qué poblaciones estamos hablando? Ni Egipto ni Babilonia ni otros grandes países de Oriente Medio entre el Egeo y Mesopotamia planteaban, en aquella fecha, serios problemas de mantenimiento del orden. En cualquier caso, la necesidad de la propaganda destinada a Grecia o a poblaciones de Oriente Medio no era de ningún modo apremiante hasta el punto de correr el riesgo de una ruptura con la nobleza iraní.

Es, probablemente, en un contexto puramente persa (en el sentido estricto del término) donde los acontecimientos de la primavera del año 330 adquieren todo su significado histórico. Volvamos a la fase B. Durante los cuatro meses que separaron su llegada a Persia del incendio de los palacios (enero-mayo 330), Alejandro Magno había intentando, al mismo tiempo, reprimir las resistencias militares en las campañas, así como en los puntos fuertes de Persia[8], y suscitar la adhesión de la población del país. El rey no escatimó en esfuerzos para conseguir tal objetivo. Si bien los relatos instructivos sobre sus relaciones privilegiadas con la memoria de Ciro «el Grande» se remontan a su segundo pasaje por Pasargadas al regreso de India, no es

[8] Véase Quinto Curcio V. 6. 12-20 (campaña de un mes en el interior de Persia, en particular contra los mardos); Diodoro XVII 53. 1 (cronológicamente mal situado).

menos probable que hubiera manifestado, a partir del año 330, su respeto por la tumba del fundador, en torno al cual se mantuvieron por el nuevo poder los sacrificios tradicionales.

Si la decisión de incendiar los palacios fue tomada poco tiempo después de su regreso de Pasargadas fue simplemente porque la hostilidad de la población persa no había cedido, como explican claramente Diodoro y Quinto Curcio[9]. En tales condiciones, Alejandro Magno se vio obligado a utilizar la coacción por la fuerza de las armas y a impresionar a la población persa, que seguía siendo recalcitrante. El incendio de los palacios indicaba a los persas que la época de la grandeza imperial había pasado, salvo si se unían al vencedor. En efecto, el precio que pagar por Alejandro Magno era muy elevado, pero ya no había elección.

1.3 El recurso a los iraníes en la administración y en el ejército

Sin embargo, en el momento de marchar de nuevo contra Darío, Alejandro no había abandonado su proyecto de atraerse la nobleza iraní, sino todo lo contrario. El estudio de las relaciones entre conquistadores y poblaciones conquistadas resulta muy complejo, por lo que conviene establecer algunos matices sociales, regionales y cronológicos. Todos los defensores del orden aqueménida no opusieron una resistencia ideológica prolongada a Alejandro Magno. La casta aristocrática persa, que permanecía preocupada por conservar su poder económico y social, acabó más o menos rápidamente por aliarse con él. Lo mismo sucedió en Irán oriental (Bactriana y Sogdiana).

El incendio de Persépolis no marca por lo tanto un momento crucial, brutal y definitivo en la estrategia ideológica de Alejandro. El asesinato de Darío III perpetrado por Bessos y sus

---

[9] Diodoro XVII. 71. 3 y Quinto Curcio V. 7. 2.

cómplices en julio del año 330 representó una ganga para la propaganda macedonia. Desde ese momento, el macedonio se posiciona como vengador legítimo de Darío[10]. Seguramente, nunca ha reconocido la proclamación real de Bessos bajo el nombre de Artajerjes. La propaganda macedonia declara que Alejandro Magno efectúa una auténtica guerra de venganza contra Bessos. De este modo, pretende reunir en torno a su persona a la aristocracia iraní que, desde siempre, había constituido la columna vertebral del Imperio de los grandes reyes. Cabe precisar que esta era también una política atrevida y arriesgada, pues todos los iraníes no se unieron a Alejandro Magno sin segundas intenciones; algunos tomaron las armas a espaldas de Alejandro Magno, ofreciendo así su apoyo a Bessos y obligando al rey macedonio a detener su ofensiva directa contra Bactriana.

Como ya hemos visto (pág. 97), Alejandro había manifestado dicha voluntad durante su entrada en Sardes en el verano del año 334. Sin embargo, en ese momento, Mithrenes no había obtenido un alto cargo en la administración imperial, ya que los puestos estaban reservados a griegos y a macedonios. La entrada en Babilonia en octubre del año 331 marca, con total seguridad, una fecha significativa. Efectivamente, por primera vez Alejandro Magno confió a un noble persa aliado (Mazaios/Mazday) una satrapía que había sido recientemente conquistada (Babilonia). A partir de ese momento, otros representantes de la antigua clase dominante fueron nombrados en un número muy elevado, ya fuera en Susa, en Persépolis o en las satrapías de la Llanura iraní. De las doce satrapías conquistadas y organizadas entre 331 y 327, una sola, Aracosia, le fue adjudicada a un macedonio (Menes): todas las demás, al menos al principio, fueron adjudicadas a iraníes.

En este aspecto, Alejandro Magno hizo gala de un gran sentido de la realidad, puesto que concedió el perdón a todos aque-

---

[10] Pero el envío a Persépolis de los restos de Darío (Arriano III. 22. 1) sigue siendo dudoso por las razones que ya he explicado (*Darius dans l'ombre d'Alexandre,* 2003, págs. 39-52).

llos administradores persas que acudieron a rendirle homenaje; esa es la razón de que mantuviera (a veces temporalmente) a ciertos sátrapas persas: Abulites y Oxatres en la región de Susiana; Aspates en la región de Carmania; Autofradates donde los tapurianos-mardos, y Satibarzanes en Aria-Drangiana; otros fueron destinados muy rápidamente a sus antiguos gobiernos: por ejemplo, Atropates en la región de Media 328/327, o Fratafernes en la región de Partia-Hicarnia a partir de 330. Así pues, parece que Alejandro Magno manifestaba un gran deseo de continuidad administrativa.

Cabe resaltar al mismo tiempo que el rey tomó todas las precauciones para garantizar la lealtad de los sátrapas iraníes. Un determinado número de ellos, primeramente, se encontraba ya en su entorno desde hacía varios años. Tal era el caso de Mithrenes, nombrado en el año 331, en Armenia (por cierto, sin poder jamás llegar a tener el control), que acompañaba a Alejandro Magno desde que este le entregó la ciudadela de Sardes en verano del año 334. Otros se habían exiliado por un tiempo a Macedonia, tales como Anminapes, o Artabazes, nombrado en Bactriana. También encontramos a Oxiartes, el mismo suegro de Alejandro Magno, cuya hija, Roxana, garantizaba de alguna manera la lealtad de este. Por consiguiente, Alejandro Magno no confió las satrapías a desconocidos.

Por otra parte, los poderes militares escaparon a estos sátrapas (con excepción de Memnón, en Aracosia, ya que precisamente él era macedonio). Este ya era el caso de Egipto, donde todos los puestos militares habían sido adjudicados a los macedonios. En cada satrapía residía un estratega macedonio, investido del mando de las tropas de ocupación. El mando de las principales fortalezas y tesorerías fue de igual manera confiado a macedonios. Por último, a medida que avanzaba la conquista, el número de sátrapas iraníes no cesó de disminuir. En Aria, el sátrapa rebelde Satibarzanes, y, posteriormente, Arsakes, fueron remplazados por Estasanor, un griego que, además, recibió en el año 328 la satrapía de los tapurianos-mardos, cuyo jefe,

Autofradates, había intentado una secesión; en la región de Bactriana, el anciano Artabaze, juzgado incapaz de hacer frente a la situación ocasionada por la guerrilla de Espitamenes, tuvo que dejar su puesto en 328-327 al macedonio Amintas. Finalmente, durante la partida de Alejandro Magno a India, las satrapías más importantes desde el punto de vista estratégico eran dirigidas directa (Bactriana, Sogdiana, Aracosia) o indirectamente (Media, Parapamisadas) por macedonios o iraníes de cuya fidelidad no se podía sospechar.

El alistamiento de contingentes militares iraníes procede del mismo pragmatismo y atestigua de la misma prudencia. Las guerras y guerrillas llevadas a cabo en Irán oriental convencieron rápidamente a Alejandro Magno de la necesidad de adoptar armas y métodos de sus adversarios: de ahí, por ejemplo, la creación de un cuerpo de arqueros a pie y de un cuerpo de arqueros a caballo (hippotoxotes), que le fueron muy útiles durante la campaña india. Además, a pesar de los refuerzos continuos de macedonios y de mercenarios griegos, necesitaba un número creciente de infantes y jinetes. Por lo tanto, reclutó en Sogdiana y en Bactriana a contingentes de esta caballería de tanto renombre. Hay que precisar que, hasta el regreso de India, esta caballería nunca fue integrada en el ejército macedonio, sino que sirvió como cuerpo auxiliar. La caballería macedonia no perdió ni sus privilegios ni su monopolio de ejército victorioso.

Es también antes de su partida a India (probablemente en Bactriana) cuando tomó la decisión de reclutar a 30 000 jóvenes iraníes en las satrapías orientales: debían aprender griego y practicar macedonio. Según Quinto Curcio (VIII. 5. 1), los jóvenes iraníes deben ser considerados como rehenes en manos de Alejandro Magno. Dicho análisis es en parte válido a corto plazo, ya que antes de su partida a India, el rey quería asegurar la tranquilidad de satrapías que habían sido tan duramente conquistadas. A medio plazo, la visión de Alejandro era ciertamente más amplia: se trataba sin ninguna duda de crear, a partir de

una institución aqueménida, nuevos cuerpos de ejército que, algunos años más tarde, iban a ser integrados en la falange[11].

I.4. Matrimonios y colonización

A partir de esa fecha, Alejandro intentó avanzar más. En este sentido, el gesto más espectacular fue el matrimonio que contrajo con Roxana, hija del noble iraní Oxiartes, que acababa de llevar a cabo la resistencia de la «Roca sogdiana» en la primavera del año 327. ¿Cuáles fueron los motivos del macedonio? Aunque reconocen el «flechazo» (negado por Tarn por razones morales) que sintió el rey al ver a la preciosa princesa, los autores antiguos no ocultan que dicha unión revistió un carácter político evidente. Por lo demás, varios compañeros suyos imitaron el gesto del rey. El enlace con Roxana representa claramente una etapa decisiva en la política de estrecha colaboración con la nobleza persa e iraní. Su suegro, Oxiartes, fue además nombrado sátrapa de las Parapamisadas. En ese momento, dicho matrimonio tuvo como consecuencia atraer al rey la adhesión de la nobleza iraní, en la medida en que podía ser interpretado (con razón) como una prueba de compromiso duradero para con las aristocracias locales.

Aunque, al mismo tiempo, dicho matrimonio no hacía sino exacerbar la oposición de una parte de la nobleza macedonia. No obstante, las modalidades de la ceremonia nupcial demostraron que Alejandro no tenía la intención de identificarse con la nobleza iraní: efectivamente, al contrario de lo que se ha comentado con frecuencia, el rito que eligió el rey no fue el iraní, sino el macedonio[12]. Esta elección es muy reveladora: no

---

[11] Véase P. Briant, «The Achaemenid Empire», en K. Raaflaub y N. Rosenstein (ed.), *Soldiers, Society and War in the Ancient and Medieval Words,* Harvard UP, 1999, págs. 105-128.

[12] Cf. M. Renard y J. Servais, «A propos du mariage d'Alexandre et de Roxane», *Antiquité classique,* XXIV, 1955, págs. 29-50.

le correspondía a los macedonios perder su individualidad, sino a los iraníes adoptar las costumbres macedonias. Las modalidades del alistamiento de los 30 000 iraníes (entrenados en la lengua macedonia y que aprendían la griega) también iba en esta dirección.

Es también durante este período cuando fue inaugurada y activamente perseguida la política de colonización y urbanización, que tantas consecuencias acarreó para el futuro. Estas nuevas fundaciones fueron, en efecto, casi siempre habitadas por una población mixta de veteranos macedonios, mercenarios griegos e indígenas. Según Arriano, estos grupos estaban compuestos por voluntarios. Sin embargo, podemos legítimamente dudar del voluntariado de las poblaciones locales, arrancadas de sus pueblos tradicionales, como ocurrió en Alejandría de Egipto, Alejandría del Tigris o en Gaza (Fenicia); en Alejandría del Yaxartes, los indígenas eran prisioneros de guerra rescatados por Alejandro y no tuvieron seguramente elección. Lo mismo sucedió, en varios casos, con algunos macedonios. De este modo, en el año 330, algunos soldados venidos del «batallón de los insumisos» fueron deportados a guarniciones alejadas. No es necesario precisar que el rey no les preguntó su opinión. Por último, estas reacciones de los mercenarios griegos muestran claramente que, desde el principio, no fueron, de ninguna manera, voluntarios; varias revueltas estallaron durante la ausencia de Alejandro Magno en India. A pesar de las medidas que tomó a su regreso, los problemas continuaron. En el año 323, tras la muerte del rey, fue necesario incluso enviar un ejército: la campaña desembocó en el exterminio de varios miles de griegos que habían tomado las armas. Por otra parte, una revuelta de mercenarios griegos estalló también en India, justo después de la partida de Alejandro Magno.

Es cierto que los métodos de Alejandro solamente se correspondían, de lejos, con las esperanzas de Isócrates. Cuando este propuso fundar colonias de repoblación para los griegos empobrecidos, pensaba en Asia Menor y no en las satrapías orien-

tales. Si los colonos griegos se sublevaron es, en primer lugar, porque, al igual que los soldados macedonios del Hifasis o de Opis «añoraban las costumbres y la forma de vida de su patria, y se veían apenados y relegados a los confines del Imperio»[13]. Por otra parte, la colonización, en el sentido griego, suponía la distribución de lotes de terrenos, así como el establecimiento de constituciones internas de tipo griego (asambleas deliberativas, elección de magistrados, etc.). Ahora bien, ya hemos apuntado que la mayoría de las fundaciones de Alejandro Magno no constituyen ciudades en el sentido estricto del término. Finalmente, los textos antiguos demuestran que los griegos se oponen vigorosamente a toda política de fusión. Ahora bien, aunque el objetivo de Alejandro era de naturaleza esencialmente militar, no es menos cierto que dichas fundaciones condujeron en muchos casos a uniones entre europeos y asiáticos, puesto que los primeros no siempre habían podido traer a sus mujeres europeas. Esto es especialmente cierto en el caso de las colonias del este de Irán. Dichas uniones debían «dar lugar» a una nueva población completamente mixta, al igual que ocurre con las uniones entre los soldados del contingente y las mujeres asiáticas. Durante su partida, en el año 323, hacia Macedonia, los veteranos dejaron en Asia varios miles de niños, que el rey prometió criar y armar «a la manera macedonia». Este ejemplo, al igual que los anteriores, muestra los límites de la «fusión». Aunque más que de fusión, habría que hablar de «asimilación», que no hace desaparecer completamente la frontera entre vencedores y vencidos[14]. Por otra parte, observamos la fuerza de la resistencia que encontró el rey entre griegos y macedonios a la hora de aplicar su política.

---

[13] Diodoro XVIII. 7. 1 (cf. Id. XVII. 99. 5-6).

[14] Véase P. Briant, «Colonizazione ellenistica e popolazioni del Vicino Oriente: dinamiche social et politiche di acculturazione», en S. Settis (ed.), *I Greci,* 2/III, Torino, 1998, págs. 309-333.

1.5. Realeza macedonia y realeza personal: la oposición macedonia

Es en el transcurso del mismo período cuando estalló lo que se ha denominado como las tres «catástrofes» (330-327), que muestran claramente la oposición de una parte importante de la nobleza macedonia hacia la evolución de Alejandro Magno: el juicio y la ejecución de Filotas, en el otoño del año 330; el asesinato de Clito, en el invierno de 328/327; el asunto de la *proskynesis* y el arresto de Calisteno, en el año 327. Para entender bien el sentido de estos trágicos acontecimientos, conviene recordar algunas iniciativas de Alejandro Magno que desde hacía algunos años enfurecían a los macedonios.

La primera etapa visible de la evolución de Alejandro Magno se sitúa en Egipto, donde este decidió ir a consultar a los sacerdotes del famoso santuario de Amón en el oasis de Siwah. El viaje, que fue extremadamente difícil, estuvo marcado, según lo que relatan algunos autores antiguos, por intervenciones milagrosas de los dioses. El rey fue recibido por los sacerdotes y después introducido, él solo en el *sancta sanctorum* por el gran sacerdote. De esta forma, ningún testigo ocular pudo informar sobre dicha «entrevista» celebrada entre el rey y el dios; solamente disponemos de relatos inventados y contradictorios entre los cuales es muy difícil discernir. El tema común es que Alejandro Magno se proclamó a sí mismo hijo de Amón.

Este comportamiento de Alejandro Magno y la interpretación que él mismo ofreció correspondían, al parecer, a una triple voluntad. El rey realizaba de este modo un gesto dirigido a las ciudades griegas, donde Esparta enardecía el odio contra Macedonia. En Grecia, efectivamente, Amón era asimilado a Zeus, y el santuario de Siwah gozaba allí de una gran reputación. El viaje también constituía un gesto (entre otros) en honor de los egipcios. Sin embargo, nada demuestra, en cambio, que en esa fecha Alejandro Magno quisiera que los griegos lo reconocie-

ran como un dios y, mucho menos, que lo reconocieran como un dios los macedonios. Lo que no impide que estos últimos lamentaran dicha evolución con un sentimiento mezclado de ironía y mal humor.

Todos los autores antiguos, por otra parte, señalan que a partir del año 330 se observa un cambio en la personalidad de Alejandro. El rey adopta progresivamente y con rapidez las costumbres persas. Lo que los antiguos consideraran una prueba de «ablandamiento oriental» se explica, evidentemente, por la necesidad en que se encontraba el rey de granjearse la estima de la aristocracia iraní. Los autores antiguos se mostraron especialmente sorprendidos por la adopción de una indumentaria de ceremonia persa y, aunque Alejandro Magno solamente portó esta vestimenta en circunstancias excepcionales, su iniciativa fue reprobada por los macedonios.

Es en este contexto cuando estalla el primer caso, el juicio de *Filotas*. Este personaje, hijo de Parmenión, era el jefe de la caballería desde que comenzó la expedición. En el año 330, en la capital de Drangiana, fue acusado de haber tramado un complot para atentar contra la vida de Alejandro. El caso fue instruido por el propio rey y su consejo, en el que Cráteres, enemigo personal de Filotas, desempeñó un importante papel. Posteriormente, Alejandro Magno convocó una asamblea del ejército. Durante una sesión dramática, Filotas presentó su defensa con gran talento. Al término de la misma, el rey le sometió a tortura para «hacerle confesar»; al día siguiente, una segunda asamblea pronunció la pena de muerte y procedió inmediatamente a su lapidación.

El caso es oscuro y confuso. Sin embargo, al leer con total imparcialidad los textos antiguos, podemos rápidamente pensar que Filotas no era en absoluto culpable de aquello que se le acusaba. No cabe ninguna duda de que, al igual que muchos otros nobles, él se oponía a que Alejandro Magno adoptara costumbres aqueménidas. No obstante, para el rey esto parece constituir un pretexto más que una verdadera causa de su

ensañamiento contra Filotas. En realidad, Alejandro pretendía eliminar a una familia que jamás había manifestado un gran entusiasmo hacia su persona. Por esta razón, en su discurso, comparó el caso de Filotas con los de los pretendientes que se habían sublevado a la muerte de Filipo.

El momento que eligió Alejandro Magno para eliminar o hacerse con el control de sus oponentes es significativo. Hasta entonces había soportado, más que aceptado, las intervenciones de Parmenión. Sin embargo, a partir del año 330 deja de solidarizarse con los elementos «antiguos macedonios»; pretende proseguir la expedición solo con los nobles que no ponen en entredicho su autoridad, hombres como Hefestión, Cráteres y Pérdicas. Parmenión fue ejecutado por un comando enviado a Media expresamente para ello. La brutalidad del acto de Alejandro demuestra que a partir de ese momento no toleraría ninguna oposición más. Por otra parte, la convocatoria de una asamblea del ejército le permitió crear unidad en torno a su persona, en una fecha en que el apoyo de los macedonios se debilitaba cada vez más.

Durante un banquete celebrado en Maracanda, en los cuarteles de invierno de 328-327, tras las victorias obtenidas en Sogdiana, una violenta querella enfrentó a Alejandro Magno con su viejo compañero Clito, apodado «el Negro». Este era íntimo amigo del rey, hermano de la niñera real, y había combatido siempre junto a Alejandro; tras la muerte de Filotas había recibido, junto a Hefestión, el mando de la caballería. La cólera y el furor de Alejandro Magno fueron tales que atravesó a Clito con su lanza.

Los que asistieron al banquete parecían embriagados; una vez repuesto de los efectos del alcohol por la muerte de Clito, Alejandro se arrepintió violentamente de su gesto. Todo esto no debe hacernos perder de vista el aspecto esencial, es decir, la continuidad de la oposición de los nobles macedonios contra un rey que se comporta cada vez menos como uno de los suyos.

Los reproches que Clito había lanzado a Alejandro Magno durante el banquete atestiguan, en efecto, que la ejecución de Filotas y el asesinato de Parmenión habían ocultado más que eliminado la oposición de los nobles macedonios (al menos de algunos de ellos) contra la evolución del poder real hacia la autocracia. Citando a Eurípides, Clito, efectivamente, reprochó con vehemencia a Alejandro que considerara las victorias macedonias como las suyas propias, y olvidara, por lo tanto, (voluntariamente) el papel de su padre y de sus propios generales: «las victorias se obtienen por todos los macedonios, y la gloria no debe, pues, repercutir únicamente en el jefe». Clito expresaba públicamente lo que Filotas, según afirman algunos autores antiguos, expresaba ya en privado. Asimismo, defiende una imagen tradicional de la realeza macedonia, que no es una realeza personal, sino contractual, que se rige por costumbres[15]. En sus relaciones con los macedonios, Alejandro Magno debía respetar determinadas tradiciones. Por ejemplo, no debe gobernar mediante órdenes tiránicas, sino con la persuasión; en sus relaciones con el rey, los macedonios tenían derecho a la igualdad de palabra *(isègoria).* A decir verdad, Clito reprocharía fervientemente a Alejandro que cada vez tomara más el aspecto de un monarca absoluto de tipo oriental, y no hiciera caso de las costumbres macedonias.

El último caso, el de la *proskynesis,* estalló en Bactria en el año 327, poco tiempo después del matrimonio de Alejandro y Roxana. Esta vez, la oposición vino de Calisteno, el sobrino de Aristóteles, quien hasta esa fecha, no obstante, se había mostrado como uno de los cortesanos más diligentes de Alejandro. Conviene destacar que, aunque Calisteno era griego, expresó en voz alta lo que muchos macedonios pensaban y no se atrevían a pronunciar.

---

[15] Refutada durante mucho tiempo, la tesis de la existencia activa de una asamblea macedonia es defendida firmemente hoy día con la ayuda de argumentos renovados por M. Hatzopoulos, *Macedonians Institutions under the Kings,* I, París, 1996, págs. 261-322.

De esta manera, en esa fecha, Alejandro Magno «ordenó que, de igual manera que los persas, los macedonios le saludasen postrándose en el suelo». Según Quinto Curcio, esta iniciativa le habría sido inspirada al rey por sus cortesanos griegos. En realidad, como señala Arriano, Alejandro no necesitaba de nadie para decidir dicha medida que, como veremos a continuación, no revestía, además, el sentido que le atribuyen los autores antiguos. Para los persas, la genuflexión *(proskynesis),* o incluso la inclinación del busto, acompañada de un gesto con la mano, era un signo habitual de obediencia hacia un superior. Los relieves de Persépolis describen bien las distintas modalidades de esta forma de rendir homenaje. En esto, los persas no reconocen de ninguna manera el carácter divino del rey, ya que, por el contrario, este no era considerado un dios, sino que representaba al general en la tierra del dios Ahura-Mazda. Por consiguiente, para los persas del entorno de Alejandro, lo que este solicitaba no presentaba ningún carácter excepcional y todos aceptaron como algo natural el rendirle el homenaje que solían tributar al gran rey. En cambio, los griegos (y, por lo tanto, los autores que abordan este asunto) y macedonios veían las cosas de manera muy diferente, como expone tan bien Calisteno. Estos consideraban dicha costumbre como un signo visible de «servilismo oriental». Los griegos de Asia Menor ya habían sufrido la humillación de tener que realizar el rito de la *proskynesis* ante altos oficiales persas; la obligación establecida para todos de tener que saludar al gran rey de esta manera había creado también problemas de protocolo durante algunas visitas de embajadores griegos a la corte persa. Calisteno, apoyado por grandes jefes macedonios, se negó a prestar dicho homenaje que consideraba reservado únicamente a los dioses. Asimismo, señaló, al igual que había hecho Clito, que haciendo esto Alejandro Magno violaba «la ley no escrita» *(nomos)* macedonia en virtud de la cual, en sus relaciones con sus compatriotas, los reyes deben gobernar «no mediante la fuerza, sino en conformidad con el nomos» (Arria-

no IV. 11. 16). El rey no le perdonó y aprovechó la revelación de una oscura y escabrosa «conspiración de los pajes» para incluir en ella (falsamente) a Calisteno. Este fue arrestado, encarcelado durante varios años, y, tal vez, crucificado en India por orden del rey.

Por lo tanto, no existe en ningún lugar la prueba de que Alejandro intentara establecer una base teocrática de su poder. En realidad, el objetivo del rey en el año 327 era introducir el número más elevado posible de iraníes en la corte y en la administración. Ya un gran número de nobles bactrianos y sogdianos habían sido asimilados. Sin embargo, Alejandro deseaba que todos sus compañeros, macedonios e iraníes, se situaran ante él con igualdad de condiciones. Por esa razón, organizó en Bactria una ceremonia de rendición de homenaje. La negativa manifestada o silenciada de los macedonios no era solamente de naturaleza teórica; indica también que estos seguían viendo a los iraníes como vencidos, y pretendían que fueran tratados como tales. No obstante, Alejandro tuvo la prudencia y la sabiduría de no insistir. Efectivamente, parece que a los macedonios no se les volvió a exigir la *proskynesis.*

Este episodio atestigua el pragmatismo del rey: de carácter arrebatado y autoritario, Alejandro no sabe admitir (públicamente) un error de apreciación; por otra parte, en el momento de ganar India, no deseaba, de ninguna manera, propiciar las condiciones de una ruptura abierta con los nobles macedonios. Sin embargo, este asunto también da testimonio de la extraordinaria dificultad de la política que experimenta Alejandro Magno puesto que, provenientes de dos culturas muy diferentes, los iraníes y los macedonios reaccionaron de manera opuesta ante su iniciativa. Probablemente, Alejandro Magno contaba con que una expedición militar conjunta en India permitiría tanto a la nobleza iraní como a la nobleza macedonia llegar a conocerse mejor e incluso, tal vez, a apreciarse mutuamente.

2. UNA POLÍTICA PARA EL FUTURO (325-323)

2.1. El regreso de India

A su regreso de la expedición india, Alejandro se mostró decidido a retomar y a intensificar su política de colaboración con las aristocracias locales. Algunas de las medidas que sorprendieron a los sátrapas iban en esta dirección; si los estrategas de Media, Cleandro, Sitalkes y Heracon fueron ejecutados es porque arremetieron contra las riquezas de la casta sacerdotal y, probablemente, también contra las de la nobleza. Destaquemos, no obstante, que las medidas adoptadas en contra de los sátrapas culpables tuvieron en ese momento una consecuencia paradójica, debido a que, en el año 323, no había más que tres sátrapas iraníes en ejercicio: Atropates en Media, Fratafernes en la región de Partia y Oxiartes (suegro de Alejandro Magno) en las Parapamisadas.

Paralelamente, Alejandro Magno intentó instalarse en las satrapías que habían sido desocupadas por hombres que Alejandro juzgaba capaces y preocupados por aplicar su política de colaboración macedonia e iraní. El mejor ejemplo lo constituye Peceustas, que había desempeñado un papel importante durante la campaña de India. Incluso había salvado la vida del rey durante el asedio de la ciudad de los malianos (326-325), por lo que fue recompensado con una corona de oro y con el título de somatofílaco. Durante el regreso, Alejandro Magno lo nombró sátrapa de la importante Pérside porque, precisamente, Peceustas había adoptado el modo de vida iraní, y no corría el riesgo de ofender a los «bárbaros». «Y, demostró esto en cuanto fue nombrado sátrapa de Pérside adoptando, solo él de todos los macedonios, el traje medo, y aprendiendo la lengua persa y adaptándose en todos los ámbitos a las costumbres persas. Por ello, Alejandro Magno lo alabó, y los persas estaban satisfechos de verlo preferir sus costumbres a las de su propia patria».

(Arriano VI. 30, 2-3). El rey veía en esta actitud el único modo «de conservar la nación sometida en todos los sentidos» (Diodoro XIX. 4. 5). No obstante, conviene precisar, con Arriano, que el caso de Peceustas seguía siendo excepcional y que había originado la hostilidad por parte de los otros jefes macedonios, quienes, por su parte, no estaban todavía dispuestos a gobernar en colaboración con los vencidos. ¿Pero, precisamente, la campaña india no había aportado una aureola de vencedores a los iraníes?

2.2. Los matrimonios de Susa (febrero de 324)

Para Alejandro Magno, esta doble necesidad de nombrar a los nobles iraníes a su servicio y de hacer que los macedonios aceptaran dicha idea, permite entender el sentido de la ceremonia grandiosa que tuvo lugar en Susa a principios del año 324[16]. En efecto, ese año Alejandro (sin repudiar a Roxana) contrajo matrimonio con dos princesas aqueménidas: Estatira, hija de Darío, y Parisatis, hija de Oco; al mismo tiempo, su amigo Hefestión se casó con Dripetis, hermana de Estatira, «pues Alejandro Magno deseaba que los hijos fueran sus propios sobrinos y sobrinas»; por último, el rey «convenció» a ochenta compañeros para que se casaran con hijas de la nobleza iraní. Las nupcias tuvieron lugar en una ceremonia de fasto inaudito, cuya celebración fue descrita por Cares de Mitilene, el gran chambelán. Las mencionadas nupcias fueron celebradas según el rito persa, bajo una tienda inmensa, construida según el modelo de la *Apadana* (sala de audiencias) persa. Cada una de las esposas recibió una suculenta dote por parte de Alejandro Magno.

Esta grandiosa manifestación prolongaba y superaba a la vez el matrimonio contraído por Alejandro Magno con la prin-

---

[16] Sobre la política matrimonial de Alejandro Magno, véase también, E. Carney, *Women and Monarchy in Macedonia,* Norman, 2000, págs. 100-113.

cesa Roxana en el año 327. Las bodas de Susa consagran la necesidad en que se encontraba el rey de gobernar con sus antiguos enemigos. Varias mujeres fueron, además, elegidas en la familia de los aqueménidas, por ejemplo, Estatira; otras eran hijas de nobles que habían opuesto resistencia a Alejandro, tales como Espitamenes, cuya hija Apame fue desposada por el general Seleuco, o nobles que se habían unido a él, como es el caso de Artabaze o de Atropates. Por consiguiente, dichas nupcias constituían un auténtico pacto de gobierno, quedando entendido que los nobles iraníes reconocían a Alejandro Magno como su rey: su enlace con princesas aqueménidas permitía una transición armoniosa con la realeza aqueménida tradicional. Al mismo tiempo, Alejandro Magno pretendía obligar a los nobles macedonios a que aceptaran esta idea. Ningún texto antiguo sugiere que esta iniciativa real suscitara un gran entusiasmo entre sus compatriotas, salvo algunas excepciones, como Hefestión o Peceustas, por ejemplo. No obstante, sus sucesores no abandonaron brutalmente esta política. Por ejemplo, Seleuco conservó a su mujer iraní, Apame, y varios de los antiguos compañeros de Alejandro Magno siguieron practicando una política de colaboración con las élites locales[17].

2.3. Hacia un ejército macedonio-iraní. La sedición de Opis

Paralelamente, Alejandro proseguía con tenacidad su propósito de crear un ejército mixto macedonio-iraní. Es del regreso de India de cuando datan las medidas esenciales. Lo entendemos tanto mejor cuanto que la oposición de los soldados macedonios en el Hifasis le habían demostrado claramente que no podría llevar a cabo sus vastos proyectos con tan solo el apoyo de sus compatriotas.

---

[17] Cf. P. Briant, *Rois, tributs et paysans,* París, 1992, págs. 32-54.

La reforma comenzó en la caballería, aproximadamente en la misma fecha en la que se celebraron las nupcias de Susa. Los jinetes iraníes, que luchaban en India en calidad de auxiliares, fueron introducidos en la caballería de los *Hetairoi* (compañeros). Además, una nueva (quinta) hiparquía fue creada, constituida en una gran mayoría por iraníes, armados con lanza macedonia y no con la jabalina «bárbara», y dirigidos por el noble bactriano Histaspes. Entre sus generales figuraban representantes de la flor y nata de la aristocracia iraní; los mismos que se convirtieron en cuñados de los nobles macedonios, después de las nupcias de Susa. Las dos medidas, la matrimonial y la militar, se conjugaban para realizar la fusión de las dos aristocracias.

La constitución de una falange mixta suscitó mucha oposición. Los 30 000 jóvenes iraníes (*epigonoi:* sucesores), que Alejandro, como ya hemos visto, había ordenado alistar en el año 327, llegaron a Susa. La integración de estos en la nueva falange se produjo en Babilonia, en el año 323, después de que Peceustas aportara al rey un nuevo contingente de 20 000 iraníes. Esta demora se justifica por la oposición que encontró el rey en las filas de su falange. Durante varios meses, los jóvenes iraníes constituyeron una falange completamente distinta, formada según el modelo de la macedonia, pero dirigida por persas.

En Opis, en el Tigris (verano del 324), estalló la crisis cuando Alejandro Magno anunció a sus tropas que los hombres incapaces de servir (porque estuvieran heridos o fueran demasiado mayores) serían enviados a Macedonia, provistos con una buena suma de desmovilización. Los falangistas interpretaron tal decisión como prueba de que el rey deseaba, a partir de ese momento, prescindir de sus servicios, y contar únicamente con la falange iraní. Efectivamente, si bien los macedonios, como ya hemos visto anteriormente, deseaban regresar a Macedonia, querían volver todos juntos y con su rey: el reenvío de los veteranos y de los soldados fue, por consiguiente, considerado

como la prueba de que Alejandro «establecería para siempre el centro del reinado en Asia», es decir, como prueba también de que el rey los había engañado ordenando el viaje de vuelta en el año 326. Este hizo ejecutar a los jefes e intentó ganarse a los falangistas, enumerándoles todos los favores que debían a Filipo II y a él mismo. Pero fue en vano.

Durante los próximos días, Alejandro Magno no intentaría ningún acercamiento con sus soldados, sino todo lo contrario; se retiró a su tienda, negó la entrada a los macedonios y otorgó sus favores a los iraníes[18]. Incluso convocó una asamblea de los soldados orientales a la que no tenían derecho de asistir los macedonios; asimismo, tomó la cabeza del ejército iraní, que acampaba fuera de la ciudad, como si quisiera oponerse militarmente al ejército macedonio; concedió a los falangistas iraníes el título de *pezhetairoi* (compañeros infantes), lo que equivalía a colocarlos en una igualdad de condiciones con respecto a los soldados macedonios; los iraníes fueron incluidos en la *agema,* la guardia real, etc. El objetivo de Alejandro Magno era hacer creer a sus compatriotas que podía prescindir de ellos. Este chantaje psicológico tuvo los efectos esperados. Así pues, al cabo de varios días, los soldados macedonios se presentaron sin armas ante el rey para rogarle humildemente que les permitiera, al igual que a los persas, darle el beso ritual. Alejandro Magno aceptó y, para manifestar que los había perdonado, los llamó «parientes». Extraordinaria habilidad la de Alejandro, que consiguió que los macedonios aceptaran lo que rechazaban con mucha obstinación unos días antes. A partir de ese momento, en efecto, el rey podía permitírselo todo. La partida de los veteranos se efectuó con calma; el rey les prometió ocuparse de los hijos que dejaban en Asia, así como de convertirlos

---

[18] Sobre la táctica que adoptó Alejandro Magno ante los motines, véase las reflexiones de E. Carney, «Macedonian and Mutiny: Discipline and Indiscipline in the Army of Philippe and Alexander» *Classical Philology,* 91, 1996, págs. 19-44; «Artifice and Alexander history», en A. B. Bosworth y E. Baynham (ed.), *Alexander the Great in Fact and Fiction,* Oxford, 2000, págs. 263-285, en parte págs. 278-285.

en soldados armados y entrenados a la manera macedonia. Al mismo tiempo, ordenó a Antípater enviarle nuevos refuerzos venidos de Macedonia. La formación de la nueva falange tuvo lugar en Babilonia, en el año 323: cada una de las divisiones de la falange macedonia, las décadas, comprendía cuatro soldados macedonios, armados según costumbres, y doce persas, equipados con arcos o con jabalinas; pero el mando seguía siendo de los macedonios. De esta manera, en dos años (324-323), Alejandro Magno había conseguido poner en pie un ejército nuevo en el que se encontraban íntimamente mezclados macedonios e iraníes. A corto plazo, esto le permitía pensar con optimismo en el resultado de sus nuevos proyectos de conquista, puesto que él sabía que Macedonia se encontraba agotada por los continuos alistamientos; a largo plazo, la agrupación de las tierras en el seno de un imperio unificado y la colaboración, tanto de iraníes como de macedonios en un ejército mixto, debían ser los mejores avales de la continuación de su obra.

2.4. El banquete de Opis

¿Quiso Alejandro Magno ir más allá de dicha colaboración macedonio-iraní y fomentar un ideal de «fraternidad universal»? Esto es lo que ha defendido W. W. Tarn[19] basándose en el relato del sacrificio realizado por el rey después de la sedición de Opis:

> Después, Alejandro Magno sacrificó a los dioses a los que habitualmente realizaba ofrendas y pidió una comida a costa del ejército. Estaba sentado y en torno a él permanecían sentados los macedonios, después de estos, los persas y, después, los demás pueblos delegados según su gloria y su valor. En la misma crátera bebían el rey y los que lo rodeaban, e incluso

[19] W. W. Tarn, «Brotherhood and Unity», en *Alexander the Great,* II, 1950, págs. 399-449.

> realizaron libaciones, mientras que los adivinos griegos y los magos preparaban las oraciones. Alejandro Magno rezó entonces por la felicidad, y especialmente, por el entendimiento *(homonoia)* y la comunidad *(koinônia)* de los macedonios y de los persas en el mando del Imperio (Arriano VII. 11. 8-9).

W. W. Tarn extrajo de este texto la conclusión de que Alejandro Magno «fue el pionero de una de las mayores revoluciones de la historia del mundo», es decir, «la fraternidad del hombre o la unidad de la humanidad». Según este autor, Alejandro Magno quiso unir a todos los pueblos de la tierra en el mismo espíritu de fraternidad humana; en su mente, todos los pueblos debían asociarse en el gobierno del imperio, y no ser súbditos.

En realidad, esta imagen de un Alejandro como una especie de Cristo se desprende más de una idea personal de W. W. Tarn que de una crítica de los textos. Como demostró justamente E. Badian[20], el banquete de Opis no permite deducir tal interpretación. En torno al rey solo se encuentran los macedonios, quienes son también los únicos que comparten el vino con él. El rito de reconciliación tiene primeramente por protagonistas a Alejandro Magno y a los macedonios, que acaban de oponerse y de separarse violentamente durante varios días. Por otra parte, no se trata, de ninguna manera, de una fraternidad universal; al contrario, la colaboración en el poder se limita expresamente a los macedonios y a los persas. En total, el simbolismo del banquete de Opis hace resaltar dos ejes de la política de Alejandro Magno: recurrir a los aristócratas iraníes para consolidar la obra de la conquista; reservar al elemento macedonio un lugar destacado en torno a su persona. A partir de ese momento, la frontera entre gobernantes y gobernados dejaba de coincidir exactamente con la frontera entre vencedores y vencidos. Más que en una división ética, esta separación se convirtió en una división social,

---

[20] E. Badian, «Alexander the Great and the Unity of Mankind» *Historia,* 1958, págs. 425-444.

pues solamente son llamados a colaborar y, por consiguiente, a gobernar aquellos que constituían ya la elite dirigente en tiempos del Imperio aqueménida. Si bien esta visión de Alejandro Magno muestra que este supo transcender los problemas griegos tradicionales acerca de la oposición entre griegos y bárbaros, también demuestra una extraordinaria inteligencia política, así como la voluntad de que su obra fuera duradera.

2.5. El problema de la divinización de Alejandro Magno

¿Soñó el rey, motivado por su deseo de unificar el imperio, con fomentar un «culto de imperio que se extendiera a las ciudades griegas de Europa»?[21].

El examen de las representaciones figuradas de Alejandro revela la voluntad del rey de extender una imagen suya de superhombre equiparable a los héroes, por no decir incluso a los dioses. En efecto, el rey llevó consigo a artistas oficiales, encargados de esta misión de propaganda, tales como el escultor Lisipo, el pintor Apeles y el orfebre Pirgóteles. Alejandro aparece frecuentemente representado con los ojos mirando hacia el cielo. Plutarco no oculta el sentido de dicha actitud; Alejandro mira al cielo como para dialogar con Zeus: «¡Toma el Olimpo y déjame a mí la Tierra!» Cada vez es más frecuente que los artistas lo representen con una diadema ceñida en la cabeza, signo real de origen oriental. Esta evolución se aprecia sobre todo en las monedas, acuñadas tal vez según modelos creados por Pirgóteles. El artista hizo a menudo figurar en ellas a Hércules tocado con la piel del león; sin embargo, el retrato está tan individualizado que estamos tentados a reconocer a Alejandro bajo los rasgos del héroe. Como dichas monedas circulaban por

---

[21] Sobre este difícil problema, podemos consultar dos estudios de E. Badian, uno en *Ancient Macedonian Studies in Honour* of Ch. E. Edson, Thessaloniki, 1981, págs. 27-71; y otro en *Subject and Ruler,* Ann Arbor, 1996, págs. 11-26.

todo el Imperio, suponemos que la comparación entre Alejandro Magno y Hércules estaba, cada vez más, aceptaba como un hecho, incluso en las ciudades griegas.

Por otra parte, a la muerte de su amigo Hefestión, en octubre del año 324, Alejandro Magno envió una embajada al oráculo de Amón en Egipto para preguntar si era conveniente rendir los honores divinos al difunto. Amón «contestó» que Hefestión debía ser considerado un héroe, y no como un dios. Acto seguido, el rey dio orden a Cleomeno de Egipto de edificar templos en honor al nuevo héroe, tanto en Alejandría como en la isla de Faros. El culto heroico de Hefestión se extendió rápidamente, incluso a las ciudades griegas. Sin embargo, nada demuestra con exactitud que en Atenas se rindieran honores semidivinos conjuntamente a Hefestión y a Alejandro (que era considerado paredra de Hefestión).

Según algunos autores, el rey, en 324-323, quiso que en todas partes se reconociera oficialmente su carácter divino, y tomó medidas propias para imponer su culto en todo el Imperio. Encargó a Nicanor que proclamara conjuntamente, en Olimpia, en el año 324, el edicto de regreso de los desterrados y una orden de rendir honores divinos al rey en las ciudades griegas. Dicha interpretación ha sido extraída de anécdotas muy tardías, a las que sería arriesgado dar crédito. Lo que sabemos con seguridad es que algunas ciudades de Asia Menor le rindieron un culto, lo que no tenía nada de extraordinario pues, ¿no había levantado Eresos de Lesbos altares a Zeus Filipino, durante la preconquista macedonia de 336-335? Para las ciudades de la Grecia de Europa, los testimonios son frágiles y contradictorios; nos desvelan que se produjeron discusiones acaloradas, en Atenas, entre los que estaban a favor (Demades; Demóstenes, aunque con algunas reservas) y los que se oponían a dicha medida (Licurgo, Hiperides), y que Demades fue condenado por haber presentado un decreto considerado sacrílego. Es preciso añadir que la institución de un culto de imperio había sido especialmente inapropiada en el año 323, ya que la idea de un rey-dios era herética para los persas.

En el año 323, los fundamentos de la autoridad de Alejandro Magno siguen siendo de naturaleza muy diversa en las diferentes partes de su imperio. Es al mismo tiempo rey de los macedonios, arconte de la Liga Tesálica, *hégémôn* de la Liga de Corinto, «Liberador» y «Restaurador» de las ciudades griegas en Asia, faraón en Egipto[22], «rey de los cuatro confines del mundo» en Babilonia; por otra parte, sin tomar el título del gran rey, realizó numerosos préstamos a la realeza aqueménida, y podemos suponer que un gran número de persas lo consideraban de hecho como el continuador de sus reyes. Un solo título de contenido incierto y neutro le es reconocido en todas partes, el de «rey Alejandro», que portan varias de sus monedas y algunos decretos de las ciudades griegas. Por lo tanto, más que instaurar un «culto de imperio», que le habría retirado el apoyo de los persas, Alejandro había elegido acelerar la aplicación de la política de colaboración, que las medidas adoptadas a partir del año 325 habían hecho avanzar notablemente.

---

[22] Sobre la representación de Alejandro Magno en tanto que faraón, véase M. Abd El-Raziq, *Die Darstellung und Texte des Sanktuars Alexanders des Grossen in Tempel von Luxor*, Mainz am Rhein, Philipp von Zabern, 1984. La cuestión del título faraónico de Alejandro ha dado lugar a debates. El descubrimiento de una estela inscrita proveniente del oasis de Bahariya parece demostrar que el conquistador gozó de dicho título: véase F. Bosch-Puche, «L'autel du temple d'Alexandre à Bahariya retrouvé» *BIFAO*, 108, 2088, págs. 29-44.

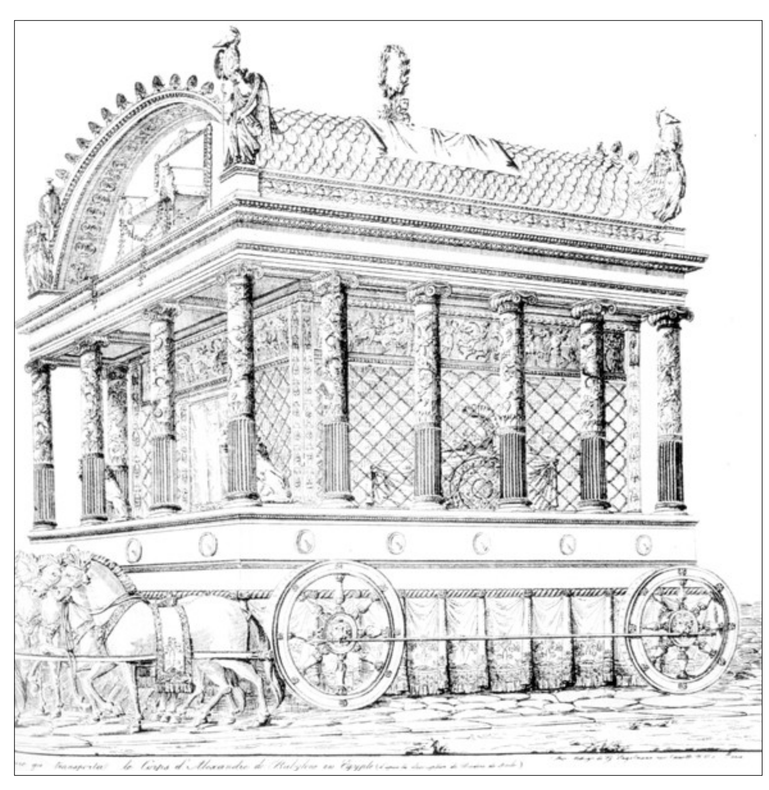
Conclusión

¡El rey ha muerto! ¿Viva el rey?

Resulta difícil, incluso artificial, establecer un balance de la obra de Alejandro Magno hacia junio del año 323. Podemos observar que un número muy elevado de problemas se planteaban en el momento en que la expedición de Arabia se disponía a zarpar desde Babilonia; por ejemplo, los movimientos en el interior de las ciudades griegas o las resistencias a su proyecto de entendimiento con las élites del antiguo imperio de su adversario derrotado y asesinado. ¿Es preciso, por ello, considerar que las conquistas ya habían desembocado en un callejón sin salida de la historia?

Tal es una de las tendencias historiográficas de hoy día, quizás incluso la tendencia predominante. Se ha puesto muy de moda condenar, sin muchos matices, las conquistas de Alejandro Magno: tanto por razones políticas como «morales». Según esta tendencia, el macedonio era un «carnicero de los pueblos», casi un simple «terrorista» o un *hooligan*. Su reinado condujo a un auténtico fiasco. Él mismo estuvo dominado por estrategias reducidas a corto plazo y por su pronunciada afición por la violencia, cuando la ideología real aqueménida exaltaba la paz y la concordia.

Aunque el historiador de Alejandro Magno pueda ser personalmente contrario a los «grandes conquistadores», su deber sigue siendo analizar fríamente los resultados y las consecuencias de sus conquistas. Las élites persas no estaban ni más ni



Reconstrucción del catafalco de Alejandro Magno (siglo XIX) a partir de la descripción que hiciera Diodoro de Sicilia.

menos inclinadas a la paz y a la guerra que las élites macedonias, y la supuesta *Pax Persica* es una construcción ideológica que transforma la realidad transfigurándola a través de la visión de los dueños del poder. De Darío a Alejandro Magno, no hemos pasado de una armonía pacífica a la más desenfrenada violencia, o de una realeza maravillosamente unida al reinado deletéreo de las mafias macedonias, desempatadas solamente por la «ley de la jungla».

La tesis del fracaso de Alejandro Magno está claramente inducida por los acontecimientos ocurridos después de su muerte, y que condujeron al desmembramiento de sus conquistas, y por consiguiente, a la desaparición del imperio construido por Ciro y los reyes posteriores. ¿Pero este fracaso es el de Alejandro Magno, o el de sus sucesores? ¿Estaba la historia escrita a principios del mes de junio de 323?

Es cierto que en la mañana del 11 de junio del año 323, la obra de Alejandro Magno era frágil e incierta, pero nadie podía decir que él no la habría llevado a un punto elevado de perfeccionamiento, salvo si se postula que su modo de gobierno era por naturaleza malévolo y catastrófico, y que de todas formas, no habría podido construir un imperio, sea cual fuere la duración de su reinado. En ese caso, toda discusión se vuelve inútil.

Tomemos un solo ejemplo: el del edicto sobre el regreso de los desterrados. En este caso, caben varias interpretaciones. ¿Debemos concluir que Alejandro Magno actuó de manera irresponsable y que él mismo contribuyó a hundir a Grecia en la revuelta antimacedónica? O, por el contrario, ¿no actuó en este asunto como un gobernador lúcido? Incluso si dicho asunto suscitó la oposición de Atenas (debido a sus grandes intereses de gran potencia en Samos), la medida era esperada por gran número de griegos, y tenía por objetivo, asimismo, solucionar una situación a la que las propias ciudades eran incapaces de poner fin.

¿Debemos también, como se hace comúnmente en los estudios actuales, acusar a Alejandro Magno de no haber preparado su sucesión al negarse a casarse antes de partir en campaña?

¿Acaso el rey, que estaba completamente centrado en sí mismo, se preocupaba más de su propia gloria que del futuro de la dinastía? O si, por el contrario, teniendo en cuenta la historia de Macedonia, ¿Alejandro Magno tomó una sabia decisión, evitando de este modo favorecer a un clan en perjuicio de otro? Fuera como fuere, el hecho es que el rey tuvo un primer hijo con su compañera Barsine, y que poco tiempo después contrajo matrimonio con Roxana. A principios del mes de junio del año 323, su mujer iraní estaba embarazada, por lo que difícilmente podemos reprochar a Alejandro Magno que no se preocupara, en absoluto, por su descendencia. Apuntamos además que si se había casado justo antes de partir, su hijo (suponiendo que tuviera un hijo y no dos) tendría unos diez años a la muerte de Alejandro. A juzgar por la conducta de los diádocos con respecto a la descendencia argeade, no es seguro que el joven tuviera mucha importancia.

Por otra parte, en realidad, ya había un heredero. Se trataba de Arrideo, hermanastro de Alejandro, proclamado rey por la falange con el nombre de Filipo; unos meses más tarde, le añadieron a Alejandro, hijo póstumo de Alejandro Magno, nacido de Roxana. En el año 323, Arrideo tenía aproximadamente la edad de Alejandro (uno o dos años más). Mucho misterio reina sobre su vida y sobre su personalidad. No sabemos si acompañó a su hermano en el año 33. Se dice que padeció un retraso mental y psicológico, pero esto no es más que la descripción que de él hace Quinto Curcio. Incluso si podemos admitir que Arrideo carecía de una fuerte personalidad, nada prohibía que se convirtiera en rey[1].

Quinto Curcio menciona que si la falange lo eligió como sucesor de Alejandro Magno es «porque era hijo de Filipo, hermano de Alejandro, que era rey un poco antes, y recientemente

---

[1] Sobre el personaje de Arrideo, véase, sobre todo, el estudio detallado y bienvenido de E. Carney, «The Trouble with Philipp Arrhidaeus», *AHB,* 15/2, 2001, págs. 63-89 (que revalúa el testimonio ofrecido porQuinto Curcio sobre este personaje).

asociado a los sacrificios y a las ceremonias»[2]. Esta es la calidad que, para los simples macedonios, lo coloca como sucesor. Coherente con lo que sabemos de los deberes religiosos del rey de los macedonios, la información tendería a demostrar además que, poco antes de su muerte, es el mismo Alejandro Magno el que «asoció» a su hermanastro[3]. La continuación de la historia ya no era competencia suya...

---

[2] Quinto Curcio X. 7. 2.

[3] Sobre la distinción de las funciones religiosas, de las políticas y militares, véase mi *Antigone le Borgne,* 1973, págs. 323-326. Por supuesto, si hay que precisarlo, se trata de una hipótesis: pero esta, al menos en mi opinión, tiene el mérito de estar fundada en un texto creíble, y no en el postulado improbable de la irresponsabilidad de Alejandro Magno.

Orientaciones bibliográficas

1. PIERRE BRIANT

— *Antigone le Borgne (Los principios de su carrera y los problemas de la Asamblea macedonia).* Anales literarios de la Universidad de Besançon, vol. 152, Centro de investigación de historia antigua, vol. 10, París, Les Belles Lettres, 1973.
— *Rois, tributs et paysans. Études sur les formations tributaires du Moyen-Orient ancien,* Anales literarios de la Universidad de Besançon, vol. 269, Centro de investigación de historia antigua, vol. 43, París, Les Belles Lettres, 1982.
— *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien,* París, Ed. de la Maison des sciences de l'homme, col. «Production pastorale et société»; Cambridge University Press, 1982.
— *L'Asie centrale et les royaumes proche-orientaux du Ier millénaire (c. s. VIII- IV av. n. e),* París, Recherches sur les civilisations, 1984.
— *De la Grèce à l'Orient, Alexandre le Grand,* París, Gallimard, col. «Découvertes», 1987 (nueva ed. *Alexandre le Grand. De la Grèce à l'Inde,* 2004).
— *Darius, l'Empire et les Perses,* París, Gallimard, col. «Découvertes», 1992 (2.ª ed. 2001).
— (Ed.), *Dans les pas des Dix-Mille,* Toulouse, Presses universitaires du Mirail, 1995.
— *Histoire de l'Empire perse. De Cyrus à Alexandre,* París, Fayard, 1996.
— *Leçon inaugurale au Collège de France,* París, 2000.

BRIANT, PIERRE, *Bulletin d'histoire acheménide,* París, Thotm, col. «Persika», 1, 2001.
— (Ed.), *Irrigation et drainage dans l'Antiquité. Qanats et canalisations souterraines en Iran, en Égypte et en Grèce,* París, Thohm, col. «Persika», 2, 2001.
— *Darius dans l'ombre d'Alexandre,* París, Fayard, 2003.
— *Lettre ouverte à Alexandre le Grand,* Arles, Actes Sud, 2008.
— *Alexander the Great and his Empire,* Princeton UP, 2010.
— y HERRENSCHMIDT, Cl. (Ed.), *Le tribute dans l'Empire perse* (Trabajo del Instituto de estudios iraníes de la Universidad de Sorbonne nouvelle, n.º 13), París-Louvain, 1989.
— ANDREAU, J. y DESCAT, R. (Eds.), *Économie antique,* Saint-Bertrand-de-Comminges, I, 1994; II, 1997; III, 2000.
— LEVÊQUE, P., BRULÉ, P., DESCAT, R. y MACTOUX, M. M., *Histoire du monde grec, I: Le Ier siècle,* París, PUF, col. «Nouvelle Clio», 1995 (2.º ed., 2001).
— BOUCHARLAT, R. (Ed.), *L'archéologie de l'empire achéménide et les royaumes héllénistiques,* De Boccard, col. «Persika», 6, 2005.
— JOANNÈS, Fr. (Ed.), *La transition entre l'empire achéménide et les royaumes héllénistiques,* De Boccard, col. «Persika», 9, 2007.
— HENKELMAN, W. y STOLPER, M. (Eds.), *L'archive des Fortifications de Persépolis: état des questions et perspectives de recherches, De Boccard, col. «Persika», 12, 2009.*

2. SITIOS WEB

Existe un gran número de páginas web dedicadas a Alejandro Magno: véase, principalmente, http://people.clemson.edu/-elizab/alexhome.htm (ed. E. Carney).

Sobre el Imperio persa: www.achemenet.com (ed. P. Briant); www.museum-achemenet.college-de-france.fr (ed. P. Briant).

3. FUENTES LITERARIAS: TEXTOS Y COMENTARIOS

ARRIANO: *Anábasis* (trad. franc. por P. Savinel, París, Éd. De Minuit, 1984).

— *Indo* (trad. franc. por P. Chantraine, París, CUF, 1927).

ATKINSON, A. T., *A Commentary on Q. Curtys Rufus´ Historiae Alexandri Magni,* Books 3 and 4, Amsterdam, 1980: Books 5 to 7, 2, Ámsterdam, 1994.

AUBERGER, J., *Historiens d´Alexandre,* París, Les Belles Lettres, 2001.

BAYNHAM, E., *Alexander the Great. The Unique History of Quintus Curtius,* Ann Arbor, 1998.

BOSWORTH, A. B., *A Historica Commentary on Arrian´s History of Alexander,* I-II, Oxford, 1980, 1995.

— *From Arrian to Alexander,* Oxford, 1988.

BOURNOURE, G. y SERRET, B., *Pseudo-Callisthène Le roman d´Alexandre. La vie et les Hants faits d´Alexandre de Macedonie,* París, Les Belles Lettres (coll. «La Roue à livres»), 1992.

DIODORO DE SICILIA: *Biblioteca histórica,* libro XVII (trad. francesa P. Goukowsky, París, CUF, 1976).

HAMILTON, J. R., *Plutarch. Alexander. A Commentary,* Oxford, 1969.

HAMMOND, N. G. L., *Collected Studies,* III, Ámsterdam, 1994, págs. 27-43.

JACOBY, F., *Die Fragmente der friechischer Historicker,* IIB, Leiden, 1926, págs. 618-828 (texto sin traducción).

— *Die Fragmente,* IIB *(Kommentar),* Leiden, 1962, págs. 403-542.

JOUANNO, C., *Naissance et métamorphoses du «Roman d´Alexandre»,* París, CNRS Éditions, 2002.

— *Historie mervelleuse du roi Alexandre maitre du monde,* Toulouse, 2009.

JUSTINO: *Compendio de las Historias Filípicas* (trad. francesa E. L. Chambry, París, Classiques Ganier, 1936).

PEARSON, L., *The Lost Histories of Alexander the Great,* Nueva York y Londres, 1960.

PEDECH, P., *Historiens compagnons d´Alexandre,* París, 1984.

PLUTARCO: *Alejandro* (trad. francesa R. Flacelière y E. L. Chambry, París, PUF, 1975).

QUINTO CURCIO: *Historia de Alejandro* (trad. francesa H. Bardon, París, PUF, I-II, 1961).

ROBINSON, C. A., *The History of Alexander the Great.* I. *A Translation of the Extant Fragments,* Providence, 1953.

TONNET, H., *Recherches sur Arrien. Sa personnalité et ses écrits atticistes,* I-II, Ámsterdam, 1988.

VIDAL-NAQUET, P., «Flavius Arrien entre deux mondes», in *Arrien. Historie d´Alexandre* (trad. P. Savinel), París, Éditions de Minuit, 1984, págs. 311-394.

YARDLEY, J. C. y HECKEL,W., *Justin Epitome, libros 11-12: Alexander the Great,* Oxford, 1997.

4. FUENTES EPIGRÁFICAS, NUMISMÁTICAS E ICONOGRÁFICAS

Inscripciones griegas

Los documentos epigráficos de Asia Menor son editados y estudiados por A. J. Heisserer. *Alexander the Great and the Greeks. The Epigraphical Evidence,* Norman, 1980.

Progetti di reformeconstituzionali nelle epigrafi greche dei secoli IV-II a. C., Bologna (2003), págs. 15-103. Sobre epigrafía macedonia, véase M. Hatzopoulos, *Bulletin épigraphique de la REG* y *Macedonian Institutions under the Kings,* Atenas-París, II, 1996.

Tablillas cuneiformes

BERNARD, P., *BCH,* 114, 1990, págs. 513-528.
KUHRT, A., *AchHist.,* V, 1991, págs. 121-130.
SACHS, A. J. y HUNGER, H., *Astronomical Diaries and Related Texts from Babylonia,* I. Viena, 1988, págs. 165-219.
VAN DER SPEK, R., *AchHist.,* XII, 2003, págs. 289-346.

Numismática

LE RIDER, G., *Alexandre le Grand. Monnaie, finance, politique,* París, PUF, 2003.
HOLT, F. J., *Alexander the Great and the Mystery of Elephant Medallions,* University of California Press, 2003.
— y BOPEARACHCHI O. (ed.), *The Alexander Medallion, Exploring the Origins of a Unique Artefact,* Ed. Imago Lattara, Lacapelle-Marival, 2011.

Iconografía

HÖLSCHER, T., *Grienchische Historienbilderdes 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.,* Würzburg, 1973, págs. 122-198, 218-223.
SMITH, F., *L´immagine di Alessandro il Grande sulle monete del regno (336-323 a. C.),* Milán, Éd. Ennere, 2000.
STEWART, A., *Faces of Power. Alexander´s Image and Hellenistic Politics,* Univ. of California Press, 1993.
— Catalogue *Alessandro Magno. Storia e mito,* Rome, 1995.

Sobre el Mosaico de Nápoles

COHEN, A., *The Alexander Mosaic,* Cambridge, 1997.
MORENO, P., *Apelle. La Bataille d´Alexandre,* tr. fr. Milán, Skira, 2001.

Pfrommer, M., *Untersuchungenzur Chronologie und Komposition des Alexandermosaiks,* Mainz am Rhein, Ph. von Zabern, 1998.
Stähler, K., *Das Alexander mosaik,* Fráncfurt, Fischer Verlag, 1999.

5. ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Los ensayos bibliográficos y compilaciones de artículos especializados, fechados entre 1939 y 2009, se citan y analizan en P. Briant, *Alexander the Great and his Empire,* 2010, págs. 153-185.

6. MONOGRAFÍAS

Berve, H., *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlange,* I-II, Múnich, 1926.
Bosworth, A. B., *Conquest and Empire. The Reign of Alexander the Great,* Oxford, 1988.
— *Alexander and the East. The Tragedy of Triumph,* Oxford, 1996.
Briant, P., *Alexandre le Grand. De la Grèce à l´Indie,* París, Gallimard, coll. «Décuovertes», 2ª éd., 2004.
— *Lettre ouverte á Alexandre le Grand,* Arles-París, Éditions Actes Sud, 2008.
— *Alexander the Great and Empire,* Princeton UP, 2010.
Fraser, P. M., *Cities of Alñexander the Great,* Oxford, 1996.

7. EL ENEMIGO PERSA

Briant, P., *Historie de l´Empire perse. De Cyrus á Alexandre,* París, Fayard, 1996.

— *Darius, les Perses et l´Empire,* París, Gallimard, coll. «Découvertes», 2.ª ed., 2001.
— *Darius Dans l´ombre d´Alexandre,* París, Fayard, 2003.
KUHRT, A., The Persian Empire. A Corpues of Sources from the Achaemenid Period, I-II, Londres Routledge, 2007.

8. HISTORIOGRAFÍA Y DEBATES

KNIPFING, J. R., «German Historiography and Macedonian Imperialism», *American Historical Review,* 26, 1921, págs. 657-671.
BOSWORTH, A. B., «A tale of Two Empires: Hernán Cortés and Alexander the Great», in A. B. Bosworth, E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction,* Oxford UP, 2000, págs. 23-49.
— «Plus ça change...: Ancient Historians and Their Sources», *Classical Antiquity,* 22/2, 2003, págs. 167-198.
Demetriou, K. N., «Historians on Macedonian Imperialism and Alexander the Great», *Journal of Modern Greek Studies,* 19, 2001, págs. 23-60.
BRIANT, P., «Alexandre le Grand aujourd´hui», *Annuaire du Collège de France. Résumé des cours,* 103, 2003, págs. 771-788; 104, 2004, págs. 861-866; 107, 2006, págs. 613-634; 108, 2007, págs. 581-589.
— «Alexandre et l´hellénisation de l´Asie: l´histoire au passé et au présent», *Studi Ellenistici,* XVI, 2005, págs. 9-69.
— «Montesquieu, Mably et Alexandre le Grand: aux sources de l´historie hellénistique», *Revue Montesquieu,* 8, 2005-2006, págs. 151-185.
— «Retour sur Alexandre et les *katarraktes* du Tigre: l´histoire d´un dosier», *Studi Ellenistici,* 19, 2006, págs. 9-75 et 20, 2008, págs. 155-218.
— «Alexander and the Persian Empire between "Decadence" and "Renewal": History and Historiography», in W. Heckel,

L. Tritle (eds.), *Alexander the Great: a New History,* Blackwell, 2009, págs. 171-188.

BRIANT, P., «Alexander the Great», in G. Boy-Stones, B. Graziosi, Ph. Vasunia (éds.), *The Oxford Handbook of Hellenic Studies,* Oxford UP, 2009, págs. 77-85.